

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.



MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEXANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

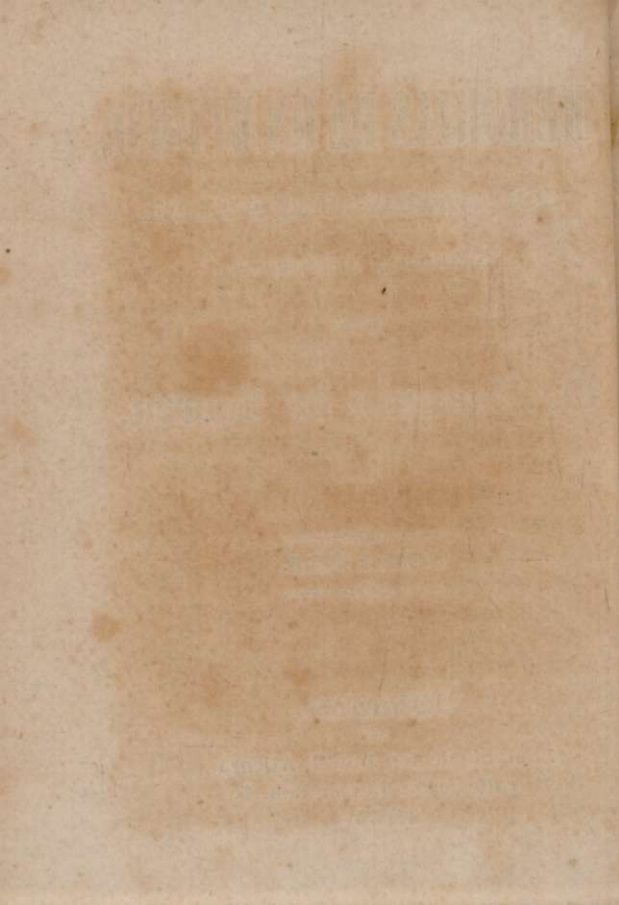
D. Joaquin de Sierra.

—●●—
TOMO VIII.
—●●—

SEVILLA.

—
Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Serpes núm. 5.

1847.





JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO XXIV.

La comida del delfín.

Aquel mismo día salió á las tres de su aposento la señorita de Taverney, á fin de trasladarse á casa de la delfina, quien acostumbraba á que le leyesen una hora antes de ponerse á comer.

El abate que era el primer lector de Su Alteza Real no desempeñaba ya este cargo, pues se había dedicado á la po-

lítica por excelencia desde ciertas intrigas diplomáticas en que desplegó el talento propio de un buen hombre de negocios.

La señorita de Taverney salió bastante adornada para desempeñar su obligación; pero sufría, como todos los que moraban en Trianon, las dificultades inherentes á una instalacion algo brusca. Sin haber organizado nada aun, ni lo necesario para su servicio, ni la colocacion de su escaso ajuar, la habia vestido interinamente una de las doncellas de la señora de Noailles, camarista á quien la delfina llamaba la señora Etiqueta.

Andrea llevaba puesto un traje de seda azul, largo de talle y de pintitas como el cuerpo de una abispa; abierto por delante dejaba ver una camisola de muselina con tres filas de bordados; y unas mangas cortas bordadas tambien y ahuecadas desde el hombro formaban buena armonía con la pañoleta que ocultaba púdicamente lo que el cuello de la camisola pudiera dejar descubierto en la garganta de la joven. La señorita de quien vamos hablando llevaba

sujetos los cabellos con una simple cinta azul, y cayendo como le caian sus espesos bucles sobre el cuello y los hombros, daban al rostro fiero y modesto de aquella joven de tez apagada, pero purísima, mayor realce que las plumas, penachos y encajes.

Andrea se puso por el camino sus mitones de seda blanca, ocultando en ellos los dedos mas afilados y redondos que podia darse, mientras iba imprimiendo en la arena del jardin la punta del talon de sus chapines de raso azul de cielo.

Al llegar al pabellon de Trianon supo habia ido á dar un paseo la señora delfina con su arquitecto y jardinero mayor; pero en el piso superior se oia el ruido de la rueda del torno en que el delfin se ocupaba en hacer una cerradura para un cofre que le gustaba mucho.

A fin de reunirse con la delfina atravesó Andrea un cuadro del jardin en que habia algunas flores, que, á pesar de lo adelantada que estaba la estacion, alzaban su pálida cabeza para aspirar los fugitivos rayos de un sol mas pálido aun que

ellas; y como ya se iba acercando la noche, pues en esa estacion anochece á las seis, unos aprendices de jardinero se ocupaban en tapar las plantas mas delicadas con campanas de vidrio.

En el recodo que formaba una calle de verdes árboles que enlazados en figura de seto y rodeado de rosales de Bengala iban á parar á un bonito espacio de terreno cubierto de césped, Andrea vió de pronto á uno de los jardineros, que así que la divisó soltó la hazada y la saludó con una política algo mas intelijente que la que usan los hombres del pueblo.

Miróle con atencion y conoció á Jilberto, cuyas manos estaban bastante blancas, á pesar del trabajo, para no desesperar á Taverney.

Andrea se ruborizó sin querer, pareciéndole que el hallarse Jilberto en aquel sitio se debia á una condescendencia muy singular de la suerte.

Jilberto repitió su saludo, y Andrea le contestó con otro sin dejar de andar.

Pero era una criatura demasiado leal y animosa para que fuese á resistir á un

impulso del alma y no contestar á lo que le preguntaba su imaginacion.

Volvió, pues, atrás, y Jilberto, que habia ya perdido el color y la miraba con ojos de mal agüero, recobró de pronto la vida y dió un brinco para acercarse á ella.

—Vos aquí, señor Jilberto? dijo Andrea con frialdad.

—Ya lo veis. señorita.

—Y á qué casualidad se debe?

—Señorita, la vida es necesaria, pero lo es mas vivir honradamente.

—Pero sabéis que teneis fortuna?

—Oh! mucha, señorita, dijo Jilberto.

—Quereis decirme por qué?

—Ôs repito, señorita, que mi fortuna no puede ser mayor.

—Por quién habeis entrado aquí?

—Por Mr. de Jussieu, que es mi protector.

—Ah! dijo Andrea sorprendida, con-que conoceis á Mr. de Jussieu?

—Era amigo de mi primer protector, esto es, de mi amo Mr. de Rousseau.

—Ea pues, valor, señor Jilberto, dijo Andrea disponiéndose á seguir su camino.

—Y estais mejor, señorita? dijo Jilberto con una voz tan temblona que se adivinaba harto bien lo cansada que salia de su corazon, cuyas vibraciones representaba.

—Cómo mejor? dijo Andrea con frialdad.

—Pues... y la desgracia?

—Ah! sí... gracias, señor Jilberto, estoy mejor, no era nada.

—Oh! estuvísteis á punto de perecer, dijo Jilberto en el colmo de la emocion, el peligro era terrible.

Andrea pensó que ya era tiempo de abreviar aquella conversacion con un trabajador en medio del jardin, y dijo:

—Buenas tardes, señor Jilberto.

—No quereis aceptar una rosa, señorita? preguntó Jilberto estremeciéndose y cubierto de sudor.

—No sé, contestó Andrea, si podeis ofrecer una cosa que no os pertenece.

Sorprendido Jilberto, aterrado, nada contestó: lo que hizo fué bajar la cabeza, y viendo que Andrea le miraba con cierta alegría por haber manifestado su superio-

ridad, se levantó, arrancó una rama cubierta de flores del rosal mas bonito, y se puso á deshojar las rosas con una sangre fria, con una nobleza que llamaron la atencion á la joven.

Y como era demasiado justa y bondadosa para no conocer que acababa de ofender gratuitamente á un joven cojido *in fraganti delito* de urbanidad, estuvo para disculparse ó reparar su ofensa; pero prosiguió su camino sin añadir una palabra, cualidad natural en las personas orgullosas que se sienten culpables.

Tampoco Jilberto añadió una palabra mas; tiró la rama de rosal y volvió á cojer la azada; pero como era al mismo tiempo que arrogante astuto, se bajó para trabajar sin duda, mas tambien para ver elejarse á Andrea, quien al revolver de la calle no pudo menos de mirarle: qué mucho si al fin era mujer?

Jilberto se contentó con aquella debilidad para decirse á sí mismo que lo que es en aquella lucha habia conseguido la victoria.

—No es tan fuerte como yo, dijo, y al

fin la dominaré: á pesar de lo orgullosa que está con su hermosura, su nombre y su fortuna que cada dia va en aumento; á pesar de la insolencia con que trata mi amor, que adivina quizá, la desea mas y mas el pobre trabajador que tiembla con solo mirarla. Oh! este temblor, este estremecimiento es digno de un hombre; pero ya me pagará algun dia las bajezas que me obliga á cometer... Por hoy, añadió, basta de tarea: ya he vencido á mi enemigo, sí, cuando debí haber sido el mas débil de los dos, puesto que la amo, me he mostrado diez veces mas fuerte que ella...

Repitió estas palabras con bárbara alegría, llevándose una mano convulsiva á su frente dotada de intelijencia, de la cual separó sus hermosos cabellos negros; clavó con vigor su azada en el acirate, arrojóse como un ciervo por entre la calle de cipreses y tejas, atravesó ligero como el viento un bosquecillo de plantas cubiertas con campanas, sin ajar una siquiera, á pesar de la furia con que corria, y fué á apostarse al otro extremo de la diagonal que acababa de describir para tomar la

vuelta del camino que seguía Andrea y que formaba un círculo.

Allí efectivamente la vió adelantarse pensativa y casi humillada, inclinados sus hermosos ojos y moviendo suavemente su blanca mano sobre su traje que crujía con el roce; oculto detras del seto de rosales, la oyó suspirar dos veces como si hablase consigo misma; y por último, pasó tan cerca de los árboles que con solo alargar el brazo hubiera podido Jilberto tocar el de Andrea segun se lo aconsejaba un impulso insensato y calenturiento.

Pero frunció las cejas con un movimiento de voluntad que se parecía á odio, y llevándose al corazon una mano crispada dijo allá para sí:

—Vuelvo á ser bajo; pero es tan bonita!

Quizá hubiera permanecido mucho tiempo Jilberto contemplando á Andrea porque la calle era larga y la joven andaba con paso lento y acompasado, pero á dicha calle iban á parar otras por donde podia desembocar algun importuno, y la casualidad favoreció tan poco á Jilberto

que efectivamente desembocó uno por la primera calle lateral que habia á la izquierda, es decir, casi enfrente del bosquecillo de arbustos en que Jilberto se mantenía oculto.

El susodicho importuno caminaba con paso metódico y mesurado, erguida la cabeza, con el sombrero debajo del brazo derecho y la mano izquierda en el pomo de la espada. Por lo demas, llevaba puesto un vestido de terciopelo bajo una capota de marta cebellina, y alargaba al andar la pierna, hermosa por cierto, luciendo un empeine alto, señal de noble raza.

Al tiempo de avanzar aquel señor, divisó á Andrea, y sin duda le gustó el aire de la joven, pues redobló el paso cortando oblicuamente, á fin de ir á parar á la línea que seguía Andrea y cruzarla cuanto antes.

Así que Jilberto vió aquel personaje lanzó involuntariamente un grito no muy fuerte, y huyó como un mirlo asustado debajo de los zumaques.

La maniobra del importuno tuvo buen éxito, y sin duda estaba acostumbrado á

ella, porque á los tres minutos iba detras de Andrea, á quien tres minutos antes seguia á bastante distancia.

Cuando Andrea oyó pasos cerca de sí se hizo á un lado para dejar pasar al que aun no habia visto; y así que pasó miró hácia aquella parte.

El señor miraba tambien con ansiedad; hasta se paró para ver mejor, y volviéndose en seguida dijo con voz muy amable:

—A dónde vais que así correis, señorita?

Al oir aquella voz, Andrea levantó la cabeza, y vió á treinta pasos detras de ella dos oficiales de guardias que andaban lentamente, vió tambien bajo la capota de piel de marta del que le dirijia la palabra el cordon azul, y sumamente pálida, asustada con aquel encuentro inesperado y una interrupcion tan graciosa, dijo en voz baja inclinándose:

—El rey!

—Señorita, replicó Luis XV acercándose; perdonadme si os digo tengo tan mala vista que me veo obligado á preguntaros cómo os llamais.

—Andrea de Taverney, murmuró la joven tan confusa y tímida que apenas se oyó su voz.

—Ah! es verdad; y á qué feliz casualidad se debe, señorita, el que así viajeis por Trianon?

—Iba en busca de Su Alteza Real la señora delina, que me está esperando, respondió Andrea cuya timidez iba en aumento.

—En ese caso os acompañaré, señorita, prosiguió Luis XV, pues voy á hacer una visita á mi hija como se estila en el campo entre vecinos; tened la bondad de aceptar mi brazo, puesto que llevamos el mismo camino.

Andrea sintió que le pasaba por la vista una especie de nube, y que bajaba en hirvientes olas con toda su sangre hasta el corazon. Efectivamente, semejante honra dispensada á una pobre joven, darle el rey el brazo tratarla con tanta amabilidad el soberano señor de todos, una gloria tan inesperada como increíble, un favor en fin que hubiese envidiado toda una corte, le parecia así como un sueño.

Hizo pues una reverencia tan profunda y tímida que el rey se creyó obligado á saludarla otra vez; bien es verdad que cuando Luis XV se acordaba de Luis XIV era siempre en cuestiones de ceremonial y política, aunque aquellas tradiciones de urbanidad tenían un origen mas lejano, pues provenían de Enrique IV.

Ofreció pues su mano á Andrea, esta colocó la punta de sus dedos sobre el guante del rey, y ambos siguieron andando hacia el pabellon en que habían dicho al rey hallaría á la delfina con su arquitecto y su jardinero mayor.

Podemos asegurar que aunque á Luis XV no le gustaba mucho andar, tomó el camino mas largo para conducir á Andrea al pequeño Trianon. El hecho es que los dos oficiales que iban detras conocieron el error de Su Majestad y se quejaron, porque iban vestidos á la lijera y el tiempo habia enfriado.

Tarde llegaron, pues no hallaron á la delfina en el punto donde creían se hallaba; Maria Antonieta acababa de marcharse por no hacer esperar al delfin, á quien gus-

taba comer entre seis y siete.

Su Alteza Real llegó pues á la hora precisa, y como el delfin era muy puntual, se mantenía ya en el umbral del salón para estar mas cerca del comedor cuando apareciese el camarero mayor; de suerte que la delfina dió el manto que llevaba puesto á una camarista, se cojió alegremente del brazo del delfin y lo condujo al comedor.

La mesa estaba dispuesta para los dos ilustres anfitriones.

Uno y otro ocupaban el medio de la mesa dejando libre la parte alta, la cual nunca se ocupaba aun cuando fuesen muchos los convidados, desde ciertas sorpresas del rey.

Colocado el cubierto del rey con su candado, ocupaba un espacio considerable; pero como el camarero mayor no contaba con aquel huésped, servía desde aquel sitio.

Detras de la silla de la Delfina, en que habia el espacio necesario para que los criados circularan, se mantenía la Sra. de Noailles muy tiesa, pero con la amabilidad

en el rostro que se debe tener en una comida.

Cerca de la Sra. de Noailles se hallaban las otras damas que tenían derecho, por la posición que ocupaban en la corte, para asistir á la comida de Sus Altezas Reales y aquellas á quienes se concedía este favor.

La Sra. de Noailles comía tres veces á la semana en la misma mesa que el delfín y la delfina, pero los días en que no le tocaba se hubiera guardado muy bien de no asistir á la comida; entre otras cosas porque aquel era un medio de protestar contra la esclusión de aquellos cuatro días de siete que tiene la semana.

Frente á la duquesa de Noailles, á quien como ya hemos dicho llamaba la delfina la Sra. Etiqueta, se mantenía en una grada casi igual el duque de Richelieu, estricto observador también de las ceremonias palaciegas; pero su etiqueta era invisible para todos, porque sabía ocultarla con una elegancia exquisita y algunas veces con un tono de broma finísimo.

De esta antítesis entre el primer gentil-

hombre de cámara y la camarera mayor de Su Alteza Real la delfina, resultaba que á cada momento abandonaba la conversacion la duquesa de Noailles y la proseguia el duque de Richelieu.

El mariscal habia viajado por todas las cortes de Europa tomando en cada una de ellas el tono de elegancia mas apropiado á su índole; de suerte que como tenia un tacto admirable y una gran dosis de urbanidad, sabia, al mismo tiempo que las anécdotas que podian contarse en la mesa de los tiernos infantes, las que no habia dificultad en referir en la mesa de la Dubarry.

Aquella noche advirtió que la delfina comia con apetito y que el delfin devoraba: y suponiendo que no le ayudarian á mantener viva la conversacion, vió que solo se trataba de hacer pasar á la Sra. de Noailles una hora de purgatorio anticipado.

Se puso pues, á hablar de filosofía y literatura dramática, doble objeto de conversacion, tan antipático el uno como el otro para la venerable duquesa.

Lo primero que contó fué el motivo que el filósofo de Ferney, como entonces se llamaba el autor de la *Enriada*, tuvo para uno de sus arranques filantrópicos; y cuando vió que la duquesa rabiaba, mudó de testo, refiriendo minuciosamente todas las baraundas en que habia andado como gentil-hombre de cámara para hacer que las actrices del rey representasen bien ó mal.

La delfina era aficionada á las artes, y sobre todo al teatro (como que habia enviado un traje completo de Clitemnestra á la Raucourt), y así escuchó á Richelieu no solo con indulgencia sino con gusto.

Entonces la pobre camarera mayor, faltando á la etiqueta, se ajitó en su grada, sonó recio y movió su venerable cabeza, sin pensar que con sus movimientos cubria su frente de una nube de polvo, como las bocanadas de aire cubre de nieve la cima del Mont-Blanc.

Pero como no todo estaba reducido á divertir á la delfina, sino que tambien era preciso agradar al delfin, Richelieu aban-

donó la cuestion teatral, á que el heredero de la corona de Francia nunca habia tenido gran simpatía, y se puso á hablar de filosofía humanitaria, empleando, á propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau arroja como un flúido vivificador sobre el personaje de Eduardo Boms-ton.

La Sra. de Noailles aborrecia á los ingleses tanto como á los filósofos, y como una idea nueva era para ella un fastidio y un fastidio turbaba toda su economía animal, conociendo que habia nacido para conservar y nada mas, ladraba á las nuevas ideas como los perros á las máscaras.

Richelieu se llevaba un doble objeto con semejante manejo, pues atormentaba á la Sra. Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera á la delfina, y encontraba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos ó algunos axiomas de matemáticas que el delfin, amante de las cosas exactas, recojia alegremente.

Hacia, pues, la corte á las mil maravillas buscando con la vista á alguien que esperaba ver allí y no encontraba,

cuando subió á la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y en seguida otra en el remate de la misma escalera.

—Su Majestad el rey!

Al oír esta palabra mágica la señora de Noailles se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se incorporó lentamente como hombre acostumbrado á tales sorpresas, y el delfín se limpió precipitadamente la boca con la servilleta, manteniéndose en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hácia la puerta.

En cuanto á la delfina se dirigió hácia la escalera para encontrarse con el rey mas pronto y recibirle dignamente.

CAPÍTULO XXV.

El pelo de la reina.

Cuando el rey llegó á la meseta de la escalera aun tenia asida de la mano á la señorita de Taverney; pero allí la soltó,

saludándola con tanta cortesía, que Richelieu tuvo tiempo de ver el saludo, admirar lo gracioso que fué y preguntarse á sí mismo á qué afortunada joven iria dirigido.

Su ignorancia no duró mucho, pues Luis XV cogió á la delfina del brazo, quien todo lo habia visto, conociendo perfectamente á Andrea, y le dijo:

—Hija mia, sin ningun cumplimiento vengo á pedirte que me des de comer: para venir aquí he atravesado todo el jardín, y habiendo encontrado en el camino á la señorita de Taverney la supliqué me acompañase.

—La señorita de Taverney! murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto... A fé mia que no puedo quejarme de la suerte!

—De modo que no solo no regañaré á esa señorita por haber tardado, respondió la delfina con tono afable, sino que le daré gracias por habernos traído á Vuestra Majestad.

Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que había en una frutera en

medio de las flores, se inclinó sin responder.

—Voto al diablo, y qué linda es! dijo Richelieu allá para sí; el pícaro de Taverney no la elojio como merece.

El rey devolvió el saludo que le hizo el delfin, sentándose en seguida á la mesa, y como tenia, ni mas ni menos que su abuelo un apetito escelente, comió de todo cuanto le sirvió el camarero mayor como por encanto.

No obstante, aunque tenia la espalda vuelta hácia la puerta, buscaba al parecer alguna cosa, ó mas bien á alguien.

Efectivamente, la señorita de Taverney, que no disfrutaba de ningun privilejio, porque aun no se sabia bien la posicion que ocupaba al lado de la delfina, no entró en el comedor, sino que despues de hacer su reverencia en contestacion á la del rey, se dirijió á la cámara de aquella, pues ya hemos dicho que la delfina la hacia leer asi que se metia en la cama.

La delfina comprendió que lo que buscaba el rey era su hermosa compañera de camino, y dijo á un joven oficial de guar-

días que se hallaba detras del rey:

—Señor de Coigny, haced que entre la señorita de Taverney con permiso de la señora de Noailles; por esta noche faltaremos á la etiqueta.

Coigny salió, y al cabo de un instante volvió con Andrea quien entró temblando, porque no comprendia de donde nacia aquella série de favores á que no estaba acostumbrada.

—Situaos, le dijo la delfina, junto á la señora duquesa.

Andrea subió la grada con timidez, y tal era su turbacion que tuvo la audacia de sentarse á un pie de distancia unicamente de la camarera mayor.

Asi es que esta le dirigió una mirada tan terrible, que como si la pobre doncella se hubiese puesto en contacto con una botella bien cargada de leyde, retrocedió á lo menos cuatro pies.

Luis XV la miraba y se sonreia.

—En verdad, dijo el duque de Richelieu allá para sí, que casi no debo tomarme el trabajo de mezclarme en nada, pues las cosas marchan, á lo que veo,

por sí solas.

El rey se volvió y divisó al mariscal, quien estaba preparado para sostener aquella mirada.

—Buenas noches, señor duque, dijo Luis XV: os llevais bien con la señora duquesa de Noailles?

—Señor, contestó el mariscal, la señora duquesa sigue siempre haciéndome la honra de tratarme como un á aturdido.

—Duque, habeis ido vos tambien al camino de Chanteloup?

—Yo, señor! á fe mia que no; Vuestra Majestad hace á los míos demasiados favores para que yo obrase así.

El rey no esperaba aquel golpe, pues si su intencion era burlarse, habia quien le saliese al encuentro.

—Qué es lo que yo he hecho, duque?

—Señor, Vuestra Majestad ha dado el mando de su caballeria lijera al duque de Aiguillon.

—Es verdad, duque.

—Y para ello se necesitaba toda la enerjia, toda la habilidad de Vuestra Majestad; casi es un golpe de estado, señor.

La comida estaba para concluirse, y el rey esperó un momento, levantándose en seguida de la mesa.

La conversacion hubiera podido ser engorrosa para él; mas como Richelieu estaba decidido á no soltar su presa, cuando el rey se puso á hablar con la señora de Noailles, el delfin y la señorita de Taverney, Richelieu maniobró con tanto saber que se volvió á entablar la conversacion, segun su deseo.

—Señor, dijo, ya sabe Vuestra Majestad que el buen éxito dá osadia.

—Lo decís, duque, para manifestarnos que vos sois atrevido?

—Lo digo para pedir á Vuestra Majestad una nueva gracia, despues de la que se ha dignado concederme: un buen amigo mio, un anciano servidor de Vuestra Majestad, tiene un hijo en los jendarmes, jóven lleno de mérito, pero pobre. Una augusta princesa le ha concedido el despacho de capitan, mas le falta la compañía.

—Esa princesa es mi hija? preguntó el rey volviéndose hácia la delfina.

—Sí, señor, dijo Richelieu; y el padre de ese jóven se llama el baron de Taverney.

—Mi padre!... exclamó Andrea involuntariamente; Felipe!... Es para Felipe, señor duque, para quien pedís una compañía?

Luego, avergonzada por haber faltado así á la etiqueta, Andrea dió un paso hácia atras, ruborosa y juntando las manos.

El rey se volvió para admirar el rubor y la emocion de la hermosa doncella; y tambien miró á Richelieu con tanta benevolencia, que el cortesano conoció cuan grata era su pelicion á causa del encuentro con Andrea.

—En efecto, dijo la delфина, ese jóven es encantador, y habia contraído el compromiso de labrar su fortuna; pero, qué desgraciados son los príncipes! Cuando Dios les dá buena voluntad, les quita la memoria ó el raciocinio: por qué no se me habia de ocurrir que ese jóven era pobre, que no bastaba con darle las charreteras, y que era preciso con-

cederle tambien una compañía?

—Y cómo queria saberlo Vuestra Alteza, señora?

—Oh! lo sabia, replicó vivamente la delfia con un jesto que recordó á Andrea la casa tan desnuda y modesta, y sin embargo tan dichosa que vivió siendo niña; lo sabia y creí que todo estaba hecho con dar un grado á Felipe de Taverney... No se llama Felipe, señorita?

—Sí, señora.

El rey miró todas aquellas fisonomías tan nobles y francas; en seguida fijó la vista en la de Richelieu, en quien tambien se veia un reflejo de jenerosidad que sin duda tomaba de la augusta persona que tenia cerca, y dijo á media voz:

—Duque, me voy á indisponer con Luciennes.

Y diciéndose luego á Andrea añadió con viveza:

—Decid que eso os causará sumo gusto.

—Ah! señor, dijo Andrea juntando las manos, yo os lo ruego.

—Entonces, concedido, dijo Luis XV;

vos, duque, escojereis una buena compañía para ese pobre joven, y yo daré los fondos si no está ya enteramente pagada y vacante.

Aquella buena accion llenó de júbilo á todos los circunstantes, valiendo al rey una célica sonrisa de Andrea y á Richelieu las gracias de aquella boca, á que en su juventud hubiera pedido mas todavía el ambicioso y avaro mariscal.

Sucesivamente fueron llegando algunas visitas presentándose entre otros el cardenal de Rohan, quien desde que la delfina se instaló en Trianon le hacía asiduamente la corte.

Pero durante toda la noche solo habló el rey con amabilidad á Richelieu: hasta hizo que le acompañase cuando se despidió de la delfina para regresar á su Trianon, y el anciano mariscal siguió al rey estremeciéndose de alegría.

Mientras que Su Majestad penetraba con el duque y sus dos oficiales en las sombrías calles que iban á parar al palacio, la delfina despidió á Andrea, diciéndole:

—Podeis retiraros, porque necesitareis

escribir á Paris esa buena noticia.

Y precedida de un lacayo que llevaba en la mano una linterna, la jóven atravesó los cien pasos de la esplanada [que separaba Trianon del edificio en que se albergaba la servidumbre.

Delante de ella tambien brincaba de arbusto en arbusto entre el follaje una sombra que seguia con brillantes ojos todos los movimientos de la jóven.

Aquella sombra era Jilberto.

Cuando Andrea llegó á la gradería y empezó á subir las escaleras de piedra, el lacayo regresó á las antecámaras de Trianon.

Entonces Jilberto deslizándose á su vez por el vestíbulo, llegó á los patios de las caballerizas, y por una escalerilla tan recta como una escala subió á su tejado buhardilla, situada frente á las ventanas del aposento de Andrea, en un ángulo del edificio.

Desde allí vió á Andrea llamar á una criada de la señora de Noailles, que tenia su habitacion en el mismo corredor; pero asi que aquella joven entró en el aposen-

to de Andrea, las cortinas de la ventana cayeron como un velo impenetrable entre los ardientes deseos del mancebo y el objeto de aquellas ideas.

En el palacio solo quedaba Mr. de Rohan, aumentando cada vez mas su galantería para con la delfina, quien le trataba con bastante frialdad.

El prelado acabó por temer no fuese indiscreto, tanto mas cuanto que ya habia visto al delfin retirarse; y así se despidió de Su Alteza Real con muestras del mas profundo y tierno respeto.

Al tiempo de subir á la carroza se acercó á él una doncella de la delfina, y casi entró en el carruaje.

—Aquí teneis eso, dijo.

Y le puso en la mano un papelito cerrado con esmero cuyo contacto hizo estremecer al cardenal.

—Tomad, replicó vivamente, entregando á aquella camarista de baja esfera un bolsillo pesado, y que yacio hubiera sido un buen regalo.

Sin pérdida de tiempo mandó el cardenal al cochero que saliese para Paris,

y que le pidiera órdenes en la barrera.

Durante todo el camino á oscuras en el coche, palpó y besó como un amante enajenado de gozo lo que contenia aquel papelito.

Así que llegó á la barrera, dijo:

—A la calle de S. Claudio.

Poco despues atravesaba el patio misterioso, y se volvía á hallar en la salita en que se mantenía Fritz, introductor de silenciosos modales.

Bálsamo se hizo esperar un cuarto de hora, hasta que al fin apareció, disculpándose con lo avanzado de la hora, pues creía que ya nadie iría á visitarle.

Efectivamente, eran cerca de las once de la noche.

—Es verdad, señor baron, dijo el cardenal, y os pido perdon por esta molestia; pero acordaos de que un dia me dijisteis que para estar seguro de ciertos secretos....

—Necesitaba el pelo de la persona de quien hablábamos aquel dia, interrumpió Bálsamo que ya habia visto el papel en manos del sencillo prelado.

—Justamente, señor baron.

—Y vos me tracis ese pelo, monseñor, no es así?

—Aquí lo teneis: creéis que sea posible volver á adquirirlo despues que se haya hecho el experimento?

—A no ser que sea necesario aplicar el fuego.... en cuyo caso....

—Sin duda, sin duda, dijo el cardenal, pero entonces me proporcionaré otro mechon. Puedo saber lo que deseo?

—Hoy?

—Ya sabeis que estoy impaciente.

Bálsamo tomó el pelo y subió precipitadamente al aposento de Lorenza.

—Voy á saber, iba diciendo por el camino, el secreto de esa monarquía; al fin voy á penetrar los ocultos designios de Dios.

Y desde la parte opuesta de la pared, antes de abrir siquiera la puerta misteriosa, adormeció á Lorenza, cuya joven le recibió con un tierno abrazo.

Bálsamo se desprendió con sentimiento de sus brazos, pues hubiera sido difícil decir qué causaba mas pena al pobre

baron, si las reconvenciones de la hermosa italiana cuando estaba despierta, ó sus caricias cuando dormia.

Al fin consiguió desatar la cadena que los dos brazos de la joven le habian echado al cuello, y poniéndole el papel en la mano, le dijo:

—Querida Lorenza, puedes decirme de quién es este pelo?

Lorenza lo tomó y lo apoyó, primero contra su pecho y luego contra su frente, pues aunque tenía abiertos los ojos, durante su sueño veía por el pecho y la frente.

—Oh! dijo; la cabeza de que se ha quitado es muy ilustre.

—Es verdad que sí!... Y dichosa eh?

—Puede serlo...

—Míralo bien, Lorenza.

—Sí, puede serlo, porque aun no hay en su vida mancha alguna.

—Sin embargo está casada...

—Oh! dijo Lorenza sonriéndose con dulzura.

—Qué quiere decir mi Lorenza?

—Que está casada, querido Bálsamo,

y sin embargo...

—Y sin embargo qué?...

—Y sin embargo...

Lorenza volvió á sonreirse y continuó:

—Yo tambien estoy casada.

—Sin duda.

—Y sin embargo....

Bálsamo miró á Lorenza con profundo asombro, y vió que á pesar de que la jó-
ven estaba dormida, se estendia sobre su
rostro el rubor de la castidad.

—Y sin embargo qué? repitió Bálsa-
mo; acaba.

Lorenza volvió á enlazar sus brazos al
cuello de su amante, y ocultando la cabe-
za en su pecho, dijo:

—Y sin embargo estoy vírjen.

—Y esa mujer, esa princesa, esa rei-
na, exclamó Balsamo, á pesar de estar
casada?...

—Esa mujer, esa princesa, esa reina,
repitió Lorenza, está tan pura y vírjen
como yo; mas pura, mas vírjen que yo
aun, pues no ama como yo.

—Qué fatalidad! murmuró Bálsamo.
Gracias, Lorenza, ya sé cuanto deseaba.

Le dió un abrazo, se guardó el pelo como un tesoro precioso en el bolsillo; y cortando á Lorenza un mechoncito de su negra cabellera lo quemó en las bujías, y recogió las cenizas en el papel donde habia estado envuelto el pelo de la delfina.

Entonces bajó de nuevo, y sin dejar de andar despertó á la joven.

El prelado estaba esperando lleno de impaciencia y dudaba.

—Qué hay, señor baron? dijo.

—Que ha de haber, monseñor?

—Qué dice el oráculo?

—Que podeis tener esperanzas.

—Ha dicho eso? exclamó el príncipe enajenado de gozo.

—Deducid á lo meros lo que á bien tengais, monseñor; lo cierto es que el oráculo dice que esa mujer no ama á su marido.

—Oh! dijo Mr. de Rohan en un transporte de alegría.

—En cuanto al pelo, dijo Bálsamo, he tenido que quemarlo para conseguir la revelacion por esencia: aquí teneis las cenizas que os devuelvo escrupulosamente

despues de haberlas recogido, como si cada partícula valiese un millon.

—Gracias, caballero, gracias; nunca podré pagaros lo que os debo.

—No hablemos de eso, monseñor: lo único que os encargo es que no vayais á tragáros las cenizas en vino, como hacen algunas veces los enamorados, porque esto es de una simpatia tan peligrosa que vuestro amor se haria incurable, al paso que el corazon de la mujer amada se enfriaria.

—Ah! me guardaré de ello, dijo el cardenal casi espantado. Adios, señor baron, adios.

Veinte minutos despues la carroza de S. E. se cruzaba en la esquina de la calle de Petits-Champs con el coche de Richelieu, al cual estuvo á pique de derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban construyendo.

Los dos señores se conocieron.

—Ola, príncipe! dijo Richelieu sonriéndose.

—Ola, duque! replicó el cardenal de

Rohan llevándose un dedo á la boca.
Y corrieron en direccion contraria.

CAPÍTULO XXVI.

Richelieu aprecia á Nicolasa.

Mr. de Richelieu se dirijia en derecha á la casa que ocupaba Mr. de Taverney en la calle de Coq-Heron.

Empero, gracias al privilegio que nos ha concedido el diablo cojuelo de poder penetrar en las casas, estén ó nó cerradas sabemos nosotros antes que Richelieu, que colocado el baron delante de la chimenea y con los pies sobre unos inmensos morrillos, debajo de los cuales se consumia un tizon, sermoneaba á Nicolasa tomándole de vez en cuando la barba, á pesar de las muecas que en señal de rebellion y desden le hacia la jóven.

No nos atrevemos á afirmar si á Nicolasa hubiese acomodado mejor la caricia sin el sermon que el sermon sin la caricia.

Lo cierto es que la conversacion ji-

raba entre amo y criada sobre un punto importante; á saber, que á ciertas horas de la noche no acudia Nicolasa exactamente al oír la campanilla, que siempre tenia algo que hacer en el jardín ó en el invernáculo, y que todo lo hacia mal menos en los referidos dos sitios.

A lo cual respondia Nicolasa volviéndose y revolviéndose con sin igual gracia y suma voluptuosidad:

—Tanto peor!... yo me fastidio aquí; además, no se me habia prometido que iria á Trianon con la señorita?

Entonces fue cuando Mr. de Taverney creyó caritativamente que debia pasarle la mano por las mejillas y la barba, sin duda para distraerla.

Nicolasa siguió en su tema, y rechazando toda clase de consuelo, deploraba su desgraciada suerte.

—En verdad, decia jimoteando, que estoy metida entre cuatro picaras paredes sin tener con quien tratar, y aun sin respirar el aire libre; mas para eso se abrió ante mis ojos mejor perspectiva, diciéndome que en lo sucesivo iba á diver-

tirme.

—Cómo y dónde? preguntó el baron.

—Dónde habia de ser? replicó Nicolasa; en Trianon! alli hubiera visto jente, ó hubiera visto lujo; hubiera mirado, ó me hubieran mirado á mí.

—Oh! Oh! Nicolasita, dijo el baron.

—Para eso soy mujer y valgo como otra cualquiera.

—Voto al diablo! Esto si que se llama hablar; aqui hay vida: hay movimiento. Oh! Como yo fuera joven y rico!...

Y no pudo menos de arrojar una mirada de admiracion y codicia á tanta juventud, sábia y hermosura.

Nicolasa se ponía pensativa y de vez en cuando se impacientaba.

—Vamos, acostaos, señor, dijo, para que yo tambien pueda acostarme.

—Escucha una palabra mas, Nicolasa.

De pronto se oyó la campanila de la puerta de la calle, y Taverney y Nicolasa se estremecieron.

—Quién será ese que llama á las once

y media de la noche? dijo el baron; ve á verlo.

Nicolasa fue á abrir, preguntó al visitante cómo se llamaba, y dejó la puerta de la calle medio abierta.

Por aquella venturosa abertura, una sombra que salia del patio se escapó; pero hizo bastante ruido para que el mariscal, pues él era el que habia entrado, se volviese y viera la fuga.

Nicolasa iba delante con una bujía en la mano y sin encojimiento.

—Tate, tate! dijo el mariscal sonriéndose y siguiéndola al salon; ese pícaro de Taverney solo me habló de su hija.

El duque era hombre que no necesitaba mirar dos veces las cosas para verlas, y verlas completamente. La sombra que había le hizo pues pensar en Nicolasa, y Nicolasa en la sombra; adivinó en el lindo rostro de la jóven lo que la sombra habia ido á hacer, y así que vió los ojos tan maliciosos, los dientes tan blancos y cintura tan fina de la criadita, no hubo menester mas para conocer su carácter é inclinaciones.

Nicolasa anunció, no sin que le palpi-
tas el corazón, en la entrada de la sala:

—El Sr. duque de Richelieu!

Este nombre estaba destinado á causar
sensacion aquella noche, pues hizo tal
efecto en el baron, que se levantó de su
asiento y se dirigió hacia la puerta, sin
poder dar crédito á lo que oía.

Pero antes de llegar á dicha puerta
vió á Richelieu en la penumbra del corre-
dor, y dijo tartamudeando:

—El duque! ..

—Sí, querido amigo, el duque en per-
sona, replicó Richelieu en tono amabilísi-
mo. Oh! esto os asombra despues de lo
que pasó en la última visita; pero sin em-
bargo es cierto, ya lo veis. Ahora la mano
sí no lo llevas á mal.

—Señor duque; me colmais dema-
siado.

—Veo que has perdido el seso, queri-
do, dijo el anciano mariscal, dando el
baston y el sombrero á Nicolasa para sen-
tarse con mas comodidad en un sillón; se-
gun parece chocheas ya y no estas en el
mundo.

—Sin embargo, duque, me parece, respondió Taverney muy conmovido, que el modo que tuviste de recibirme el otro día era tan significativo que no daba lugar á duda.

—Escucha, amigo, respondió Richelieu; el otro día te portaste como un colegial y yo como un dómine, no habiendo otra diferencia de ti á mi sino la férula. Sé que vas á hablar, pero yo quiero ahorrarte ese trabajo, porque estás en el caso de decir alguna tontería, y yo de contestarte con otra: saltemos pues del otro día á hoy. Sabes lo que vengo á hacer aquí esta noche?

—No, ciertamente.

—Pues vengo á traerte la compañía que me pediste anteayer y el rey ha dado á tu hijo. Que diablos! así comprenderás las diferencias de tiempo y ocasión: anteayer era semi-ministro, y pedir era una injusticia; hoy que no he querido admitir la cartera, y que soy simplemente el Richelieu de otros tiempos, cometería un absurdo si no pidiese. He pedido pues, he alcanzado, y traigo.

—Duque es eso cierto? tanta bondad de tu parte,...

—Es efecto natural de lo que un amigo debe á otro... El ministro negaba, pero Richelieu solicita y dá.

—Ah! duque, tu amistad me encanta: conque eres mi verdadero amigo?

—Pues no lo he de ser, vive Cristo!

—Pero el rey, el rey que me concede semejante favor...

—Ni siquiera sabe lo que hace, ó quizá me engañaré, y lo sepa á las mil maravillas.

—Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir, que sin duda tiene S. M. algun motivo en este momento para disgustar á la Dubarry, y que á este motivo, mucho mas que á mi influencia, debes el favor que te concede.

—Lo crees así?

—Estoy seguro de ello, y ayudo por mi parte. No sabes que por esa pícara no he querido aceptar la cartera?

—Me lo habian dicho, pero...

—No lo crees, vamos, sé franco.

—Pues bien, lo confieso.

—Eso quiere decir que no me tienes por hombre de escrúpulos, no es verdad?

—Quiere decir á lo menos que he visto eres hombre despreocupado.

—Querido, me voy haciendo viejo, y solo me gustan las mujeres que son para mí... Y luego, tengo acá otras ideas... Mas volvamos á tu hijo: es guapo muchacho, eh?

—Está muy mal con la Dubarry, quien se hallaba en tu casa cuando cometí la torpeza de presentarme en ella.

—Lo sé y he ahí por qué no soy ministro.

—Bueno.

—A no dudarlo, amigo.

—¿Conque no has admitido la cartera por no disgustar á mi hijo?

—Si te dijera que sí no lo creerías, y harías bien; no he admitido porque las exigencias de los Dubarry, que empezaban por la esclusion de tu hijo, hubiera ido á parar á toda clase de atrocidades.

—Entonces te habrás indispuerto con esos entes?

—Si, y no; me temen, los desprecio

y así les pago lo que me dan.

—Eso es una cosa heroica, pero imprudente.

—Por qué?

—Porque la condesa tiene crédito.

—Bah! dijo Richelieu.

—Cómo dices eso?

—Lo digo porque conozco la parte flaca, y porque á ser preciso sé poner el minero en sitio á propósito para volar la plaza.

—Ya veo la verdad; sirves á mi hijo por picar á los Dubarry.

—En mucha parte sí, y no te engaña tu perspicacia; tu hijo es para mí una granada que arrojo contra la fortaleza... mas á propósito, baron, no tienes tambien una hija?

—Sí.

—Es jóven?

—De diez y seis años.

—Bonita?

—Como una Venus.

—Vive en Trianon?

—La conoces acaso?

—He pasado la noche con ella, y he

hablado una hora de ella con el rey.

—Con el rey? exclamó Taverney, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

—Sí, con el rey.

—El rey ha hablado de mi hija, de Andrea de Taverney?

—A quien devora con la vista, si, querido.

—Ah! De veras?

—Te contrarío diciéndote esto?

—A mí... no... seguramente... el rey me honra con mirar á mi hija .. pero...

—Pero qué?

—El rey...

—Tiene malas costumbres, no es eso lo que quieres decir?

—Dios me libre de hablar mai de S. M.; asi como asi tiene derecho para obrar como le agrade.

—Pues bien, entonces, qué significa ese asombro? Pretendes acaso que la señorita tu hija no es completamente bella; y que por consiguiente no la mira el rey con ojos amorosos?

Taverney no respondió; lo que hizo fué encojerse de hombros y quedarse pen-

salivo, no sin que le persiguiese con su indagadora vista el implacable Richelieu.

—A que adivino lo que dirias si en vez de pensar, hablastes en voz alta? prosiguió el anciano mariscal acercando su sillón al del barón. Dirias que el rey está acostumbrado á vivir con malas compañías, que descende de su esfera, como se dice en los *Porcherons*, y que por lo mismo se guardará muy bien de fijar la vista en esa noble jóven, de aire casto y amores puros; que por lo mismo no reparará en el tesoro de gracias y encantos... él, que solo se enamora de palabras licenciosas, guiñadas libertinas y chanzonetas de mala ley.

—Duque, está visto que eres un gran hombre.

—Y por qué?

—Porque justamente has adivinado lo que estaba pensando, dijo Taverney.

—Confiesa, sin embargo, barón, prosiguió Richelieu, que ya era tiempo de que nuestro soberano no nos obligase á nosotros que somos nobles, pares y compañeros del rey de Francia á que besemos

la mano envilecida de una cortesana de esa especie; ya era tiempo de que nos reuniese en nuestra natural atmósfera, y que despues de haber pasado de la Chateauroux, marquesa y de madera á propósito para hacer duquesas, á la Pompadour á la Dubarry, que se llama simplemente Juannilla, no posee de la Dubarry á alguna Maritornes de cocina ó á alguna labriega. Esto seria una cosa humillante, baron; si, seria una vergüenza que teniendo como tenemos una corona con casco, bajásemos la cabeza á esas mujercillas.

—Oh! Qué verdades tan bien dichas! murmuró Taverney, y que cierto es que en la corte es donde se aprende!

—No habiendo reina, no debe haber mujeres. y no habiendo mujeres no hay cortesanos; pero el rey mantiene relaciones con una *griseta*, y el pueblo se ha sobrepuesto al trono, representándolo Juana Vauvernier, vendedora de lienzos en Paris.

—Es verdad, pero...

—Mira, baron, interrumpió el mariscal, sabes que seria un papel magnífico el

de la mujer de talento que quisiese reinar en Francia hoy?

—Sin duda, dijo Taverney, cuyo corazón palpitaba; pero por desgracia está ocupado el puesto.

—Oh! Si hubiese una mujer, continuó el mariscal, que sin tener los vicios de esas prostitutas tuviera tanto atrevimiento, cálculo y estension de miras como ellas; una mujer que elevara tan alto su fortuna, que se hablase de ella aun cuando no existiera la monarquía! Sabes si tu hija tiene talento, baron?

—Mucho, y sobre todo muy buen criterio.

—Y qué hermosa es!

—Te lo parece á ti?

—Tiene ese corte voluptuoso y encantador que tanto gusta á los hombres, ese candor, esa flor de virginidad que impone respeto hasta á las mujeres... Amigo, es preciso cuidar ese tesoro.

—Me hablas de ella con un fuego,...

—Yo! te digo que estoy perdidamente enamorado, y que mañana mismo me casaría con ella si no fuera por estos malditos

setenta y cuatro años... Pero está bien colocada en palacio? Tiene á lo menos el lujo que conviene á una flor tan linda? Piensa en ello, baron; esta noche ha entrado sola en su aposento, sin criadas, sin cazador, y con solo un lacayo del delfin que iba alumbrándola delante; esto tiene visos de pobreza.

—Y qué quieres que haga, daque, si ya sabes que no soy rico?

—Rico ó no, querido, es preciso á lo menos que tu hija tenga una doncella que la sirva.

Taverney exhaló un suspiro, y dijo:

—Ya sé que la necesita.

—Y qué, no tienes una?

El baron no respondió.

—Quien es esa linda muchacha, prosiguió Richelieu, que ha salido á abrirme? A fé mia que es bonita y tiene finura.

—Sí, pero...

—Pero qué, baron?

—Justamente por eso no puedo enviarla á Trianon.

—Y por qué? al contrario, me parece que es á propósito para el caso; hará

una doncella de mi flor.

—Veo que no la has mirado la cara, duque.

—Yo! precisamente no he hecho otra cosa.

—La has mirado, y no has conocido á quien se parece de un modo singular?

—A quién?

—A... acuérdate... pero antes examínala bien... Ven, Nicolasa.

Nicolasa que habia estado escuchando en la puerta se aproximó.

El duque le cojió las manos y apretó con sus rodillas las de la joven, á quien ni intimidó ni turbó un segundo siquiera aquella impertinencia del señorón.

—Sí, dijo, sí, es verdad que tiene una semejanza.

—Ya sabes con quién, y ves de consiguiente que es imposible esponer el favor de nuestra casa á semejante hazaña de la casualidad. Quién habia de decir que Nicolasa se parece á la dama mas ilustre de Francia?

—Oh! Oh! contestó en tono agrio Nicolasa, desprendiéndose de manos del du-

que, para responder mejor á Mr. de Taverney; es cierto que me parezco á esa ilustre señora?... Tiene como yo los hombros bajos, vivos los ojos, una pierna redonda y un brazo tan fino como la que teneis delante? En todo caso, señor baron, acabó de decir furiosa, si me despreciais de este modo es porque no me habeis visto bien.

Nicolasa estaba roja de cólera, y de consiguiente espléndidamente bella.

El duque volvió á estrechar sus lindas manos, aprisionó por segunda vez sus rodillas, y mirándola cariñosamente, dijo:

—Baron, Nicolasa no tiene igual en la corte, ó á lo menos así me lo parece. En cuanto á la ilustre dama con quien, lo confieso, tiene cierta semejanza aparente, vamos á poner á cubierto el amor propio. Vos teneis unos cabellos rubios admirables, Nicolasa; teneis unas cejas y una nariz perfectas; pero con que permanezcais sentada delante de un tocador un cuarto de hora, desaparecerá lo que al señor baron le parecen imperfecciones. Nicolasa, querrias tú ir á Trianon?

—Oh! exclamó Nicolasa, manifestan-

do con este monosílabo toda la codicia que encerraba su alma.

—Ireis pues á Trianon, querida; ireis y allí hareis fortuna sin perjudicar á la de los demas. Baron, una palabra y me marcho.

—Decid cuanto querais, mi querido duque.

—Vete, hija mia, dijo Richelieu, y déjanos hablar un momento.

Nicolasa salió y el duque se acercó al baron.

—Si te insto á que envíes á tu hija una doncella es porque esto será del agrado del rey. A Su Majestad no le gusta la miseria, y las criadas bonitas no le causan miedo. En fin, yo me entiendo.

—Que Nicolasa vaya pues á Trianon, supuesto que crees agradará esto al rey, replicó el baron sonriéndose.

—Entonces, puesto que me das el permiso, yo me la llevaré, y con eso se aprovechará de la carroza.

—Sin embargo, la semejanza que tiene con la delfina! Es preciso pensar en esto, duque.

—Ya he pensado en ello: esa semejanza desaparecerá en un cuarto de hora, gracias á Rafté; yo te lo aseguro.... Escríbe pues dos palabras á tu hija, baron, diciéndole lo importante que es para tí que tenga á su lado una doncella, y que esta doncella se llame Nicolasa.

—Crees que es urgente se llame Nicolasa?

—Sí que lo creo.

—Y si no se llamara Nicolasa?

—No desempeñaria tan bien su obligacion; te lo digo bajo palabra de honor.

—Entonces voy á escribir ahora mismo.

Y el baron se puso á escribir una carta que entregó á Richelieu así que la concluyó.

—No damos instrucciones á Nicolasa, duque?

—Yo me encargo de dárselas: es muchacha intelijente?

El baron se sonrió.

—Tú me la confías.... no es eso? dijo el duque.

—Sí, á fé mia; el negocio corre de tu cuenta: me la has pedido, y te la doy;

haz de ella lo que puedas.

—Niña, dijo el duque levantándose, venid conmigo, y pronto.

Nicolasa no esperó á que se lo repitiesen; sin pedir su consentimiento al baron reunió en cinco minutos un lio de ropa, y con tal lijereza que podia decirse que volaba se sentó junto al cochero del mariscal.

Richelieu se despidió de su amigo, y este le dió repetidas gracias por el servicio que habia hecho á Felipe de Taverney.

De Andrea no hablaron una palabra, silencio que valia mucho mas que cuanto dijesen.

CAPÍTULO XXVII.

Metamórfosis.

Nicolasa iba sumamente contenta, pues mayor triunfo era para ella dejar á Paris por Trianon, que lo fué salir de Taverney para trasladarse á Paris.

Asi es que desplegó tal gracia con el cochero de Richelieu, que á la mañana si-

guiente ya tenia una gran reputacion la doncella en todas las antecámaras un tanto aristocráticas de Versalles y Paris.

Cuando llegaron al pabellon de Hannover, Richelieu cojió á la doncella de la mano y la condujo al piso principal, donde le esperaba Mr. de Rafté escribiendo una porcion de cartas por cuenta de monseñor.

Entre las atribuciones que tenia el mariscal, la guerra hacia el principal papel, y Rafté se habia convertido, á lo menos en teoría, en un guerrero tan hábil, que Polibo y el caballero de Fobard se hubieran tenido por dichosos, á haber vivido, de recibir una de las memorias que Rafté escribia todas las semanas sobre fortificaciones y maniobras.

Mr. de Rafté estaba pues ocupado en estender un proyecto de guerra contra los ingleses en el Mediterráneo, cuando el mariscal entró y le dijo:

—Rafté, mira á esta muchacha.

Rafté la miró, y dijo moviendo los labios del modo mas significativo:

—Es muy guapa, monseñor.

—Sí, pero á quién se parece?.... Yo

te pregunto á cerca de su semejanza.

—Es verdad, voto al diablo!

—Qué tal, eh?

—Es una cosa singular, y así como puede labrar su fortuna puede ser causa de su ruina.

—Su ruina desde luego; pero nosotros vamos á tratar de impedirlo: ya ves, Rafté, que tiene los cabellos rubios, pero creo que esta no es una dificultad de gran monta.

—Todo está reducido á que sean negros, monseñor, replicó Rafté, quien habia contraído la costumbre de completar el pensamiento de su amo, y aun muchas veces de pensar por él.

—Ven á mi tocador, Nicolasa, dijo el mariscal; el señor, que es un hombre de mucha habilidad, va á hacer que seas la doncella mas linda y desconocida de Francia.

Efectivamente, diez minutos despues Rafté con la ayuda de una composicion que usaba todas las semanas el mariscal para teñir de negro los cabellos que se le veian por debajo de la peluca, coqueteria que pretendia revelar aun muchas veces

en casa de sus conocidos, tiñó de un negro lustroso los hermosos cabellos rubios de Nicolasa; luego le pasó por sus espesas cejas, también rubias, un alfiler ennegrecido á la luz de una bujía, y dió á su juguetona fisonomía un rea'ce tan fantástico, y á sus ojos vivos y claros un brillo tan vivo, y algunas veces tan sombrío, que podia decirse era una hada evocada de un estuche mágico donde la tenia encerrada su encantador.

—Mira ahora, querida, dijo Richelieu, despues de presentar un espejo á Nicolasa, lo linda que estás, y sobre todo lo poco que te pareces á la Nicolasa de hace un momento: ya no tienes que temer á una reina, sino á hacer fortuna.

—Oh! monseñor, exclamó la joven.

—Sí, y para ello solo se trata de que nos entendamos.

Nicolasa se ruborizó y bajó la vista, porque la astuta joven esperaba sin duda oír las palabras que tan bien sabia decir el Sr. de Richelieu.

El duque la comprendió, y para cortar toda mala intelijencia dijo:

—Siéntate en ese sillón, querida, al lado de Mr. de Rafté, abre tanto oído y escúchame.... Oh! No tengas miedo, que Mr. de Rafté no nos estorba, y al contrario, nos dará su dictámen. Supongo que me habrás entendido?

—Sí, monseñor, dijo Nicolasa tartamudeando, avergonzada de que la hubiese engañado su vanidad de aquel modo.

La conversacion de Mr. de Richelieu con Rafté y Nicolasa duró una hora larga, despues de la cual el duque mandó á la joven que fuese á acostarse con las criadas de palacio.

Rafté continuó estendiendo su memoria militar, y Richelieu se metió en la cama despues de hojear unas cartas en que le participaban todas las intrigas de los parlamentos de provincia contra Mr. de Aiguillon y la cábala de Dubarry.

Al dia siguiente por la mañana uno de sus carruajes aunque sin armas de ninguna clase, condujo la doncella á Trianon, la dejó cerca de la verja con su paqueto debajo del brazo y desapareció.

Nicolasa, con la frente erguida, libre el ánimo y la esperanza en los ojos, después de informarse fué á llamar á la puerta donde se albergaba la servidumbre.

Eran las diez, y vestida ya Andrea escribía á su padre informándole del feliz acontecimiento de la vispera, de que Richelieu habia sido mensajero segun ya hemos dicho.

Nuestros lectores no habrán olvidado que por una calzada de piedra se va de los jardines á la capilla del pequeño Trianon, y que al pie de esta capilla hay una escalera á la derecha por donde se sube al piso principal, es decir, á los aposentos de las damas de servicio, aposentos que están rodeados á manera de una calle de árboles por un largo corredor que da á los jardines.

La habitacion de Andrea era la primera que habia á la izquierda en aquel corredor, siendo bastante espaciosa y muy clara porque caia al patio de las caballerizas, y precedíala un cuartito con dos gabinetes á derecha é izquierda.

Aquella habitacion, insuficiente si se

considera el tren que por lo regular gastan los empleados de una corte brillante era una celda encantadora, muy habitable y risueña, como retiro despues de la agitacion y bullicio que reinaban en palacio. Alli podia refugiarse un alma ambiciosa para devorar las afrentas y los desengaños que hubiese sufrido durante el dia; alli tambien podia descansar en el silencio y la soledad, es decir, en el aislamiento de las grandezas un alma humilde y melancólica.

Efectivamente, el que atravesaba aquella calzada y subia la escalera de la capilla olvidaba la superioridad, los deberes y el deseo de figurar. Alli reinaba tanta calma como en un convento; tanta libertad material como en la cárcel, pudiéndose decir que el que era esclavo en palacio se convertia en amo asi que entraba en el departamento de la servidumbre.

Un alma tranquila y orgullosa como la de Andrea tenia en cuenta todos estos cálculos, no porque fuese á descansar de una ambicion frustrada ó de las fatigas de una fantasía aun no saciada, sino porque Andrea podia pensar mas á sus an-

chas en el estrecho cuadrilátero de su habitación que en los ricos salones de Trianon, sobre esas baldosas donde sentaba el pie con tanta timidez, que podía llamarse terror.

Desde allí, desde aquel rincón oscuro que conocía era su puesto, la joven miraba sin turbarse todas las grandezas que durante el día habían deslumbrado sus ojos y en medio de sus flores, con su clave y rodeada de libros alemanes, que son una compañía muy dulce para los que leen con el corazón, Andrea desafiaba á la suerte á que le enviase una pesadumbre ó le quitase un motivo de alegría.

—Sí, decía, cuando después de haber desempeñado su cometido se ponía su peinador de largos pliegues, y respiraba con toda su alma, así como con todos sus pulmones; aquí poseo poco más ó menos cuanto he de poseer hasta que muera. Quizá llegue un día en que me vea más rica, pero nunca me verá más pobre, porque siempre ha de haber flores, música y un buen libro que sirvan de recreo á las personas que viven aisladas.

Andrea habia conseguido le permitiesen almorzar en su habitacion cuando lo tuviese á bien, y este favor lo apreciaba en mucho, porque así podia permanecer en su aposento hasta medio dia, á no ser que la delina la mandase á llamar para que le leyese algo ó le acompañase á dar un paseo por la mañana. Cuando tenia libertad y hacia buen tiempo salia con un libro y atravesaba los espesos bosques que conducen de Trianon á Versailles; y al cabo de dos horas de pasco, meditacion y pasear la mente por los espacios imaginarios, regresaba á fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni á señor, ni á lacayo, ni un hombre, ni una librea.

Si el calor empezaba á penetrar bajo las frondosas arboledas, para eso tenia Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá forrado de indiana, cuatro sillas iguales al sofá, su casto lecho de cielo redondo, de donde caian unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de china puestos sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con

pies de cobre, esto era de lo que se componia aquel universo de microscópicas proporciones, y á cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.

Habíamos dicho que la jóven estaba sentada en su habitacion y se ocupaba en escribir á su padre, cuando le llamó la atencion un golpecito dado discretamente en la puerta del corredor.

Al ver que la puerta se abria levantó la cabeza y lanzó un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicolasa radiante de alegría.

CAPÍTULO XXVIII.

De cómo lo que en unos es motivo de alegría en otros lo es de desesperacion,

—Buenos dias, señorita: soy yo, dijo Nicolasa haciendo una alegre reverencia, que sin embargo no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocia la jóven el carácter de su ama.

—Vos! y á qué casualidad se debe vuestra venida? replicó Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversacion que se entablaba de aquel modo.

—Vos, señorita, me habiais olvidado, y yo he venido...

—Si os he olvidado, razones tendria para ello. Quién os ha dado permiso para que vengais?

—El señor baron, señorita, dijo Nicolasa acercando con aire de descontento las dos hermosas cejas negras que debia á la generosidad de Mr. Rafté.

—Mi padre os necesita en Paris, y yo para nada os necesito aquí... Podeis volveros pues, hija mia.

—Oh! dijo Nicolasa, vos, señorita, no teneis apego á la jente... Yo creía que os habiais aficionado mas á mi... Y luego quiera una, añadió filosóficamente Nicolasa, para que se lo paguen de este modo!

Y sus hermosos ojos hicieron los mayores esfuerzos para ver de atraer una lágrima á los párpados.

Aquella reconvencion encerraba demasiada sensibilidad para que no escitase

la compasion de Andrea. Asi es que le dijo:

—Hija mia, aqui tengo quien me sirva, y no puedo permitir que se aumente la carga de la señora delfina con una boca mas.

—Bueno! Como si esa boca fuese tan grande! dijo Nicolasa con una sonrisa encantadora.

—No importa, Nicolasa, es imposible que permanezcas aqui.

—Por la semejanza? dijo la joven. No habeis visto mi cara, señorita?

—Efectivamente, en tí hay alguna variacion.

—Ya lo creo; figuraos que ayer se presentó en casa un buen señor, el que ha hecho que den un grado al señorito Felipe, y viendo que el señor baron estaba triste porque no teniais una doncella á vuestro lado, le dijo que era muy fácil convertirme de blanca en negra. Me ha traído pues consigo, ha hecho que me adornen de la malera que veis, y aqui me teneis.

Andrea se sonrió y dijo:

—Conque me quieres tanto, que quieres á toda costa encerrarte en Trianon, donde estoy casi como prisionera?

Nicolasa dirigió á cuanto le rodeaba una ojeada rápida pero inteligente, y dijo:

—La habitacion no es muy alegre que digamos; pero no siempre estareis aquí?

—No sin duda, replicó Andrea; pero y tú?

—Yo?

—Tú que no irás al salon, al lado de la señora delfina; tú que no asistirás ni á juegos, ni á paseos, ni á tertulias, tú que permanecerás siempre aquí, te vas á morir de fastidio.

—Oh! dijo Nicolasa, no faltará una ventana por donde pueda verse un rincon de ese mundo, aunque solo sea por las rendijas de la puerta. El que ve está espuesto á que le vean, y esto es cuanto yo necesito; no os inquietéis pues por mí.

—Te repito que no, Nicolasa; yo no puedo recibirte sin una orden expresa.

—De quién?

—De mi padre.

—Es esa vuestra última resolucion?

—Si, mi última resolución.

Nicolasa sacó de su gorguera la carta del baron de Taverney, y dijo:

—Puesto que ni mis ruegos ni mi cariño os mueven, veamos si tiene poder sobre vos la recomendacion que traigo.

Andrea leyó la carta, que estaba concebida en los siguientes términos:

«Sé que se ha notado, querida Andrea, que no tienes en Trianon el lujo que tu rango exige imperiosamente: te convendria pues tener dos doncellas y un lacayo, como á mi me convendria poseer veinte mil libras de renta; pero lo mismo que yo me contento con mil libras, conténtate tu con Nicolasa, que vale por todas cuantas criadas sean menester.

«Nicolasa es ágil, inteligente y cariñosa, y pronto adoptará el tono y los modales de estilo, debiendo tú tener cuidado, no de estimular, sino de encadenar su buena voluntad: consévala pues, y no creas que hago un sacrificio. Si lo crees acuérdate de que S. M., que ha tenido la bondad de pensar en nosotros, al verte ha reparado (esto me lo ha dicho en confianza un buen

amigo) que te falta el fausto debido. Tenlo presente; porque es muy importante.

«Tu padre que te quiere.»

Grande fué la ansiedad que esta carta causó á Andrea, al ver que hasta en su nueva prosperidad iba á perseguirla una pobreza que solo ella creia no era una falta, cuando todos se la echaban en cara como una mancha.

Asi es que estuvo para romper la pluma con furia y desgarrar la carta empezada, para contestar al baron con un magnífico trozo lleno de un desinterés filosófico que Felipe hubiera firmado, no con una mano sino con las dos.

Pero le pareció que el baron se sonreiria irónicamente cuando leyese aquel trozo, y al punto se desvaneció su resolución, contentándose únicamente con responder al alegato del baron con un párrafo anejo á las noticias que le daba de Trianon.

«Padre mio, añadia, en este mismo momento acaba de llegar Nicolasa, y la he recibido conforme á vuestro deseo; pero lo que me escribís acerca de ella me ha

desesperado. Habré de ser menos ridícula teniendo por doncella una muchacha salida de una aldea, que estando sola en medio de los opulentos de la corte? Nicolasa sentirá ver mi humillacion, y no me lo perdonará, porque los criados son orgullosos ó humildes de por sí, segun el lujo ó la sencillez de sus amos. En cuanto á la observacion de S. M., padre mio, permítidme os diga que el rey tiene tanto talento que no puede mirarme mal porque no me esdado echármela de señorona, y que ademas S. M. tiene muy buenos sentimientos para que haya ido á notar y criticar mi miseria, en vez de convertirla en un estado de prosperidad que vuestro nombre y servicios legitimarian á los ojos de todo el mundo.»

Esta es la contestacion que dió la joven, y preciso es confesar que aquella cándida inocencia, y que aquel noble orgullo tenían harta razon contra la astucia y corrupcion de los que iban á tentarla.

Andrea no habló una palabra de Nicolasa; lo que hizo fué conservarla á su lado, de suerte que entusiasmada y alegre

esta, Dios sabe por qué, dispuso al momento una camilla en el gabinete de la derecha que daba á la antecámara, y trató de achicarse haciéndose aérea por decirlo así, para no estorbar en nada á su ama con su presencia en aquel reducido albergue; pudiendo afirmarse que sin querer trataba de imitar á la hoja de rosa que los sabios de Persia dejaron caer en el vaso lleno de agua, para demostrar que aun podia añadirse alguna cosa sin que se vertiera lo que el vaso contenia.

Andrea salió para Trianon á eso de la una, adornada mejor y mas pronto que nunca, porque Nicolasa se escedió á si misma, sirviéndola con gusto, gracia é intencion.

Asi que se marchó la señorita de Taverny y Nicolasa se vió dueña de la plaza, le pasó revista examinándolo todo, desde las cartas hasta los últimos pelen-dengues del tocador; desde la chimenea hasta los rincones mas ocultos de los gabinetes.

Y en seguida se puso á mirar por la ventana para tomar el aire de la vecindad.

Por debajo vió un gran patio, donde estaban los palafraneros limpiando y envolviendo cuidadosamente en mantillas los caballos de la delfina.

—Palafraneros! dijo Nicolasa; quita allá!
Y volvió la cabeza.

A la derecha habia una fila de ventanas al nivel de la de Andrea, y viendo Nicolasa que estaban asomadas á ellas algunas criadas y limpia-suelos pasó con desden á otro exámen.

Al frente unos maestros de música hacian repetir en una gran sala á varios coristas é instrumentistas trozos de una misa que debia cantarse en San Luis.

Nicolasa se divirtió mientras sacudia el polvo, en canturrear allá á su manera de tal suerte que los maestros se distraian y los coristas daban notas en falso impunemente.

Pero como aquel pasatiempo no podia satisfacer las ambiciones de la señorita Nicolasa, asi que vió enzarzados á nuestros maestros y discípulos sobre si lo hacian bien ó mal, pasó revista á la parte alta del edificio.

Todas las ventanas estaban cerradas, ademas de que eran unas buhardillas, de suerte que Nicolasa volvió á emprender su tarea de sacudir el polvo; pero un momento despues se abrió una de aquellas buhardillas sin saberse por qué mecanismo, pues nadie se veia allí.

Alguien, sin embargo, habia abierto aquella ventana y ese alguien habia visto á Nicolasa, no deteniéndose á mirarla, lo cual le pareció una cosa impertinente.

Y como Nicolasa todo lo estudiaba, no podia dejar de querer estudiar el rostro de un impertinente, por manera que apenas daba una vuelta por el aposento de Andrea volvía á asomarse á la ventana, y dirijia la vista hacia la buhardilla, es decir, hacia el que ó la que le faltaba al respeto privándola de su mirada por no tener ojos. Una vez se figuró que habia huido una persona al acercarse ella; pero como no era creible, no lo creyó.

Otra vez casi se afirmó en ello porque vió por la espalda al fujitivo, sorprendido en una vuelta mas pronta que lo que esperaba.

Entonces se valió Nicolasa de una astucia; ocultóse detras de la cortina dejando la ventana abierta á fin de no dar que sospechar.

Mucho tiempo tuvo que aguardar, pero al fin apareció una cabellera negra, luego unas manos tímidas que sostenian en forma de arco un cuerpo inclinado con precaucion, y por último se descubrió perfectamente la figura de un hombre, cuyo aspecto causó tal asombro á Nicolasa que desgarró toda la cortina por no caer en el suelo.

Aquella figura era la del Sr. Jilberto; quien miraba alli desde su elevada buhardilla.

Al ver temblar la cortina Jilberto comprendió la astucia y no volvió á aparecer.

Mas hizo: cerró la ventana.

Sin duda alguna Jilberto habia visto á Nicolasa; su presencia le dejó estupefacto; quiso convencerse de que aquella era su enemiga, y al verse descubierto habia huido confuso y colérico.

Asi es á lo menos como Nicolasa interpretó la escena y por cierto que te-

nia razon, asi era como convenia interpretarla.

Efectivamente, mejor hubiera querido Jilberto ver al diablo que á Nicolasa; y como la miraba con ojos de envidia desde antaño; como la joven sabia su secreto del jardin de la calle de Coq-Heron, se forjó mil terrores con la llegada de aquel cancerberillo.

Repetimos que Jilberto huyó confuso, y no solo confuso, sino colérico, mordiéndose los dedos de rabia.

—Qué me importa desde hoy, decia allá para sí, mi necio descubrimiento de que estaba tan orgulloso!... Aunque Nicolasa tenga un amante, el daño ya está hecho, y no por eso la despedirán de aquí, al paso que si ella dice lo de la calle de Coq-Heron me arrojarán de Trianon.... No soy el que tengo á Nicolasa en mis redes, sino ella la que me tiene á mí en las suyas. Oh rabia!

Y como todo el amor propio de Jilberto servia de estímulo á su odio, hervia su sangre con una violencia nunca vista.

Le pareció que con entrar Nicolasa en aquel aposento acababa de ahuyentar de él con una sonrisa diabólica todos los sueños venturosos que Jilberto enviaba diariamente desde su buhardilla con sus votos, su ardiente amor y sus flores. Había tenido Jilberto sobrado en qué pensar para que fuese á ocuparse de Nicolasa, ó bien había alejado de sí este pensamiento por el terror que le causaba? He aquí lo que no diremos nosotros; pero lo que podemos afirmar como cosa cierta es que el ver á Nicolasa fué para él una sorpresa esencialmente desagradable.

Conoció harto bien, que tarde ó temprano se declararía la guerra entre Nicolasa y él; pero como Jilberto era un hombre prudente y político, no quería que dicha guerra empezase hasta no estar en situación de hacerla de un modo enérgico y ventajoso.

Resolvió pues hacerse el mortecino hasta que la casualidad le proporcionara una ocasion favorable, para resucitar, ó hasta que por debilidad ó precision diese Nicolasa un paso que le hiciera perder

la ventaja.

Por esto fué por lo que volviéndose todo ojos y oídos para Andrea, pero circunspecto y vijilante siempre, continuó manteniéndose al corriente de los negocios interiores del primer aposento del corredor, sin que ni una sola vez pudiera encontrarle Nicolasa en los jardines.

Desgraciadamente para Nicolasa no era irrepreensible; y aun cuando lo hubiera sido á la sazón, siempre habia en su vida pasada una piedra de escándolo, moviendo la cual podia hacérsela vacilar.

Y esto es lo que sucedió al cabo de ocho dias, pues como Jilberto acechaba por tarde y noche, acabó por entrever al través de las verjas un plumero que no le era desconocido. Dicho plumero traia á Jilberto incesantemente distraído, porque era el de Mr. de Beausire, quien habia seguido á la corte, emigrando de Paris á Trianon.

Durante mucho tiempo se la echó de cruel Nicolasa; durante mucho tiempo dejó que Mr. de Beausire tiritase al frio ó se derritiese al sol, y aquella virtud traia

desesperado á Jilberto; pero una noche sin duda traspasó Mr. de Beausire los límites de la elocuencia mímica, y logró persuadir, porque Nicolasa aprovechó un momento en que Andrea estaba comiendo en el pabellon con la señora de Noailles para bajar al patio de las caballerizas, y reunirse con Mr. de Beausire, quien ayudaba al celador de las mismas á enseñar un potro de la Irlanda.

Del patio pasó la pareja al jardin y del jardin á la sombría calle de árboles que conduce á Versailles.

Jilberto siguió á los amantes tan alegre como el tigre cuando ventea la pista de alguna persona, y contó sus pasos y suspiros, aprendiendo de memoria cuanto les oyó decir. En una palabra, debemos creer que le satisfizo y mucho el resultado, pues á la mañana siguiente, sin miramiento ninguno, se asomó á la buhardilla canturreando, sin temor de que le viera Nicolasa, antes al contrario, como provocando sus miradas.

Esta zurcía un miton de seda bordado para su ama; pero así que oyó cantar,

levantó la cabeza y vió á Jilberto.

Su primera manifestacion fue hacerle cierta desdeñosa mueca que olia á vinagre desde una legua; pero Jilberto sostuvo aquella mirada y aquella mueca con una sonrisa singular: tan provocadores eran sus ademanes y su modo de cantar, que Nicolasa bajó la cabeza y se ruborizó.

—Me ha entendido, dijo Jilberto para sí, y eso era lo que yo quería.

Despues dió principio al mismo manejo y Nicolasa tembló hasta el punto de desear tener una entrevista con Jilberto para aliviar su corazon del peso que en él habian arrojado las miradas irónicas del jóven jardinero.

Jilberto notó que le buscaban en las tosecitas que resonaban cerca de la ventana, cuando Nicolasa sabía que se hallaba en su buhardilla, y las idas y venidas de la doncella al corredor cuando suponía que el mancebo iba á bajar o subir.

Hubo un momento en que creyó era una fortuna aquel triunfo, que atribuía enteramente á la fuerza de su carácter y á

su hábil conducta; y en cuanto á Nicolasa, la acechaba tan bien, que una vez le vió subir la escalera y le llamó, pero el joven no respondió.

La doncella llevó mas lejos su curiosidad ó temor, pues una noche se quitó los bonitos chapines que le habia regalado Andrea, y se aventuró aunque temblando á ir con paso rápido al cobertizo en cuyo fondo se veía la puerta de Jilberto.

Aun habia bastante luz para que prevenido este de la proximidad de la doncella pudiese ver á Nicolasa perfectamente por las junturas, ó mas bien por la separacion que habia entre tabla y tabla.

Nicolasa llamó á la puerta, sabiendo harto bien que Jilberto estaba en su cuarto, pero este no respondió.

Peligrosa era para él sin embargo aquella tentacion, pues podia humillar á sus anchas á la que de aquel modo iba á pedir perdon. Pero como habia estado una noche y otra estremeciéndose cuando se acordaba de Taverney, con el ojo aplicado á la puerta, devorando la fascinadora hermosura de su voluptuosa hija, cada

vez mas escitado por la sensacion preliminar de su amor propio, ya iba á levantar la mano para descorrer el cerrojo que habia echado para que no le sorprendiesen; pero dijo hallá para sí;

—No, no; esa muchacha obra por cálculo: por temor é interés viene á buscarme; de suerte que siempre ganaria algo; y quién sabe si yo perderia?

Y ratiocinando así dejó caer la mano, por manera que Nicolasa, despues de llamar á la puerta dos ó tres veces, se alejó frunciendo el entrecejo.

Toda la ventaja quedó pues por Jilberto, y Nicolasa redobló entonces su astucia para no perder enteramente la suya. Por último, tantos proyectos y contraminas se redujeron á estas palabras que los dos partidos belijerantes cambiaron entre sí una tarde á la puerta de la capilla, donde casualmente se encontraron:

—Ola! buenas tardes, señor Jilberto; vos por aquí?

—Ola! buenas tardes Nicolasita; vos en Trianon?

—Ya lo veis; sirvo á la señorita en

clase de doncella.

—Y yo soy jardinero.

En seguida Nicolasa hizo una bonita reverencia á Jilberto, quien la saludó como hombre de corte y se separaron.

Jilberto iba á subir á su buhardilla y finjió que proseguia su camino.

Nicolasa salia de su cuarto y continuó su ruta; pero Jilberto volvió á bajar con la astucia propia del lobo, y siguió á Nicolasa, figurándose que iba en busca de Mr. de Beausire.

Efectivamente, bajo los árboles habia un hombre esperando, y Nicolasa se acercó á él; pero como habia ya demasiada sombra para que Jilberto conociese á Mr. Beausire, no lo conoció. Además no llevaba plumero, y esto llamó de tal modo la atencion al mancebo, que dejó á Nicolasa regresar á su habitacion y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianon.

No era Mr. de Beausire, sino un hombre de cierta edad, ó por mejor decir de una edad avanzada, modales de gran personaje y aire suelto á pesar de su vejez. Jilberto se acercó pasando casi bajo las

barbas de aquel personaje con tanta audacia como impudencia, y conoció á Mr. de Richelieu.

—Cáspita! dijo, despues del exento el mariscal de Francia: la muchacha va ascendiendo en graduacion.

CAPÍTULO XXIX.

Los Parlamentos.

Mientras que bajo los olmos y entre las flores de Trianon salian á luz estas intrigas subalternas, avivando la existencia ya bastante animada de los aradores de aquel mundo, las grandes intrigas de Paris, tempestades amenazadoras, abrian sus vastas alas sobre el palacio de Themis, como escribia mitológicamente Juan Dubarry á su hermana.

Los parlamentos, resto aunque degenerado de la antigua oposicion francesa, habian tomado aliento bajo la mano caprichosa de Luis XV; pero despues cayó Mr. Choiseul que era su protector, y conociendo que corrian peligro, aprestábanse á conjurarlo con medidas tan enérgicas

como permitian las circunstancias.

Todos los sacudimientos generales toman cuerpo con la cuestion de personas, lo mismo que las grandes batallas entre dos ó mas ejércitos empiezan con refriegas de tiradores aislados.

Desde que Mr. de Chalotais, con prender á Mr. de Aiguillon, personificó la lucha del estado llano contra el feudalismo, el espíritu público se atenia á aquel hecho, y no sufría que la cuestion se sacase de quicio.

Ahora bien, el rey á quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera habia anegado con un diluvio de representaciones mas ó menos sumisas y filiales, acababa, gracias á la Dubarry de dar la razon al feudalismo contra el estado llano, nombrando á Mr. de Aiguillon comandante de la caballería lijera.

Juan Dubarry formulaba con exactitud semejante acto, diciendo que era dar un bofeton en la mejilla de sus amados y fieles consejeros que se erijian en tribunal de parlamento.

Cómo seria recibido aquel bofeton? Es-

ta era la pregunta que en la corte y la villa se hacian todos diariamente al despuntar de la aurora.

Los individuos del parlamento tenian no poca habilidad, penetrando bien á las claras lo que otros no entendian.

Empezaron pues por ponerse de acuerdo entre sí acerca de la aplicacion y resultado del bofetón, y cuando quedó perfectamente consignado que habia sido dado y recibido el susodicho bofetón, tomaron la resolucion siguiente:

El tribunal del parlamento deliberará acerca de la conducta del ex-gobernador de Bretaña, y dará su dictámen.

Pero el rey paró el golpe intimando á los pares y príncipes la prohibicion de que no fuesen á palacio para asistir á deliberacion alguna tocante á Mr. de Aiguillon; y estos obedecieron al pie de la letra.

Entonces el parlamento, decidido á obrar por sí, dictó una sentencia declarando que en atencion á que se acusaba á Mr. de Aiguillon de hechos que manchaban su honra, quedaba suspendido del cargo de par hasta que se vindicase ple-

namente ante el tribunal de los pares, en la forma y con la solemnidad prescritas en las leyes y ordenanzas del reino, *que con nada podia suplirse* de las acusaciones y sospechas que pesaban sobre su honra.

Pero no bastaba dictar semejante sentencia delante de los interesados é inscribirla en las actas judiciales, sino que era necesario darle publicidad; era necesario dar con ella ese escándalo que nadie teme escitar en Francia con jácara y canciones, motivo por que la cancion domina en nuestro pais los sucesos y á los hombres; era preciso, en fin, elevar la sentencia del parlamento á la esfera de la cancion.

Paris no pedia otra cosa sino interesarse en el escándalo, pues como no miraba con buenos ojos ni á la corte ni al parlamento, el pueblo, que estaba en perpétua combustion, esperaba algun motivo de risa en medio de todos los de llanto que le daban desde hacia cien años.

La sentencia, pues, era justa; y el parlamento nombró una comision para que la mandara imprimir á vista de todos, tirán-

dose en consecuencia diez mil ejemplares, cuya distribucion se organizó en un momento.

En seguida, siendo como era ajustado á las fórmulas que el principal interesado tuviese conocimiento de lo que el tribunal habia hecho con él, la comision fué al palacio del duque de Aiguillon, quien acababa de apearse en Paris para acudir á una cita imperiosa.

Esta cita no era otra cosa sino una esplicacion clara y franca entre el duque y su tio el mariscal, esplicacion que cada dia iba siendo mas necesaria.

Gracias á Rafté, todo Versailles supo en una hera la nobleza con que el anciano duque se resistió á las órdenes del rey, tocante á la cartera de Mr. de Choiseul; y gracias á Versailles, todo Paris, y la Francia toda, supieron la noticia; de suerte que hacia algun tiempo que Mr. de Richelieu se hallaba colocado en el pedestal de la popularidad, desde donde hacia muecas aunque con política á la Dubarry y á su caro sobrino.

Semejante posicion no era muy buena

para Mr. de Aiguillon, impopularísimo en extremo, y el mariscal, tan aborrecido del pueblo, pero á quien temia, por ser el representante de esa nobleza tan respetada como respetable en el reinado de Luis XV; el mariscal, tan versátil, que despues de escojer partido se sobreponia á él sin contemplaciones, cuando las circunstancias lo permitian, ó podia resultar de ello decir una agudeza; Richelieu, en una palabra, era un enemigo importuno, con tanta mayor razon cuanto que siempre reservaba para hacer lo que llamaba sorpresas el peor lado de su enemistad.

Desde la entrevista que Aiguillon tuvo con la Dubarry presentaba su coraza dos puntos débiles, y adivinando todo el rencor, asi como todo el apetito por vengarse, que Richelieu ocultaba bajo las apariencias de un humor siempre igual, hizo lo que se debe hacer cuando sobreviene una tempestad; esto es, rompió la tromba á cañonazos, seguro de que el peligro seria menor abordándolo de frente.

Se dedicó pues á buscar á su tio por todas partes á fin de tener con él una es-

plicacion seria; pero nada tan difícil como esto, desde que el mariscal olfateó su deseo.

Todo se volvía marchas y contramarchas y así que el mariscal veía á su sobrino, por lejos que fuese, le disparaba una sonrisa y se rodeaba inmediatamente de personas, delante de las cuales no era posible hablar, desafiando desde allí al enemigo, como desde un fuerte impugnable.

El duque de Aiguillon deshizo la tromba, presentándose pura y simplemente en casa de su tío en Versailles.

Pero Rafté estaba de centinela en su ventana, la cual daba al patio, y conociendo la librea del duque, avisó en seguida á su amo.

El duque entró hasta el dormitorio del mariscal, y allí encontró á Rafté, quien con una sonrisa preñada de confianza, cometió la indiscrecion de contar al sobrino, que el tío habia pasado la noche fuera de casa.

Aiguillon se mordió los labios y tocó retirada.

Así que entró en su palacio escribió

al mariscal pidiéndole una audiencia.

El mariscal no tenia pues otro remedio sino contestar, y si contestaba no podia negar la audiencia; concedida la cual no le era dado negarse tampoco á una esplicacion. Mr. de Aiguillon se parecia en esto á los espadachines políticos y finos, que ocultando su mala intencion bajo la capa de una urbanidad adorable, conducen al terreno de la lucha haciéndole reverencias al hombre que buscan, y allí le degüellan sin misericordia.

No era tan grande el amor propio del mariscal que fuera á hacerse ilusiones, al contrario, sabia lo fuerte que era su sobriño, y que si se le ponía delante, su antagonista le arrancaría ó un perdon ó una concesion, cuando precisamente nunca perdonaba Richelieu, y tenia muy presente que es un error mortal en politica hacer concesiones á un enemigo.

Finjió, pues, así que recibió la carta de Mr. de Aiguillon que habia dejado á París por unos cuantos dias.

Rafté, á quien consultó acerca de este punto, le dió el siguiente dictámen:

—Estamos en camino de arruinar á Mr. de Aiguillon, pues los amigos que tenemos en el parlamento no se descuidan en su tarea. Si Mr. de Aiguillon, que lo sospecha, logra atraparnos antes de que se verifique la esplosion, hará que le prometais le servireis en caso de una desgracia, pues vuestro resentimiento no puede ser superior al interés de familia: pero si al contrario os negais, Mr. de Aiguillon irá por ahí diciendo que sois enemigo suyo, os atribuirá el daño, y su alivio será como el del que encuentra la causa de la enfermedad, aun cuando la enfermedad no se haya curado.

—Todo eso es muy justo, replicó Richelieu; pero yo no puedo estar oculto eternamente. Cuantos dias se necesitan para que dé el estallido?

—Seis.

—Es eso seguro?

Rafté sacó del bolsillo una carta de un consejero del parlamento; carta que solo contenia los dos renglones siguientes:

«Se ha decidido dar la sentencia, la cual se dictará el jueves, último plazo que

ha fijado la compañía.»

—Entonces, nada mas sencillo, replicó el mariscal. Devuelve al duque su carta con un billete en estos términos:

«Señor duque:

«Ya habreis sabido la salida del Sr. mariscal para ””, pues su médico ha creído que debia mudar de aires, hallándose como se halla un tanto fatigado. Si como creo con arreglo á lo que tuvisteis la atencion de manifestarme el otro dia, deseais hablar con el señor mariscal, puedo asegurar que el jueves en la noche, de vuelta ya el señor duque de ””, dormirá en Paris, donde le hallareis sin falta alguna.»

—Y ahora, añadió el mariscal, escondeme en alguna parte hasta el jueves.

Rasté siguió aquellas instrucciones puntualmente, escribiendo y enviando el billete, y proporcionando el escondite; pero fastidiado Mr. de Richelieu salió una noche de él para ir á Trianon á hablar con Nicolasa, con la cual nada arriesgaba ó á lo menos lo creia así, sabiendo que el duque de Aiguillon estaba en el pabellon de Luciennes.

De esta maniobra resultó que si Mr. de Aiguillon sospechó alguna cosa, no pudo evitar el golpe que le amenazaba por no encontrar la espada de su enemigo.

Se contentó, pues, con el plazo del jueves, y cuando llegó este día, salió de Versalles con la esperanza de que al fin iba á encontrarse y á pelear con aquel antagónista impalpable.

Ya hemos dicho que aquel fué el día en que el parlamento dictó su sentencia.

En las anchas calles por donde atravesó la carroza de Mr. de Aiguillon reinaba una gran fermentacion sorda todavía, pero perfectamente inteligible para el parisiense que tan bien conoce el nivel de sus ondas.

Nadie puso la atencion en él, porque habia tenido la precaucion de viajar en un carruaje sin armas y con dos lacayos vestidos de paño pardo, como si fuera á buscar fortuna.

Acá y allá vió grupos de jente que se enseñaban un papel, lo leían haciendo grandes jesticulaciones y se rebullian como las hormigas en derredor de un ter-

ron de azúcar caído en el suelo; pero aquel era el tiempo de las conmociones inofensivas, agrupándose el pueblo del mismo modo por un impuesto sobre el trigo, un artículo de la gaceta de Holanda, un cuarteto de Voltaire ó una canción contra la Dubarry ó Mr. de Maupeou.

Aiguillon se encaminó en derecha al palacio de Richelieu, encontrando únicamente en él á Rasté, quien le dijo:

—De un mometo á otro se espera al Sr. mariscal; sin duda se habrá detenido en barreras por alguna tardanza en las postas.

Mr. de Aiguillon se propuso esperarle, manifestando al mismo tiempo cierto mal humor contra Rasté, porque atribuyó la disculpa á una nueva derrota.

Mucho peor fué cuando Rasté le dijo que el mariscal se desesperaría así que llegase y supiera que Mr. de Aiguillon había tenido que esperar; que sin duda alguna no volvería solo del campo y no haría sino atravesar á París para enterarse de las novedades que hubiese en casa: y que de consiguiente, haría bien Mr. de

Aiguillon en volverse á la suya, á donde el mariscal subiria de paso.

—Escuchadme, Rafté, dijo Aiguillon cada vez mas enfadado al oir aquella réplica harto oscura; vos sabeis como piensa y obra mi tio, y quisiera que me contestáseis como hombre de bien: se están burlando de mí, no es verdad, y el mariscal no quiere verme?... No me interrumpais, Rafté; muchas veces habeis sido para mí un buen consejero, y yo he sido para vos, como lo seré todavía, un buen amigo; me vuelvo á Versalles?

—Os digo bajo palabra de honor, señor duque, que antes de que haya transcurrido una hora, irá á visitaros á vuestra casa el señor mariscal.

—Pero en ese caso puesto que ha de venir, lo mismo es que yo le espere.

—Ya he tenido la honra de deciros que quizá no vendrá solo.

—Lo entiendo y cuento con vuestra palabra, Rafté.

El duque se fué pensativo, pero con un aire tan noble y gracioso como rara era la figura que sacó el mariscal cuando

salió de un gabinete con puerta de cristales cuando se marchó su sobrino.

El mariscal se sonreía como uno de los feísimos demonios que Callot ha sembrado en su cuadro de las *tentaciones*.

--No sospecha? dijo á Rafté.

—Nada, monseñor.

—Qué hora es?

—La hora nada importa, monseñor; es preciso esperar á que venga á avisarme nuestro procurador del Chatelet, pues todavía están los comisionados en la imprenta.

Apenas habia acabado de decir estas palabras Rafté introdujo un lacayo por una puerta secreta á un personaje bastante mugriento, feo y negro; á uno de esos hombres-pluma á quien Mr. Dubarry miraba con tanta antipatía.

Rafté empujó al mariscal para que se encerrase en su gabinete, y con la sonrisa en los labios salió á recibir á aquel hombre, diciéndole:

—Ah! Sois vos, maese Flageot! me alegro infinito de veros.

—Servidor vuestro, señor de Rafté;

vengo á deciros que el negocio está ya hecho.

—Se ha impreso?

—Y tirado cinco mil ejemplares; los primeros circulan ya, y los otros se están secando.

—Qué desgracia, señor Flageot! Qué desesperacion para la familia del señor mariscal!

Por no responder Mr. Flageot, es decir, por no mentir, sacó una gran caja de plata, y tomó lentamente un polvo de tabaco.

—Y qué hay que hacer en seguida? continuó Rafté.

—La fórmula, señor Rafté: seguros los señores comisionados de que se han tirado y repartido los ejemplares, subirán inmediatamente en la carroza que les está esperando en la puerta del impresor, é irán á notificar la sentencia á Mr. de Aiguillon, quien justamente (ved que fortuna, es decir, que desgracia, señor Rafté) se halla en su palacio, de modo que se le va á hacer la notificacion personalmente.

Rasté hizo de pronto un movimiento y cojió de encima de una mesa un enorme saco lleno de papeles, entregándoselo á maese Flageot, á quien dijo:

— Ahí teneis las piezas de que os he hablado; el señor mariscal tiene gran confianza en vuestras luces, y abandona en vuestras manos este asunto que debe reportaros no pocas ventajas. Gracias por el trabajo que os habeis tomado avisándome el deplorable conflicto que ha sobrevenido entre Mr. de Aiguillon y el omnipotente parlamento de París.

Y empujó suavemente, pero con cierta prisa, hacia la puerta de la antesala á maese Flageot, sumamente contento con el peso que llevaba á su espalda.

En seguida sacó al mariscal de su prision, y le dijo:

—Ea, al coche, señor! no hay que perder tiempo, si es que quereis asistir á la representacion. Procurad que vuestros caballos anden mas aprisa que los de los señores comisionados

CAPÍTULO XXX.

En que se demuestra que el camino del ministerio no está sembrado de flores.

Los caballos de Mr. de Richalieu andaban mas aprisa que los de los señores comisionados, pues el mariscal entró antes que ellos en el palacio de Mr. de Aiguillon.

El duque no esperaba ya á su tio, y se disponia á marcharse de ruevo á Lucieunes, á fin de anunciar á la Dubarry que el enemigo habia arrojado la máscara, cuando el conserje fué á avisar la llegada del mariscal, sacando del fondo de su entorpecimiento á aquel espíritu desanimado.

El duque corrió á recibir á su tio, y le cojió las manos afectando tanta ternura como miedo habia tenido.

El mariscal se dejó llevar tambien del cariño, y el cuadro fué interesante; pero se veia sin embargo en Aiguillon deseo de

entrar en esplicaciones, mientras que el mariscal alejaba el momento lo mejor que podia, mirando, ora un cuadro, ora una estatua de bronce, ora un objeto de tapiceria, y quejándose de que estaba sumamente cansado.

El duque cortó la retirada á su tio, le encerró en un sillón como Mr. de Villars al príncipe Eugenio en Marchiennes; y empezó el ataque diciéndole:

—Tío, es verdad que á pesar de que sois el hombre mas agudo de Francia me habeis juzgado tan mal que creéis seré yo tan egoísta como vos?

Como no habia términos hábiles de poder retroceder, Richelieu tomó su partido replicando:

—Qué es lo que me dices, y en qué ves, querido, que yo te juzgue bien ó mal?

—Tío, vos estais reñido conmigo.

—Pero, á qué propósito?

—Oh! dejémosnos de evasivas, señor mariscal; vos huís de mí cuando yo os necesito y con esto está dicho todo.

—Bajo palabra de honor que no te

entiendo.

—Pues entonces me explicaré. El rey no ha querido nombraros ministro, y como yo he aceptado el mando de la caballería ligera suponeis que os he abandonado y hecho traicion, siendo así que esa apreciable condesa os quiere de corazón.

Richelieu aplicó el oído, pero no fué solamente á las palabras de su sobrino, y luego añadió:

—Conque dices que esa apreciable condesa me quiere de corazón?

—Y lo probaré.

—Para qué, querido, si yo no lo niego?... Yo te hice venir para que me ayudaras á llevar la carga, y como eres mas jóven, y de consiguiente mas fuerte, tú triunfas y yo sucumbo. Esto está en el orden, y á fé que no adivino por qué abrigas esos escrúpulos; si has obrado conforme á mis intereses, apruebo tu conducta una y mil veces, y si has obrado en contra mia te devuelvo tu reprimenda... Merece esto que media explicaciones?

—En verdad, tío...

—Eres un niño, duque. Tu posicion es magnífica; siendo como eres par de Francia, duque, comandante de la caballeria lijera y ministro de aqui á seis semanas, debes hacerte superior á cosas que nada valen, porque el buen éxito absuelve de culpas, hijo mio. Supon (me gustan mucho los apólogos), supon que nosotros somos las mulas de que habla la fábula... Pero qué es lo que oigo por ahí?

—Nada, tio, continuad.

—Si tal, oigo una carroza que entra en el patio.

—Os ruego que prosigais, tio, porque vuestra conversacion me interesa mas que nada, y tambien á mi me gustan los apólogos.

—Pues bien, querido, iba á decirte que mientras estés en prosperidad, nadie te reconvendrá en tu cara ni tendrás que temer el despecho de los envidiosos; pero guárdate de cojear ni dar tropiezos, porque entonces es cuando embiste el lobo... Bien te decia yo; en la antesala se oye ruido; sin duda vendrán á traerte la carterá... La apreciable condesa habrá tra-

bajado en tu favor desde la alcoba.

El conserge entró y dijo con inquietud:

—Una comision del parlamento.

—Toma! saltó Richelieu.

—Una comision del parlamento aqui?

Qué me querrán? respondió el duque poco tranquilo al ver la sonrisa de su tio.

—En nombre del rey! articuló una voz sonora al fin de la antesala.

—Oh! oh! exclamó Richelieu.

Mr de Aiguillon se levantó sumamente pálido y él mismo fué á introducir á los comisionados, detras de los cuales aparecian dos alguaciles impasibles, y á cierta distancia una lejion de criados y lacayos asustados.

—Qué hay? preguntó el duque con voz conmovida.

—Es el señor duque de Aiguillon con quien tenemos el honor de hablar? dijo uno de los comisionados.

—Yo soy el duque de Aiguillon, si señores.

El comisionado hizo un profundo saludo, sacó de su cintura una acta en forma

y la leyó en voz alta é intelijible.

Aquella era la sentencia circunstanciada, completa y con todos sus pormenores en que se declaraba sujeto á graves inculpaciones y sospechas que mancillaban su honor, al duque de Aiguillon, y se le suspendia en su empleo de par del reino.

El duque oyó aquella lectura como oye el estampido del trueno aquel á quien ha privado del sentido un rayo: ni siquiera se movió, semejando una estatua sobre su pedestal, y ni alargó la mano para tomar la copia de la sentencia que le presentaba el comisionado del parlamento.

El mariscal fué quien, de pié tambien pero con aire alegre y vivaracho, cogió el papel, lo leyó y contestó al saludo de los comisionados.

Estos se hallaban ya muy lejos, y el duque todavia continuaba en su estupor.

—Duro es el golpe, dijo Richelieu; ya no eres par de Francia, y esto es una cosa humillante.

El duque se volvió hacía su tio como si solo en aquel instante hubiese recobrao

do la vida y el pensamiento.

—Tú no lo esperabas? dijo Richelieu en el mismo tono.

—Y vos, tío? preguntó Aiguillon.

—Cómo quieres que uno vaya a sospechar que el parlamento se proponia descargar un golpe tan fuerte contra el favorito del rey y de la favorita?... esos hombres quieren que se les pulverice.

El duque se sentó con la mano en la mejilla, la cual brotaba fuego.

—Lo malo es que, continuó el anciano mariscal hundiendo el puñal en la herida, que si el parlamento te degrada del cargo de par porque has sido nombrado comandante de la caballeria lijera, decretará tu prision y te condenará á morir en una hoguera el dia en que seas nombrado ministro. Aiguillon, desconfia de esa jente porque te aborrece.

El duque arrostró aquella horrible chanzoneta con la constancia propia de un héroe porque su desgracia le engrandecia purificando su alma.

Richelieu creyó que aquella constancia era insensibilidad ó falta de inteli-

jencia, y que las picadas no habian sido bastante profundas, por lo cual dijo:

—No siendo par estarás menos espuesto al odio de esos golillas; refújiate, pues, en la oscuridad durante algunos años; ademas de que ya ves que esa oscuridad que ha de ser tu salvaguardia se acerca á ti que quieras que no quieras. Degradado del cargo de par te será mas difícil llegar á ser ministro, y esto te sacará del apuro, al paso que si quieres luchar, amigo mio, para eso te ama de corazon esa apreciable condesa que es muy buen apoyo.

Aiguillon se levantó y ni siquiera miró al mariscal con ojos de furia en cambio de lo que el anciano le estaba haciendo sufrir.

—Teneis razon, tio, respondió tranquilamente; conociéndose vuestra prudencia en lo último que acabais de decirme. La señora condesa Dubarry, á quien tuvísteis la bondad de presentarme, y á quien hablásteis de mí tan bien y con tanto calor que todo el mundo lo puede testificar en Luciennes, me defenderá. Gracias á Dios, me ama, es valiente y tiene valimiento sobre S. M.: os agradezco pues vuestro con-

sejo, y me refugio en él como en un puerto de salvacion. Bourgnignon, prepara caballos y á Luciennes.

El mariscal suspendió la sonrisa que brillaba en sus labios, y Mr. de Aiguillon le saludó respetuosamente, dejándole en el salon muy inquieto, y sobre todo, confuso, por el encarnizamiento con que habia mordido aquella carne viva tan noble.

El anciano mariscal se consoló un tanto al ver el júbilo de los parisienses cuando aquella tarde leyeron los diez mil ejemplares de la sentencia que se quitaban de las manos unos á otros en las calles: pero no pudo menos de suspirar cuando Rafté le preguntó el resultado de su visita.

Sin embargo, se lo contó todo sin callar nada.

Conque hemos parado el golpe? dijo el secretario.

—Sí y no, Rafté, pues la herida no es mortal; pero tenemos en Trianon una cosa que vale mas, y que siento no haber cuidado únicamente. Hemos corrido dos liebres, lo cual es una locura, Rafté.

—Por qué si hemos cojido la buena, replicó Rafté.

—Querido, acuérdate de que la buena es siempre la que no se ha cojido, y que por esta daría uno la otra; es decir, la que ha cojido.

A pesar de que Mr. de Richelieu tenía razón, Rafté se encojió de hombros.

—Crees tú que el rey saldrá de esta, bobo?

—Oh! el rey escapa por donde quiere; pero no se trata del rey, que yo sepa.

—Por donde se escape el rey se escapará la Dubarry, teniéndole como le tiene tan cojido; y por donde se escape la Dubarry se escapará también Aiguillon, porque... Pero tú no entiendes de política, Rafté.

—Monseñor, no piensa así maese Flageot.

—Bueno! Y qué es lo que dice ese señor Flageot? Pero antes sepamos quién es.

—Es un procurador.

—Y qué más?

—Nada, sino que maese Flageot sostiene que el rey no saldrá de esta.

—Oh! Oh! Y quién será el que ponga obstáculos al leon?

—Quién ha de ser, señor? El raton!...

—Es decir, maese Flageot?

—El afirma que sí.

—Y tú lo crees?

—Yo creo siempre á un procurador que promete hacer daño.

—Ya veremos los medios de que se vale.

—Eso es lo que yo digo, monseñor.

—Ven pues á cenar, que quiero acostarme... Estoy atoniado al ver que mi pobre sobrino no es ya par de Francia ni será ministro. O es uno tío, ó no lo es, Rafté.

Mr. de Richelieu exhaló un suspiro, y en seguida se puso á reir.

—Sin embargo, le replicó Rafté, teneis lo que se necesita para ser ministro.

CAPÍTULO XXXI.

Aiguillon toma la revancha.

A la mañana siguiente del dia en que la terrible sentencia del parlamento puso

en movimiento á París y Versailles; cuando todos estaban en expectativa á fin de saber qué consecuencias produciría dicha sentencia, el duque de Richelieu, que se habia trasladado á Versailles, entregándose de nuevo á su vida un si es no es irregular, vió entrar en su aposento á Rafté con una carta en la mano. El secretario oía y pesaba aquella carta con un aire de inquietud que no tardó en comunicarse á su amo.

—Qué es eso, Rafté? preguntó el mariscal.

—Una cosa nada agradable á lo que imagino, monseñor.

—Y por qué te lo imaginas?

—Porque la carta es del señor duque de Aiguillon.

—Ah! ah! saltó el duque: de mi sobrino?

—Sí, señor mariscal; al salir del consejo del rey un conserje de cámara ha venido y me ha entregado este pliego para vos; y ya hace diez minutos que le estoy dando vueltas figurándoseme, no sé por qué, que debe contener alguna mala noticia.

El duque alargó la mano, diciendo:

—Dame, que yo soy valiente.

—Os prevengo, interrumpió Rafté, que al tiempo de entregarme el conserje la carta se rió con toda su alma.

—Cáspita! la cosa es para alarmarse; pero dame, replicó el mariscal.

—Y que añadió: el señor duque de Aiguillon encarga que este pliego se ponga al instante en manos del señor mariscal.

—No se dirá que el dolor me hace me-lla! esclamó el anciano mariscal rompiendo el sello con mano firme, y se puso á leer.

—Hola! Hola! Haceis muecas? dijo Rafté, con las manos detras de la espalda, como buen observador.

—Es posible! murmuró Richelieu, continuando su lectura.

—Segun parece es cosa seria, eh?

—Cualquiera diria que te alegras.

—Me alegro de ver que no me habia engañado.

El mariscal siguió leyendo.

—El rey es muy bueno, dijo al cabo de un instante.

—Nombra ministro á Mr. de Aiguillon?

—Mas aun.

—Oh! Oh! Pues qué es?

—Lee y forma comentarios.

Rafté leyó á su vez el billete, escrito de puño y letra de Mr. de Aiguillon, y concebido en estos términos:

«Mi querido tio: vuestro consejo ha surtido efecto, pues habiendo confiado mis pesadumbres á la bondadosa amiga de nuestra familia, á la señora condesa Dubarry, ha tenido á bien depositar mi confianza en el seno de Su Majestad. El rey se ha indignado de la violencia que conmigo usan los señores individuos del parlamento, á pesar de que con tanta fidelidad sirvo su causa, y en el consejo de hoy mismo ha anulado la sentencia del parlamento, mandando continúe en mi cargo de par de Francia.»

«Como sé, querido tio, el placer que os causará esta noticia, os envio copia de la decision de Su Majestad, copia que he mandado sacar á un secretario inmediatamente para que os entereis antes que nadie.

«Podeis contar, mi querido tío, con mi ternura y respeto, así como cuenta con vuestros favores y buenos consejos:

«EL DUQUE DE AIGUILLON.»

—Sobre la marcha se burla de mí, exclamó el mariscal.

—Creo que sí, monseñor.

—El rey! El rey! Cuidado si se mete en el avispero!

—Ayer no lo quisisteis creer.

—Yo no he dicho que no entraria en él, señor Rafté, sino que saldria.... y ya ves como sale.

—El hecho es que el parlamento está derrotado.

—Y yo tambien!

—Lo que es en el momento sí.

—Y para siempre! Ayer lo presentia, y tú me consolaste tanto, que no podia menos de sucederme cosas desagradables.

—Me parece, monseñor, que os desanimais demasiado pronto.

—Sr. Rafté, veo que sois un tonto; estoy derrotado y pagaré la culpa: vos no comprendéis quizá cuán poco me gusta ser el hazme-reir de Luciennes; á estas

horas el duque se burla de mí en brazos de la Dubarry; la señorita Chon y el señor Juan Dubarry me desuellan á mas y mejor, y el negrilla se atraca de bombones haciendo jestos. Vive Cristo que á pesar de mi buen caracter esto me pone furioso!

—Furioso, monseñor?

—Sí, furioso.

—Entonces, no debisteis hacer lo que habeis hecho, replicó Rafté filosóficamente.

—Vos me habeis inducido á ello, señor secretario.

—Yo?

—Sí, vos.

—Quereis decirme, monseñor, qué me importa á mí que Mr. de Aiguillon sea ó no par de Francia? Creo que vuestro sobrino no me hace ningun agravio.

—Sois un hombre impertinente, señor Rafté.

—Ya hace cuarenta y nueve años que me lo estais diciendo, monseñor.

—Y os lo repetiré siempre.

—Lo que me tranquiliza es que no me lo direis otros cuarenta y nueve años.

—Buen modo teneis de mirar por mis

intereses, señor Rafté!

—Nunca miraré, señor duque, por los que atañen á vuestras pasioncillas.... A pesar de todo vuestro talento, cometeis necedades que yo no perdonaria ni á un galopo como yo.

—Explicaos, señor Rafté, y si no tengo razon lo confesaré.

—Ayer necesitábais vengaros, no es verdad? queriais ver humillado á vuestro sobrino, queriais llevar en cierto modo la sentencia del parlamento y contar los latidos del corazon de vuestra víctima, como dice Mr. de Crebillon el menor. Pues bien, señor mariscal, esos espectáculos se pagan caro; esas satisfacciones cuestan mucho.... Vos sois rico; pagad pues, señor mariscal, pagad!

—Vos que tanto sabeis, qué hubiérais hecho en mi lugar?

—Nada.... hubiera esperado sin dar señales de vida; pero rabiábais por oponer el parlamento á la Dubarry, desde el momento en que á esta le pareció Mr. de Aiguillon mas jóven que vos.

El mariscal contestó con un gruñido.

—Pues bien, prosiguió Rafté, bastante hacíais con escitar al parlamento á que obrara como ha obrado; pero una vez dictada la sentencia, debísteis ofrecer vuestros servicios al sobrino, quien nada hubiera sospechado.

—Todo eso es muy bueno, pero suponiendo que me haya equivocado, vos habeis debido advertirmelo.

—Yo impedir que se hiciera daño!... Por quién me tomáis, señor mariscal? A todo yente y viniente repetís que soy hechura vuestra, que me habeis enseñado, y quereis que no me alegrara de ver que se habia hecho una tontería ó que habia sucedido una desgracia!...

—Y sucederá una desgracia, señor hechicero?

—De seguro.

—Cuál?

—Que vos os obstinareis, y que unido Mr. de Aiguillon con la Dubarry, el dia que caiga el parlamento será ministro y vos desterrado.... ó á la Bastilla.

Furioso el mariscal derramó en la alfombra todo el tabaco que tenia en la caja.

—Conque á la Bastilla! dijo encojiéndose de hombros; Luis XV es acaso Luis XIV.

—No; pero la Dubarry, con el refuerzo de Mr. de Aiguillon, valdrá tanto como Mme. de Maintenon. Mirad lo que haceis, porque no sé de ninguna princesa que vaya como antaño á llevaros á la prision bombones y los despojos de un ave.

—Estos si que son pronósticos! replicó el mariscal al cabo de un gran rato de silencio.... Sin duda leéis en el libro de lo futuro; pero quereis hablarme de lo presente?

—Vos, señor mariscal, teneis demasiada prudencia para que necesiteis consejos de nadie.

—Decidme, seor tunante, vais tambien á burlaros de mí?...

—Tened presente, señor mariscal, que confundís las fechas; no se llama tunante á un hombre que ha pasado de los cuarenta años, y yo tengo ya sesenta y siete.

—No importa.... sácame del apuro.... y pronto!... pronto!

—Por medio de un consejo?

—Por el medio que quieras.

—No es tiempo aun.

—Está visto que te chanceas.

—Ojalá!... si me chanceara, seria porque las circunstancias lo mereciesen.... y desgraciadamente no es así.

—Y por qué no es tiempo?

—Os aseguro, monseñor, que no lo es. Si el decreto del rey hubiese llegado á París, no digo que no... queréis que envíemos un correo al señor presidente Aligre?

—Para que se burlen mas pronto de nosotros....

—Que amor propio tan ridiculo teneis, señor mariscal! sois capaz de aburrir á un santo... Mirad, dejádme que acabe mi plan de desembarque en Inglaterra, y acabad de anegaros en vuestra intriga de cartera, puesto que la tarea está ya medio hecha.

El mariscal conocia perfectamente el mal humor de Mr. de Rasté, y sabia que si le acometia la melancolía no era posible sacar á su secretario una palabra ni con pinzas. Asi le dijo:

—Vamos, no te enfades y si ves que no comprendo, haz que comprenda.

—Quereis, monseñor, que os trace un plan de conducta?

—Ciertamente, puesto que crees que yo no sé gobernarme por mí.

—Escuchadme, pues.

—Ya te escucho.

—Enviareis á Mr. de Aligre, dijo Rafté en tono áspero, la carta de Mr. de Aiguillon, con el decreto que el rey ha dado en consejo; esperareis á que el parlamento se reúna y delibere, lo cual sucederá inmediatamente, y en seguida subireis á vuestra carroza é ireis á hacer una visita corta á vuestro procurador maese Flageot.

—De veras! exclamó Richelieu, á quien este nombre hizo dar un brinco lo mismo que la víspera. Vuelta con Mr. Flageot; qué diablos tiene que ver en esto Mr. Flageot y qué voy á hacer yo en casa de un hombre que se llama Mr. Flageot?

—Ya he tenido la honra de deciros, monseñor, que Mr. Flageot es vuestro procurador.

—Y bien, qué?

—Qué? Que siendo como es, vuestro

procurador, tiene unos sacos vuestros.... unos pleitos de cualquier clase que sean... id á preguntadle en qué estado se hallan vuestros pleitos.

—Mañana?

—Sí, señor mariscal, mañana.

—Pero eso es de vuestra incumbencia, señor Rafté.

—No, no.... eso era bueno cuando Mr. de Flageot era un simple emborrador de papel; entonces yo podia tratar con él de igual á igual; pero como desde mañana será Mr. Flageot un Atila, un azote de los reyes, ni mas ni menos, se necesita un duque, un par, un mariscal de Francia que conferencie con él.

—Todo esto es formal, ó estamos ejecutando un papel de comedia?

—Mañana vereis si es serio, monseñor.

—Pero dime qué es lo que va á sucederme en casa de tu maldito Mr. Flageot.

—Lo siento mucho.... pero mañana querriais probarme que lo habiais adivinado de antemano.... Buenas noches, señor mariscal, y acordaos de lo que os he dicho; á saber, que envieis un correo

á Mr. de Aligre, y que mañana hagais una visita a maese Flageot.... Ah! se me olvidaban las señas.... pero el cochero las sabe, porque me há conducido á su casa muchas veces de ocho dias á esta parte.

CAPÍTULO XXXII.

En que el lector hallará á uno de sus conocidos que creia perdido, y á quien no echaba menos tal vez.

Sin duda nos preguntará el lector por qué maese Flageot, que vá á hacer un papel majestuoso, se llamaba procurador en vez de abogado; y como el lector tiene razon, vamos á accèder á su demanda.

De poco tiempo á aquella parte menudeaban las vacaciones en los parlamentos, y los abogados hablaban tan poco que no merecia la pena de ocuparse de ellos.

Previendo maese Flageot llegaria un momento en que no se defenderia ningun negocio judicial de viva voz, hizo ciertos tratos con el procurador maese Guildou,

y este le cedió su estudio y clientela por veinte y cinco mil libras pagaderas de una vez, con lo cual se encontró maese Flageot con una procuraduría. Si ahora se nos pregunta cómo pagó las veinte y cinco mil libras, responderemos que casándose con Margarita, quien heredó esta cantidad á fines de 1770, tres meses antes que Mr. de Choiseul fuese desterrado.

Hacia tiempo que maese Flageot se habia dado á conocer por la constancia con que sostenia el partido de la oposicion; pero así que llegó á ser procurador se hizo mas violento, no sin que adquiriese alguna celebridad. Esta celebridad, unida á la publicacion de una memoria incendiaria sobre el conflicto habido entre Mr. de Aiguillon y Mr. de la Chabotais, llamó la atencion á Mr. Rafté, quien necesitaba estar al corriente de los asuntos del parlamento.

Empero á pesar de su nueva dignidad y de que su importancia iba en aumento, Flageot no dejó la calle de Petit-Lion-Saint-Sauveur, porque hubiera sido una cosa muy cruel para Margarita no oír á

sus vecinas llamarle la Sra. de Flageot, y que no la respetáran los escribientes de Mr. Guildou, que pasaron á servir al nuevo procurador.

Cualquiera adivinará lo que Mr. de Richelieu sufriría al atravesar á Paris, el Paris nauseabundo de aquella zona, para penetrar en el hediondo agujero, decorado con el nombre de calle por los ediles parisienses.

Delante de la puerta de maese Flageot detuvo á la carroza de Mr. de Richelieu otra que tambien se paraba.

El mariscal divisó el tocado de una mujer que se apeaba de aquel carruaje, y como sus setenta y cuatro años no le habian hecho desistir de su afición al galanteo, se apresuró á hundir sus pies en el negro barro para ir á ofrecer la mano á aquella dama que iba sola.

Pero aquel dia estaba el mariscal de desgracia, pues conoció que aquella mujer era una vieja al verla sentar en el estribo una pierna seca y rugosa. Un rostro tambien arrugado, curtido bajo una línea de encarnado, acabó de probarle

que aquella mujer no solo era vieja, sino decrepita.

El mariscal sin embargo no podia retroceder; habia hecho un movimiento, y este movimiento fué visto, ademas de que Richelieu tampoco era joven. Entretanto la pleitista, porque qué mujer de coche hubiera ido á aquella calle á no ser una pleitista? la pleitista, decimos, no imitó la indecision del duque, sino que apoyó con una horrible sonrisa su mano en la de Richelieu.

—Yo he visto esta cara en alguna parte, dijo el mariscal en voz baja.

Y en alta voz:

—Subís tambien, señora, á casa de maese Flageot?

—Sí, señor duque, contestó la vieja.

—Oh! tengo la honra de que me conozcais, dijo el duque no muy contento, parándose en el umbral del oscuro pasadizo.

—Quién no conoce al señor duque de Richelieu? le respondió; seria necesario para ello no ser mujer.

—Pues no cree esta tarasca que es mujer! murmuró el vencedor de Mahon.

Y la saludó con suma gracia, añadiendo:

—No sé si me atreva á preguntar con quién tengo el honor de hablar.

—Soy la condesa de Bearn, servidora vuestra, respondió la vieja haciendo una reverencia de corte sobre el fango-so entarimado del pasadizo á tres pulgadas de distancia de la trampa de una cueva que estaba abierta, y por donde el maligno mariscal esperaba verla desaparecer á manera de escotillon.

—Me alegro mucho señora, dijo, y doy mil gracias á la casualidad que me ha deparado el gusto de veros; conqué tambien teneis pleitos, señora condesa?

—Solo tengo uno, señor conde, pero que pleito! Mucho es que vos no hayais oido hablar de él.

—Ah! sí, ese gran pleito.... es verdad; no sé cómo diablos se me habia olvidado.

—Contra Saluzo.

—Sí, contra Saluzo; ese pleito que ha dado lugar á una cancion.

—Una cancion? dijo la vieja picada, y qué cancion es?

—Cuidado, señora, que hay aquí un monton de escombros, dijo el duque viéndolo que la vieja no se hundia en el agujero; apoyaos en el pasamano.... es decir en la cuerda.

La vieja subió los primeros escalones, y el duque la siguió.

—Sí, una cancion bastante chusca, dijo.

—Una cancion bastante chusca acerca de mi pleito?...

—Vais á verlo.... pero vos debeis conocerla....

—Yo! en manera alguna.

—Tiene la misma música que la *Borbonesa* y dice:

 Mi señora condesa,
 cumplidme la promesa
 que me hicisteis tiempo há.

—Tened presente que la Dubarry es quien habla.

—Esa es una impertinencia que no merece....

—Qué quereis! los cancioneros nada respetan.... Pero como esta cuerda no vibra, vos le contestareis:

Soy vieja y testaruda;
señora, dadme ayuda,
y ganaré quizá.

—Caballero, eso es atroz, exclamó la condesa, y á una mujer de mi calidad no se le ultraja de ese modo.

—Dispensadme, señora, si he dado una nota en falso, porque esta escalera me sofoca.... Ah! ya estamos arriba, permitidme que llame.

La vieja dejó pasar gruñendo al duque.

El mariscal tiró del cordon de la campanilla, y la señora de Flageot, que no por haber llegado á ser procuradora habia dejado de ser portera y cocinera, fue á abrir la puerta.

Los dos litigantes fueron introducidos en el gabinete de maese Flageot, donde se encontraron con un hombre furioso, que con la pluma en la boca se estaba rompiendo la cabeza en dictar un alegato terrible á su primer pasante.

—Qué es lo que hay, maese Flageot? exclamó la condesa, á cuya voz se volvió el procurador.

—Ah! señora, servidor vuestro de to-

do corazón; un asiento para la señora condesa de Bearn. Este caballero viene con vos, señora?... Pero si no me engaño es el señor duque de Richelieu; el señor mariscal en mi casa!... Otra silla, Bernadet: trae otra silla.

—En qué estado está mi pleito, maese Flageot? dijo la condesa.

—Ah! señora, justamente me ocupaba de vos.

—Muy bien, maese Flageot, muy bien.

—Y de un modo, señora condesa, que espero ha de hacer ruido.

—Cuidado con....

—Oh! señora, no hay que andarse con contemplaciones....

—Si os ocupais de mí podeis dar audiencia al señor duque.

—Dispensadme, señor duque, dijo maese Flageot; pero sois demasiado galante para que no comprendais....

—Comprendo, maese Flageot, comprendo.

—Ahora soy vuestro.

—No tengais cuidado que no abusaré:

ya sabreis lo que me trae aquí.

—Los sacos que Mr. Rasté me entregó el otro día.

—Los cuales contenian algunas piezas relativas á mi pleito de.... á mi pleito sobre.... qué diablos! vos debeis saber el pleito á que me refiero, maese Flageot.

—Sí, el pleito sobre la pertenencia de la hacienda de Chapenat.

—No digo que no; y creéis que ganaré? porque seria una cosa graciosísima.

—Señor duque, ese es un negocio aplazado indefinidamente.

—Bueno! Y por qué?

—Por lo menos no se verá antes de un año.

—La razon si lo teneis á bien.

—Qué mas razon que las circunstancias, señor duque, las circunstancias? Sabéis el decreto que ha dado S. M.?

—Creo que sí. Pero cuál es? porque S. M. da muchos.

—El que anula el nuestro.

—Muy bien; y qué mas?

—Pues bien, señor duque, responderemos á él quemando la escuadra.

—Quemando la escuadra, querido? Quemareis la escuadra del parlamento? Hé aquí una cosa que no veo muy clara; y hasta ignoraba que el parlamento tuviese escuadra.

—Se niega quizá la primera sala á ver pleitos? preguntó la señora de Bearn, á quien no distraía en manera alguna del suyo el asunto de Mr. Richelieu.

—Mas que eso.

—La segunda también?

—Eso no sería nada.... Las dos salas han tomado la resolución de no ocuparse de ningún negocio hasta que el rey destituya á Mr. de Aiguillon.

—Bah! exclamó el mariscal dando una palmada.

—De no ocuparse... de qué? preguntó la condesa conmovida.

—De qué ha de ser, señora? de los pleitos.

—Conque mi pleito no se sentencia! exclamó la señora de Bearn con un terror que no trataba de disimular.

—Ni el vuestro, señora, ni el del señor duque.

—Pero eso es una iniquidad! eso es rebelarse contra los mandatos de S. M.

—Señora, replicó el procurador majestuosamente, el rey se ha escedido, y nosotros.... nos escedemos tambien.

—Señor Flageot, vais á conseguir que os lleven á la Bastilla, yo soy quien os lo digo.

—Iré á ella cantando, señora; y si voy, todos mis cólegas me seguirán con palmas.

—Está furioso! dijo la condesa á Richelieu.

—Todos estamos lo mismo, replicó el procurador.

—Oh! Oh! saltó el mariscal, esto se va haciendo curioso.

—Pero no me dijísteis hace poco que os ocupábais de mí? repuso la condesa.

—Lo he dicho y es cierto.... Vos sois, señora, el primer ejemplo que cito en mi narracion, y aquí teneis el párrafo que os concierne.

Arrancó el *alegato* empezado de manos de su pasante, acomodóse las antiparras, y leyó en tono enfático lo que sigue:

«Perdida su profesion, comprometido su caudal, despreciados sus deberes.... S. M. comprenderá cuánto han debido sufrir.... Asi el esponente corria con un asunto importante de que depende la fortuna de una de las primeras familias del reino; merced á su afanosa solicitud, á su industria y á su talento, se atreve á decir que el indicado asunto marchaba bien, y el derecho de la muy alta y poderosa señora Angélica Carlota Verónica, condesa de Bearn, iba á ser reconocido y proclamado cuando, colocándose el soplo de la discordia....»

—Aquí llegaba, señora, dijo el procurador con aire satisfecho, y creo que la figura será hermosa.

—Señor Flageot, dijo la condesa de Bearn, hace cuarenta años que hice oficial por primera vez á vuestro señor padre, hombre digno si los hubo; despues he seguido favoreciéndoos con mi clientela, de modo que habeis ganado diez ó doce mil libras con mis asuntos, y quizá hubiéseis ganado todavia otras tantas.

—Escribid, escribid todo esto, dijo

Flageot á su pasante, pues sirve de testimonio y es una prueba de lo que sostengo: se pondrá en la confirmacion.

—Ahora bien, interrumpió la condesa, os retiro mis legajos, y desde este momento perdeis mi confianza.

Maese Flageot, como si le hubiera herido un rayo, se quedó estupefacto por un momento, pero sacudiendo el golpe como un mártir que confiesa á su Dios, dijo:

—Corriente! Bernadet, entregad los legajos á la señora, y consignad el hecho de que el esponente prefiere su conciencia al interés.

—Perdonadme, condesa, le dijo el mariscal al oído, creo que no habeis reflexionado bien.

—Por qué, señor duque?

—Qué vais á hacer con esos legajos que habeis quitado á un tan valiente protestante?

—Llevarlos á otro procurador, á otro abogado, exclamó la condesa.

—Pero no conoceis, continuó el mariscal siempre hablándole al oído, que su-

puesto que se ha decidido que las salas no se ocupen de ningun asunto, otro procurador hará con vuestro pleito lo mismo que maese Flageot?

—Entonces es una liga la que han formado?

—Creeis á maese Flageot tan tonto que haya ido á hacerse protestante de por sí para perder él solo su estudio, si sus cólegas no debiesen obrar como él y apoyarle de consiguiente?

—Pero vos, señor duque, que vais á hacer?

—Yo declaro que maese Flageot es un procurador honradísimo, y que mis legajos están en su casa tan bien como en la mia... En consecuencia les dejo en su poder, pagándole, por supuesto, como si continuara trabajando.

—Razon hay para decir, señor mariscal, que sois tan magnánimo como generoso! exclamó maese Flageot; no dejaré de darlo á la fama, señor duque.

—Me honrais demasiado, señor procurador, respondió Richelieu inclinándose.

—Bernadet, dijo el procurador entu-

siasmado á su pasante, en la peroracion insertareis el elogio del señor mariscal de Richelieu.

—No, no! os lo suplico, maese Flageot, replicó vivamente el mariscal; qué vais á hacer, voto al diablo! me gusta que lo que se llama una buena accion permanezca oculto... Así, pues, no me nombreis, señor de Flageot, pues no transijo en asuntos de modestia, y os desmentiria. Qué decís de esto, condesa?

—Lo que digo es que mi pleito será sentenciado... que necesito una sentencia y la obtendré.

—Y yo digo que si vuestro pleito se sentencia será porque el rey haya enviado al tribunal los suizos, la caballeria lijera y veinte piezas de artilleria, respondió maese Flageot con un aire belicoso que acabó de consternar á la pleitista condesa.

—Es decir, que creéis que S. M. no puede salir de este atolladero? preguntó en voz baja Richelieu á Flageot.

—Es imposible, señor mariscal, porque es un caso nunca visto: el no haber

justicia en Francia es lo mismo que si no hubiese pan.

—Lo creéis así?

—Ya lo vereis.

—Pero el rey se enfadará.

—Estamos resueltos á todo!

—Aun á sufrir el destierro.

—No digo el destierro, sino la muerte, señor mariscal: debajo de la toga alienta un corazón como el de otro cualquiera.

Y maese Flageot se dió en fuerte golpe en el pecho.

—Efectivamente, dijo Richelieu á su compañera; creo que es un caso apurado para el ministerio.

—Oh! sí, respondió la condesa al cabo de un gran rato de silencio, es muy triste para mí que yo que no me mezclo en nada de cuanto está sucediendo sufra las consecuencias de ese conflicto.

—Creo, señora, dijo el mariscal, que existe en el mundo una persona de valimiento que os prestará ayuda en este negocio... Pero querrá hacerlo esa persona?

—Aunque sea curiosidad, cómo se llama esa persona, señor duque?

—Hablo de vuestra ahijada.

—Oh! Oh! De la señora Dubarry?

—De la misma.

—Efectivamente; me alegro de que me hayais suscitado esa idea.

El duque se mordió los labios y dijo:

—Iriais á Luciennes?

—Sin vacilar.

—Pero la condesa Dubarry no desarmará la oposicion del parlamento.

—Le diré que quiero se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultados del servicio que le he prestado, dirá al rey que ese es su gusto. S. M. hablará al canciller, y ya sabeis, señor duque, que el brazo del canciller se estienda á larga distancia... Maese Flageot, hacédme el favor de estudiar bien mi asunto porque entrará en turno mas pronto que lo que creéis; yo os lo digo.

Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo variar de opinion á la condesa.

Durante este tiempo habia reflexionado el duque y dijo:

—Puesto que vais á Luciennes, seño-

ra, tened la bondad de hacer allí presente mis respetos.

—Con mucho gusto, señor duque.

—Somos compañeros de infortunios, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mio; de suerte que lo que hagais por vos lo haceis por mí... Además, podeis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, añadiendo que yo soy quien os ha dado el consejo de que recurrais á la diosa de Luciennes.

—No dejaré de hacerlo, señor duque. Adios, señores.

—Dispensadme la honra de aceptar mi mano para subir á la carroza. Adios, maese Flageot, os dejo entregado á vuestras ocupaciones.

El mariscal acompañó á la condesa hasta el carruaje, y en seguida dijo:

—Rafté tenia razon; los Flageot van á hacer una revolucion cuando, gracias á Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la Dubarry va á caer por engolfarse en la política; pero si se resiste, en Trianon tengo una mina. Está visto que ese diablo de Rafté pertene-

ce á mi escuela, y el dia en que sea ministro será preciso nombrarle jefe de mi gabinete.

CAPÍTULO XXXIII.

En que las cosas se embrollan cada vez mas.

La condesa de Bearn se aprovechó al pie de la letra del consejo de Richelieu, y á las dos horas de haberse separado del duque estaba haciendo antesala en Luciennes, en conversacion con Mr. de Zamora.

Hacia ya algun tiempo que no se la habia visto en casa de la Dubarry; de suerte que su presencia causó no poca curiosidad en el retrete de la condesa cuando se anunció su nombre.

Tampoco habia perdido el tiempo Mr. de Aiguillon, y tramaba un complot con la favorita, cuando Chon fue á pedir audiencia para la señora de Bearn.

El duque quiso retirarse, pero la Dubarry le detuvo diciéndole:

—Mejor quisiera que os quedáseis, pues si esa vieja pedigüeña viene á solicitar alguna cosa, estando vos presente pedirá menos.

El duque se quedó, y la señora de Bearn con un semblante adecuado á las circunstancias tomó enfrente de la condesa el sillón que esta le ofrecia, despues de hacerse mutuamente los cumplimientos de estilo.

—Se puede saber á qué feliz casualidad se debe vuestra venida? preguntó la Dubarry.

—Ah! señora, dijo la anciana, una gran desgracia.

—Pues qué hay?

—Una noticia que aflijirá y mucho á Su Majestad.

—Decidla pronto, señora.

—Los parlamentos....

—Ah! ah! dijo el duque de Aiguillon refunfuñando.

—Este caballero es el señor duque, se apresuró á decir la condesa presentando su huésped á la señora de Bearn, para evitar cualquiera mala intelijencia.

Pero la anciana condesa era tan fina como todos los cortesanos reunidos, y nunca cometia una mala intelijencia sino á sabiendas, y cuando le parecia útil.

—Ya sé, dijo, todas las infamias de esos golillas, y el poco respeto con que tratan el mérito y la nobleza de linaje.

Este cumplimiento, disparado al duque á boca de jarro, le valió un bonito saludo de este, á que contestó la condesa de Bearn levantándose.

—Pero, prosiguió, no se trata del señor duque, sino de la poblacion entera, pues los parlamentos no quieren continuar desempeñando sus funciones.

—Conque no tendremos justicia en Francia! esclamó la Dubarry recostándose en el sofá; y qué cambio resultará de ello?

El duque se sonrió; pero en vez de tomar la cosa á broma la señora de Bearn, dió mas ceño aun á su adusto semblante.

—Ese es un gran desastre, señora, dijo.

—Bah! de veras? respondió la favorita.

—Bien se conoce, señora condesa, que no teneis pleitos.

—Hum! dijo el duque para llamar la atencion á la Dubarry, quien comprendió al fin la insinuacion de la pleitista condesa.

—Ay! señora, dijo al punto, es verdad: ahora recuerdo que si yo no tengo pleitos, vos teneis uno muy importante.

—Oh! si... y cualquiera tardanza será para mí una ruina.

—Pobre señora!

—Es preciso, señora condesa, que el rey tome una resolucion.

—A lo cual está S. M. muy dispuesto; desterrará á los señores consejeros, y todo está dicho.

—Pero entonces, señora, se aplaza la vista de mi pleito indefinidamente.

—Y qué remedio, señora? si conoceis alguno indicádnoslo.

La condesa se ocultó en su toca, como César bajo la toga al tiempo de espirar.

—Hay un medio, dijo entonces Aiguillon, pero tal vez no lo adoptará S. M.

—Y cuál es? preguntó con ansiedad la pleitista.

—El recurso que queda al trono de Francia cuando se ve molestado, esto es, acudir al solio de justicia, y decir: *yo lo quiero!* cuando los oposicionistas dicen que no.

—Esceleste idea! exclamó la señora de Bearn entusiasmada.

—Pero que es preciso no divulgar, replicó Aiguillon con finura haciendo un jesto que comprendió la señora de Bearn.

—Oh! señora, dijo entonces la pleitista, vos que teneis tanto valimiento con S. M., seguid que diga «quiero que se sentencie el pleito de la señora de Bearn.» Además, ya sabeis que se me ha prometido hace mucho tiempo.

Mr. de Aiguillon se puso á pellizcar los labios, saludó con la vista á la Dubarry, y salió del retrete, porque acababa de oír en el patio la carroza del rey.

—Ahí está el rey! dijo la Dubarry levantándose para despedir á la pleitista.

—Oh! Señora, por qué no me permitis que me arroje á los pies de S. M.?

—Si es para pedirle que decrete haya un solio de justicia, consiento en ello, re-

plicó la condesa vivamente. Quedaos aquí, señora, puesto que tal es vuestro deseo.

Apenas se habia compuesto la señora de Bearn la toca, entró el rey y dijo:

—Ah! Teneis visitas, condesa?

—Es la señora de Bearn, señor.

—Señor, justicia! exclamó la anciana haciendo una profunda reverencia.

—Oh, oh! exclamó Luis XV con un tono chancero ininteligible para el que no le conociese: os ha ofendido alguien, señora.

—Señor, hacedme justicia.

—Contra quién?

—Contra el parlamento.

—Bueno está! dijo el rey palmoteando; os quejais de mis parlamentos y yo necesito que haya quien los haga entrar en razon. Tambien yo tengo que quejarme y os pido justicia, añadió imitando la reverencia de la anciana condesa.

—Al fin, señor, vos sois el rey y como tal árbitro supremo.

—Rey sí, pero árbitro supremo no siempre.

—Señor, manifestad vuestra espresa voluntad.

—Eso es lo que hago todas las noches, señora; pero ellos manifiestan la suya todas las mañanas. Ahora bien; como estas voluntades son diametralmente opuestas, hay tanta distancia entre nosotros como del cielo á la tierra, sucediéndonos lo que á la misma tierra y á la luna, que eternamente están corriendo una tras otra sin que se encuentren nunca.

—Señor, vuestra voz es bastante poderosa para dominar la gritería de esa jente.

—Os equivocais, pues ellos son abogados y yo no. Si yo digo que sí, ellos dicen que no; de suerte que es imposible nos entendamos... Ah! si encontrais un medio para que cuando yo diga que sí ellos no digan que no, formo alianza con vos.

—Señor, ese medio existe.

—Decid cuál es al momento.

—Eso es lo que voy á hacer, señor. Mandad que haya un sólio de justicia.

—En buen apuro iba á meterme, dijo el rey: no sabeis, señora, que un sólio de justicia es casi una revolucion?

—Es un medio de decir al frente de esos rebeldes que vos sois el soberano. Ya sabéis, señor, que cuando el rey espresa de este modo su voluntad, solo él tiene derecho para hablar y nadie responde. Decidles: *yo lo quiero!* y bajarán la cabeza...

—Lo que es la idea es pomposa, dijo la Dubarry.

—Pomposa, sí, contestó Luis XV, pero no buena.

—Sin embargo, prosiguió la Dubarry con calor, debe ser muy bonito el acompañamiento, los jentiles hombres, los pares, toda la servidumbre militar del rey, y luego una inmensa muchedumbre, con ese solio de justicia compuesto de cinco almohadones sembrados de flores de lis...

—Lo creéis así? dijo el rey, empezando á vacilar en sus convicciones.

—Y el magnífico traje del rey, la capa forrada de armiño, los diamantes de la corona, el cetro de oro, todo ese esplendor en fin que tan bien sienta á un rostro augusto y bello. Oh! Qué soberbio estariais así, señor!

—Hace mucho tiempo que no se ha

visto un s6lio de justicia, dijo Luis XV con afectada indolencia.

—Desde que 6rais ni6o, se6or, dijo la condesa de Bearn; todos los corazones conservan aun el recuerdo de vuestra deslumbradora belleza.

—Y luego, a6adi6 la Dubarry, esa seria una ocasion muy buena para que el se6or canciller desplegase su ruda y concisa elocuencia, agobiando 6 esa jente con el peso de la verdad, la dignidad y la autoridad.

—Es necesario esperar, dijo Luis XV, 6 que el parlamento cometa algun desafuero, y entonces veremos.

—Qu6 mas puede esperarse, se6or, que lo que acaba de hacer?

—Pues qu6 ha hecho?

—No lo sabeis?

—Ha porfiado algun tanto acerca de Mr. de Aiguillon, y esto no es un delito que merezca pena de horca... Aunque, a6adi6 el rey mirando 6 la Dubarry, nuestro caro duque es amigo mio. Ahora bien, si los parlamentos han regateado acerca del duque, yo he reparado su ma-

lignidad con mi decreto de ayer ó anteayer, no recuerdo el día fijo; de suerte que estamos en paz.

—Pues bien, señor, dijo vivamente la Dubarry, la señora condesa viene á anunciarnos que esos señores vestidos de negro han hecho una de las suyas.

—Pues cómo? dijo el rey frunciendo el entrecejo.

—Hablad, señora, que el rey lo permite, dijo la favorita.

—Señor, los consejeros han resuelto que no haya tribunal hasta que V. M. no les dé la razón.

—No puede ser, dijo el rey, os engañais, señora: ese seria un acto de rebelion, y creo que mi parlamento no se atreverá á rebelarse.

—Señor, os aseguro...

—Oh! señora, esas son voces que corren.

—Quiere oirme V. M.?

—Hablad, condesa.

—Pues bien, mi procurador me hai devuelto esta mañana el legajo de m pleito, diciéndome que como no hay tri-

bunal no puede defenderme.

—Os digo que no son mas que voces para asustar á los tímidos.

Y al mismo tiempo que decia esto el rey, se paseaba por el retrete muy ajitado.

—Señor, dá V. M. mas crédito á Mr. de Richelieu que á mí? Porque en ese caso diria que en mi presencia han devuelto al duque sus pleitos, ni mas ni menos que á mí, y que el duque se retiró muy irritado.

—A la puerta llaman, dijo el rey por variar de conversacion.

—Es Zamora, señor.

Zamora entró, y dijo:

—Mi ama, traigo una carta.

—Me permitís, señor? preguntó la condesa.

—Ay! Dios mio! dijo de pronto.

—Qué es eso?

—Ésta carta es del señor canceller, quien ha sabido que V. M. ha tenido la bondad de venir á visitarme, y me ruega intervenga para que le concedais una audiencia al instante.

—Qué mas habrá?

—Haced que entre el señor canceller, dijo la Dubarry.

La condesa de Bearn se levantó y quiso despedirse, pero el rey la dijo:

—No estais de mas, señora. Buenos dias, señor de Maupeou; qué hay de nuevo?

—Señor, dijo el canceller inclinándose, el parlamento os molestaba, pero ya no lo teneis.

—Pues cómo? han muerto esos señores? Han tomado arsénico?

—Ojala! No, señor, que viven; pero no quieren continuar y hacen dimision; de suerte que acabo de recojer una porcion.

—De consejeros?

—No, de dimisiones.

—Cuando yo os decia, señor, que era cosa seria, dijo la condesa á media voz.

—Y muy seria, respondió Luis XV. Y qué habeis hecho, señor canceller?

—Señor, vengo á tomar órdenes de V. M.

—Desterremos á esa jente, Maupeou.

—Señor, no porque vayan á un destierro habrá tribunal.

—Intimémosles que sigan sentenciando... Bah! ya hemos apelado á las intimaciones... y tambien al mandato real.

—Ah señor! esta vez es preciso mostrar carácter.

—Si, teneis razon...

—Valor, dijo en voz baja la señora de Bearn á la Dubarry.

—Y presentarse como soberano, despues de haber sido tantas veces benigno padre, exclamó la condesa.

—Canciller, dijo el rey con lentitud; no conozco mas que un medio, pero grave y eficaz. Quiero que haya un sólio de justicia, para que esa jente tiemble de una vez.

—Señor, esto si que se llama hablar! dijo el canciller; que doblen la cabeza ó que sucumban al rigor de la ley.

—Señora, añadió Luis XV dirijiéndose á la de Bearn, si vuestro pleito no se sentencia, ya veis que yo no tengo la culpa.

—Señor, sois un gran rey.

—Oh! si, dijeron en coro la condesa, Chon, y el canceller.

—No es eso, sin embargo, lo que dice el mundo, murmuró el rey.

CAPÍTULO XXXIV.

El sôlio de justicia.

El famoso solio de justicia se verificó con todo el ceremonial que exigian el orgullo réjio por una parte, y por otra las intrigas que inducian al soberano á dar aquel golpe de estado.

Las tropas del rey se pusieron sobre las armas, disponiéndose que una profusion de arqueros vestidos con una ropilla corta, varios soldados de la ronda y muchos agentes de policia fuesen escoltando al canceller, quien como un jeneral en un dia decisivo iba á esponer su sagrada persona por el buen éxito de la empresa.

El señor canceller era odiado en extremo: sabíalo, y si su vanidad podia hacerle temer un asesinato, los hombres mejor instruidos de los sentimientos del público

acerca de él podían anunciarle sin exageración que sufriría una buena afrenta, ó á lo menos algunos silbidos.

Igual acogida estaba reservada á Mr. de Aiguillon, á quien el pueblo rechazaba sordamente por instinto un tanto perfeccionado con los debates del parlamento.

El rey fingía serenidad, aunque no estaba tranquilo; pero se le vió admirarse á sí mismo con su magnífico traje, y no faltó quien hiciera la reflexión de que nada protege tanto como la majestad. El rey, pues no fué otro quien hizo la susodicha reflexión, hubiera podido añadir que el amor de los pueblos; pero esta era una frase que le repitieron tantas veces en Metz cuando estuvo enfermo, que creyó no podía repetirla sin que se le acusára de plajio.

La delfina, para quien aquel espectáculo era nuevo, y que quizá en el fondo deseaba verlo, tomó su aire dolorido, y así fué á la ceremonia, lo cual dispuso la opinión en su favor.

La Dubarry era valiente: animábale la confianza que inspiran la juventud y

la hermosura; y como habiéndose dicho tanto de ella nada podían añadir, se presentó con aire deslumbrador, como si llegase hasta ella un reflejo del brillo augusto que rodeaba á su amante.

El duque de Aiguillon caminaba con osadía entre los pares que iban delante del rey, sin que revelase su noble y característico semblante rastro alguno de pesar ó disgusto. Tampoco erguia la frente con aire de triunfo, de suerte que al verle marchar de aquel modo, nadie hubiera adivinado la batalla que se habia trabado entre el rey y los parlamentos en el terreno de su personalidad.

La muchedumbre le señaló con el dedo; de las filas de los parlamentarios salieron contra él miradas terribles; pero á esto se redujo todo.

El salon de palacio estaba atestado de jente, habiendo entre interesados y curiosos mas de tres mil personas.

Por fuera, contenida la multitud por las varas de los alguaciles, los bastones y los arqueros formados en masa, revelaba su presencia con ese murmullo inesplica-

ble que ni es una voz, ni articula nada, pero que se oye sin embargo y puede llamarse con bastante propiedad el rumor de los flúidos populares.

Cuando dejaron de oirse los pasos, cuando cada uno ocupó su puesto y el rey mandó á su canciller con aire sombrío y majestuoso que tomase la palabra, reinó el mayor silencio en el salon.

Los parlamentarios sabian de antemano lo que les estaba reservado con el solio de justicia, y comprendian harto bien para qué se les habia convocado, debiendo ser para que oyesen la voluntad real un tanto templada; pero conocian la longanimidad por no decir timidez del rey, y si algo temian era, mas que la session, las consecuencias que iban á producir el solio de justicia.

El canciller tomó la palabra; y como decia con mucha facilidad, su exordio fué muy hábil, abriendo ancho campo á las observaciones de los aficionados al estilo demostrativo.

Con todo, el discurso dejeneró en una fraterna tan dura, que la nobleza se

sonrió y los parlamentarios empezaron á no encontrarse muy á su gusto.

El rey mandaba por boca del canceller que se abreviasen todos los asuntos de Bretaña, pues ya tenia bastante; que el parlamento se reconciliase con el duque de Aiguillon, cuyos servicios eran de su real agrado, y que no se interrumpiese la administracion de justicia; con lo cual todo pasaria como en la venturosa edad de oro, cuando los arroyos corrian murmurando discursos divididos en cinco puntos y del jénero deliberativo ó judicial, y cuando los árboles estaban cargados de costales de pleitos, fruta que tenian derecho á cojer los señores abogados y procuradores.

Estas golosinas no reconciliaron al parlamento con Mr. de Maupeou, ni tampoco con el duque de Aiguillon; pero el discurso estaba pronunciado, y no era posible contestar.

Despechados en extremo los parlamentarios, todos tomaron, con ese admirable conjunto que da tanta fuerza á los cuerpos reunidos, una actitud tranquila é indife-

rente, que desagradó en gran manera á S. M. y á la jente aristocrática de las tribunas.

La delfina se puso pálida de rabia, y como aquella era la primera vez que presenciaba una resistencia por parte del pueblo, calculaba con frialdad á dónde llegaba su fuerza.

Asistiendo como asistia al solio de justicia con la intencion de oponerse, en la apariencia á lo menos, á la resolucion que alli se iba á tomar, se sintió poco á poco arrastrar á formar causa comun con los individuos de su raza y casta, tanto y tan bien que á medida que los mordiscos de canciller penetraban mas y mas en la carne parlamentaria, se indignaba en su fiero orgullo de que no tuviese unos dientes mas agudos, pareciéndole que á ella no le hubieran faltado palabras para hacer que aquella asamblea saltase en el salon como un rebaño de bueyes al sentir el aguijon del tábano. En una palabra, el canciller le pareció demasiado débil, y los parlamentarios sobrado fuertes.

Luis XV era tan fisonomista como se-



man todos los egoistas si al mismo tiempo no fueran algunas veces perezosos; y dirigió la vista en su derredor para observar el efecto que habia causado su voluntad espresada por medio de palabras que le parecian elocuentes.

La palidez de la delfina, y el ver que se mordía los labios, le revelaron al instante lo que pasaba en su alma.

Por contrapeso, observó la fisonomia de la Dubarry, y en vez de la sonrisa de triunfo que esperaba hallar en su boca, solo vió el deseo vehemente de atraer á sí las miradas del rey, como tratando de conocer su modo de pensar.

Nada intimida tanto á los hombres de ánimo apocado como que otros se anticipen á ellos en materia de ánimo y voluntad, pues si ven que los observan otros que ya han tomado una resolucion, deducen de ello que no han hecho bastante, que van á caer ó han caido en ridículo, y que habia derecho para exijirles mas que lo que han ejecutado.

Entonces pasan á los extremos; el tímido se ruboriza y revela de pronto el

efecto de aquella reaccion, causado por el miedo sobre un miedo menor.

El rey no necesitaba añadir una palabra á las de su canciller, porque ni esto estaba en la etiqueta ni era preciso; pero se apoderó de él en aquella ocasion el demonio malo, y haciendo seña con la mano indicó que queria hablar.

Entonces la atencion se convirtió en asombro.

Todos los parlamentarios se volvieron hacia el sòlio de justicia con la misma uniformidad de movimiento que una fila de soldados bien instruidos.

Los príncipes, pares y militares se conmovieron, porque era muy posible que despues de tanto y tan bueno como se habia dicho, dijese una gran necesidad S. M. C.; pero por respeto no podian designar lo que dijera el rey con el nombre de necesidad, y le llamaron desde luego *una cosa que á nada conduciría*.

Mr. de Richelieu, que habia tenido cuidado de mantenerse lejos de su sobrino, se acercó en aquel momento á los parlamentarios mas furibundos, mirándolos con

una afinidad misteriosa de inteligencia.

Pero su mirada que empezaba á convertirse en rebelde, encontró la de la Dubarry, y como Richelieu poseia mejor que nadie el precioso arte de las transiciones, pasó del tono irónico al admirativo, escogiendo á la hermosa condesa como punto de interseccion entre las diagonales de aquellos dos extremos.

Dirigió pues de paso á la Dubarry una sonrisa preñada de felicitaciones y galanteria; pero aquella se dejó engañar tanto menos, cuanto que el anciano mariscal habiendo como habia empezado á entablar correspondencia con los parlamentarios y los príncipes que militaban en las filas de la oposicion, tuvo que continuarla por no parecer lo que era en realidad.

Cuántas perspectivas en una gota de agua, vasto océano para un hombre observador! Cuántos siglos en un segundo, que equivalia á una eternidad imposible de describir! Todo lo que hemos dicho sucedió en el tiempo que empleó Luis XV en prepararse para hablar y abrir la boca.

—Ya habeis oido, dijo con voz ente-

ra, lo que mi canciller os ha manifestado acerca de mi real voluntad; ejecutadlo pues, porque tal es mi intencion y jamás variaré.

Luis XV dejó caer estas últimas palabras con el estruendo y vigor con que se desprende un rayo; de suerte que puede decirse con exactitud que toda la asamblea se quedó como si hubiese caído en medio de la sala una centella.

Todos los parlamentarios sintieron un estremecimiento de terror que se comunicó inmediatamente á la muchedumbre como la chispa eléctrica que corre con rapidéz á la punta del cordon. El mismo estremecimiento se apoderó, aunque no tanto de los partidarios del rey, y la sorpresa y admiracion estaban grabados, no solo en todos los semblantes, sino en todos los corazones.

La delfina dió las gracias involuntariamente al rey con una mirada que se desprendió de sus hermosos ojos.

La Dubarry electrizada no pudo menos de levantarse, y hubiera palmoteado sin el temor bien natural que tuvo, de se

apedreada á la salida, ó de recibir al dia siguiente cien coplas á cual mas odiosas.

Luis XV pudo gozarse desde aquel momento en su triunfo.

Los parlamentarios inclinaron la frente siempre con la misma uniformidad de movimiento.

El rey se levantó sobre sus cojines de flores de lis, y al momento se pusieron en pie el capitan de guardias, la servidumbre militar y todos los jentiles-hombres.

Los tambores tocaron marcha, las trompetas sonaron fuera, y el rumor casi silencioso que reinó á la llegada de la comitiva se convirtió en un ruido que se iba apagando á lo lejos á medida que los soldados y arqueros rechazaban á la multitud.

El rey atravesó la sala con arrogancia, sin ver otra cosa á su paso que frentes humilladas.

Mr. de Aiguillon iba delante de S. M. sin abusar de su triunfo.

Cuando el canciller llegó á la puerta de la sala vió á lo lejos á todo aquel pueblo, se asustó de las miradas que le diri-

jian á pesar de la distancia, y dijo á los arqueros:

—Apiñaos en mi derredor.

Mr. de Richelieu, á quien el duque de Aiguillon hizo un saludo profundo, dijo á su sobrino:

—Cuidado, duque, con que mañana el otro se alcen esas cabezas que hoy se bajan tanto!

La Dubarry pasaba en aquel momento por el corredor con su hermano, la mariscal de Mirepoix y varias damas; oyó las palabras del anciano mariscal, y como tenía mas agudeza que rencor, dijo:

—Oh! nada hay que temer, mariscal: no habeis oido las palabras de S. M.? El rey ha dicho, si no me equivoco, que nunca variará.

—Efectivamente, son palabras muy terribles, señora, respondió el anciano mariscal sonriéndose; pero afortunadamente para nosotros no han visto esos pobres parlamentarios que al mismo tiempo que decia que nunca variaria os miraba el rey.

Y terminó su madrigal con una de esas

reverencias que ni aun en el teatro se saben hacer hoy.

Como la Dubarry era mujer, y en manera alguna política, solo vió un cumplimiento en lo que Mr. de Aiguillon le pareció epígrama y amenaza.

Así es que contestó con una sonrisa, mientras que su aliado se mordía los labios y se ponía pálido al ver que aun duraba el resentimiento del mariscal.

El solio de justicia causó desde luego un efecto favorable para la causa del rey; pero, por muy grande que sea un golpe, muchas veces no hace sino aturdir, siendo de observar que pasado el aturdimiento circula la sangre con mas vigor y pureza que antes.

Esta fué á lo menos la reflexion que hizo al ver salir al rey con su pomposa comitiva, un corto grupo de personas vestidas con sencillez y colocadas, sin duda para observar, en la esquina del malecon de las Flores y de la calle de la Barillerie.

Aquellas personas eran tres y reunidas en aquel ángulo por casualidad, desde allí habian observado, al parecer con

interés, las impresiones de la multitud. Aunque no se conocían, una vez puestas en relación por algunas palabras que cambiaron entre sí, diéronse cuenta de la sesión aun antes de que se acabase.

—Ya están las pasiones bien maduras, dijo uno de ellos, que era un anciano de brillantes ojos y honrado semblante.... Un solio de justicia es una gran obra.

—Sí, respondió sonriéndose con amargura un joven; sí, caso de que la obra corresponda exactamente á las palabras.

—Me parece, replicó el anciano volviéndose, que os conozco; segun creo os he visto otra vez....

—No os engañais, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.

—Ah! vos sois aquel joven cirujano mi compatriota, el señor Marat, en fin.

—Servidor vuestro.

Y mutuamente se hicieron una reverencia.

Aun no habia tomado la palabra el tercero, que era un hombre joven tambien y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no habia hecho otr

cosa que observar la actitud de la muchedumbre.

El cirujano fué el primero que se marchó, engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le habia olvidado ya; pero á cuya memoria esperaba volver algun dia.

El otro jóven esperó á que se marchase, y dirijiéndose entonces á Rousseau, le dijo:

—Y vos no os marchais?

—Oh! Ya soy demasiado viejo para ir á meterme en esa barahunda.

—Pues entonces, dijo el desconocido bajando la voz, hasta la noche, en la calle Platriere, señor Rousseau.... Cuidado con faltar.

El filósofo se estremeció como si hubiera visto un fantasma; su tez, que por lo regular era pálida, se puso lívida y quiso responder á aquel hombre, pero ya habia desaparecido.

CAPÍTULO XXXV.

Del efecto que causaron á J. J. Rousseau las palabras del desconocido.

Al oir aquellas palabras tan singulares pronunciadas por un hombre á quien Rousseau no conocia, atravesó temblando las oleadas de jente, y sin acordarse de que era viejo y temia á la multitud, se abrió paso, no tardando en llegar al puente de Ntra. Sra. En seguida, siempre pensativo é interrogándose á sí mismo, cruzó el cuartel de la Greve por el cual iba á parar mas directamente al suyo.

—Conque cualquier desconocido, se dijo, posee ese secreto que todo iniciado está obligado á guardar bajo pena de la vida! Hé aquí lo que ganan los conciliábulos misteriosos con pasar por el tamiz del pueblo... Hay un hombre que me conoce y que sabe que no solo soy consocio suyo, sino cómplice tal vez. Semejante estado de cosas es intolerable por absurdo.

Y diciendo estas palabras Rousseau andaba de prisa, él que solia ser tan cauto, sobre todo, desde lo que le sucedió en la calle de Menil-Montant.

—Es decir, continuó el filósofo, que por querer conocer á fondo esos planes de rejeneracion humana que proponen ciertos hombres que se creen iluminados, cometiendo la locura de creer que puede brotar de las buenas ideas de Alemania, pais de nieblas y cerveza, iba á comprometer mi nombre con el de algunos tontos ó intrigantes para quienes serviria de capa. Oh!... No sucederá así, no; un relámpago me ha enseñado el camino, y no iré á arrojarme á un abismo de buen grado.

Y Rousseau tomaba aliento apoyándose en su baston y quedándose parado por un instante en medio de la calle, de pié é inmóvil.

—Sin embargo, prosiguió el filósofo, era una quimera muy bella; pero eso de establecer la libertad donde solo hay esclavitud, conquistar el porvenir sin trastornos ni ruido, y tender misteriosamen-

te una red mientras duermen los que tiranizan al mundo... era demasiado bello para que me dejara engañar creyéndolo. No quiero andar con temores, sospechas y recelos, indignos de una imaginacion libre y un cuerpo independiente.

Dicho esto acababa de proseguir su correria, cuando la vista de algunos agentes de Mr. de Sartines que miraban acá y allá perpendicularmente asustó su libre imaginacion, dando tal impulso al cuerpo independiente, que fué á perderse en lo mas profundo de la sombra que formaban los pilares, por debajo de los cuales iba caminando.

De los pilares á la calle de Platriere no hay mucha distancia, de suerte que Rousseau anduvo aquel espacio con rapidez, subió á sus aposentos jadeando como un gamo que se ve perseguido, y fue á caer en una silla sin poder contestar una palabra á cuantas preguntas le hizo Teresa.

Al fin dió cuenta de su emocion, atribuyéndola á lo que habia corrido, el calor, la noticia de lo furioso que se puso

el rey en el s6lio de justicia, la vista del terror popular y el rechazo de cuanto acababa de suceder.

Teresa replic6 refunfu6ando que esto no era una razon para que dejase enfriar la comida; adem6s de que el hombre no debia ser un marica que se asustase al menor ruido.

Nada tuvo que responder Rousseau 6 este 6ltimo argumento que tantas veces habia proclamado, aunque en otros t6rminos.

Teresa a6adi6 que esos fil6sofos, esos hombres de imaginacion est6n cortados por una misma tijera; que en sus escritos no cesan de ech6rsela de fanfarrones; que anuncian no tienen miedo 6 nada; que Dios y la especie humana son poca cosa para ellos; pero en oyendo ladrar 6 un perrillo ya piden ayuda; asi que les entra una calentura, por leve que sea, esclaman: «Dios mio! Me muerol»

Este era el tema favorito de Teresa, en el que desplegaba mayor elocuencia y 6 que contestaba peor Rousseau, t6mido de suyo. Asi, al comp6s de aquella m6-

sica desagradable Rousseau daba suelta á su pensamiento, que de seguro valia tanto como el de Teresa, á pesar de la crítica de aquella mujer.

—La dicha se compone, decía allá para sí, de perfumes y murmullos; y como el ruido y el olor son cosas convenientes de antemano, quién será el que establezca que la cebolla no huele tan bien como la rosa, y que el pavo real no canta tan bien como el ruiseñor?

Pensando en este axioma, que podia pasar por una bonita paradoja, se sentó á la mesa.

Cuando acabó de comer, no fué á sentarse al clave como acostumbraba, sino que dió veinte vueltas por la habitación, asomándose mas de cien veces á la ventana para estudiar la fisonomía de la calle de Platriere.

Entonces acometió á Teresa un arrebatado de celos como el de los tacaños, es decir, la jente mas envidiosa de la tierra, cuando ven que se les contradice.

Porque si hay algun sentimiento finjido que desagrada, ninguno tanto como

el de un defecto que no se tiene; esto dejando á un lado las buenas ó malas cualidades.

Teresa, que despreciaba en extremo la virilidad, complexion, talento y costumbres de Rousseau, Teresa, que le veia viejo, achacoso y feo, no temia que le quitasen su marido, porque no era de suponer que las mujeres le mirasen con otros ojos que ella; pero sin embargo, como uno de los suplicios que mas apetece una mujer es atormentarse por celos, Teresa se regalaba á veces con semejante tormento.

Viendo, pues, que Rousseau se acercaba tantas veces á la ventana pensativo, y que no se estaba quieto en su sitio, le dijo:

—Ya sé de qué nace toda esa agitacion; hace poco que te has separado de alguien.

Rousseau la miró con estraviados ojos, y esto fué para ella un indicio mas.

—Alguien á quien procuras volver á ver, continuó diciendo.

—Qué es lo que hablas? dijo Rousseau.

—Segun parece, tenemos cita eh?

—Oh! dijo Rousseau comprendiendo de lo que se trataba; tú estás loca, Teresa; citas yo!

—Ya sé que seria una locura, dijo: pero tú eres capaz de cometer esa y otras muchas: vete, vete á hacer conquistas, con ese color de papel mascado, tus palpitaciones de corazon, y esa tosecita seca, que son un buen media para adelantar.

—Pero Teresa, bien sabes que no hay nada de eso, dijo Rousseau de mal humor, déjame pues tranquilo acá con mis pensamientos.

—Eres un libertino, dijo Teresa con la mayor seriedad del mundo.

Rousseau se ruborizó como si acabaran de decirle una verdad, ó hacerle un cumplido.

Entonces se creyó con derecho Teresa para presentar un rostro terrible, tras tornar los muebles, dar portazos, y jugar con la tranquilidad de Rousseau, como juegan los niños con esos aros de metal que encierran en unas cajas, moviéndolos con gran ruido.

Rousseau se refugió en su gabinete, porque aquel tumulto habia debilitado un tanto sus ideas.

Allí pensó que sin duda seria arriesgado no concurrir á la misteriosa ceremonia de que el desconocido le habló en la esquina del malecon, diciendo Rousseau allá para sí:

—Si existen penas contra los que revelan algo, debe haberlas tambien contra los tibios y descuidados: bien sé que los graves peligros, asi como las grandes amenazas, no son nada, siendo sumamente raro que en semejantes casos se impongan penas ó que se ejecuten; pero es preciso tener cuidado con las venganzas de poca monta, los golpes solapados, los engaños y demas moneda de cobre. Llegaria un dia en que los masones mis hermanos pagarian mi desprecio con tender una cuerda en mi escalera para que me rompiese una pierna y los ocho ó diez diestros que me quedan.... ó bien dejarian caer sobre mi cabeza una piedra cuando pasase junto al andamio de alguna obra. Mas aun; no faltaria entre los francma-

sones algun escritor que viviese cerca de mí, en mi escalera quizá, y que desde sus ventanas registrase mi aposento, lo cual no es imposible, puesto que las reuniones se celebran en la calle de Platriere nada menos.... Pues bien, ese pícaro escribiría acerca de mis sandeces que me pondrian en ridiculo en todo Paris; porque ¿no tengo enemigos en todas partes?

Al cabo de un instante mudó Rousseau de pensamiento y dijo:

—Dónde está el valor, dónde la honra? Tengo miedo hasta de mí mismo, y si me mirase á un espejo veria el rostro de un cobarde y un vil.... No, no será así; aunque el universo se coligue en daño mio, aunque se desplome sobre mí una manzana de casas, iré.... Todo esto que estoy diciendo es hijo del miedo; desde que habló conmigo ese hombre no hago mas que dar vueltas en un círculo de necedades, dudando de todos, y hasta de mí mismo. Esto no es lógico; me conozco y sé que no soy un hombre entusiasta, de suerte que si he creido ver maravillas en la asociacion proyectada, es porque las

hay. Quién me dice que yo no seré el rejenerador del jénero humano? yo á quien han buscado, yo á quien han venido á consultar bajo la fé de mis escritos, los agentes misteriosos de un poder que no tiene limites. Y he de retroceder cuando se trata de seguir mi obra sustituyendo la aplicacion á la teoria!

Rousseau iba animándose y prosiguió:

—Qué cosa mas bella que eso! Las edades caminan, y en su curso los pueblos salen de su embrutecimiento, el paso sigue al paso en la oscuridad, y la mano á la mano en las sombras, elevándose de este modo la inmensa pirámide, en cuyo remate pondrán los siglos futuros el busto de Rousseau, ciudadano de Génova, que para obrar como ha dicho ha arriesgado su libertad y su vida, es decir, ha sido fiel á su divisa: *Vitam impendere vero*.

Enajenado con esto Rousseau de gozo, se puso al clave y acabó de remontarse á las nubes su imaginacion con las melópeas mas retumbantes, largas y guerreras que pudo arrancar á las teclas del sonoro instrumento.

Cuando llegó la noche, cansada Teresa de haber atormentado inútilmente á su cautivo, dormía en su silla; y Rousseau, cuyo corazon latía con fuerza, se puso su vestido nuevo, como si fuese á buscar fortuna, no sin que antes estudiara al espejo el juego de sus negros ojos, los cuales le parecieron con sumo gusto vivos y penetrantes.

Apoyóse en su caña de Indias, y sin despertar á Teresa, se escabulló del aposento.

Pero así que bajó la escalera y tocó con la mano al resorte de la puerta que daba á la calle, Rousseau principió por mirar hacia afuera, á fin de examinar en qué estado se hallaban las localidades.

Ningun carruaje pasaba á la sazón; pero la calle estaba llena de ociosos pisa-verdes que se miraban unos á otros, como lo tienen de costumbre, ó se paraban á mirar por los cristales de las tiendas las jóvenes que había en el mostrador.

No era posible pues parar la atención en un hombre en medio de aquel torbellino, de suerte que Rousseau se precipitó

en él, aunque no tenía que andar mucho para llegar á su destino.

En la puerta que habian designado á Rousseau estaba apostado un músico con un desacordado violon, y aquella música, que tanto agrada á los oídos de todo verdadero parisiense, poblaba la calle de ecos que repetian los últimos compases de la cancion que brotaba el instrumento ó entonaba el cantante.

Nada pues tan desfavorable para el movimiento circulatorio como la aglomeracion de jente en aquel sitio, pues los oyentes formaban un círculo, siendo necesario que los yentes y vinientes diesen la vuelta por la derecha ó la izquierda del grupo, tomando la calle los de la izquierda, y costeando los de la derecha la casa designada, ó vice-versa.

Rousseau notó que varias personas se perdieron en el camino, como si se hubiesen caído en alguna trampa, y comprendiendo que llevaban el mismo objeto que él resolvió imitar su maniobra, lo cual era fácil.

Situándose detras del grupo de oyen-

tes, como si fuera á pararse tambien, acechó al primero que vió entrar en el pasadizo; pero mas timorato que todos ellos, porque sin duda tenia mas que arriesgar, esperó á que se presentase una ocasion favorable.

No tuvo que esperar mucho tiempo, pues un cabriolé que venia corriendo del otro extremo de la calle dividió el círculo en dos mitades, haciendo que la jente de ambos hemisferios se agolpase á las cosas. Rousseau se acercó al umbral del pasadizo, y observando que todos los curiosos estaban vueltos de espaldas hácia él por atender al cabriolé, se aprovechó de su aislamiento y desapareció en el fondo del oscuro portal.

Al cabo de algunos segundos divisó una luz, y junto á ella un hombre sentado tranquilamente, como el mercader despues de haber hecho su venta, y que leia ó finjia estar leyendo una *Gaceta*.

Al oir los pasos de Rousseau levantó aquel hombre la cabeza y se llevó el dedo al pecho, lo cual se advirtió visiblemente gracias á la luz.

Rousseau contestó á aquel jesto simbólico llevándose un dedo á la boca.

Entonces se levantó el hombre, y empujando una puerta situada á su derecha é invisible por lo bien que unia con la pared de madera en que se hallaba, mostró á Rousseau una escalera muy recta que iba á parar debajo de tierra.

Rousseau entró, y la puerta se volvió á cerrar sin hacer ruido, pero con rapidez.

Apoyándose en su baston Rousseau bajó los escalones, pareciéndole una cosa no muy buena que los consocios le impusieran por primera prueba el riesgo de romperse la cabeza y las piernas.

Pero aunque la escalera era empinada, no era larga, de suerte que Rousseau contó diez y siete escalones, y al instante se vió invadido por una gran dosis de calor que le dió en los ojos y en el semblante.

Aquel calor húmedo era el aliento de cierto número de hombres que habia reunidos en aquella cueva.

Rousseau observó las paredes entapi-

zadas de telas encarnadas y blancas, en que aparecian varios instrumentos mas simbólicos sin duda que reales y efectivos. De la bóveda colgaba una lámpara que arrojaba un resfleo siniestro sobre los rostros, bastante honrados sin embargo, de las personas que hablaban entre sí en voz baja, sentadas en bancos de madera.

En el suelo no habia entarimado ni tapices, sino una gruesa estera de junco que debilitaba el ruido de los pasos.

Rousseau no causó pues al tiempo de entrar sensacion alguna, y al parecer nadie advirtió su llegada.

Cinco minutos antes nada deseaba tanto Rousseau como semejante entrada, y sin embargo, ya sentia haber conseguido tan bien penetrar allí.

En uno de los últimos bancos vió un asiento desocupado, y se instaló en él lo mas modestamente que pudo, detras de los demas.

Treinta y tres eran las cabezas que contó, conociéndose en que no habia nadie en la mesa colocada en el sitio pre-

ferente, que se aguardaba al que debia presidir la reunion.

CAPÍTULO XXXVI.

La lógia de la calle de Platriere.

Rousseau notó que las conversaciones entre los concurrentes eran muy discretas y limitadas; muchos ni siquiera movian los labios, y apenas se cruzaban algunas palabras en tres ó cuatro parejas.

Los que no hablaban hasta procuraban ocultar su rostro, lo cual no era muy difícil, gracias á la gran masa de sombras que proyectaba la estrada del presidente á quien aguardaban.

Dicha estrada era pues un refugio para los tímidos.

Pero en revancha dos ó tres individuos de la corporacion estaban en continuo movimiento para ver si conocian á sus cólegas, yendo y viniendo, hablando entre sí y desapareciendo con frecuencia por una puerta disimulada con una cortina negra sembrada de rayas encarnadas.

A poco se oyó una campanilla y entonces dejó un hombre pura y simplemente la esquina del banco en que se hallaba confundido con los demas masones, tomando asiento en la estrada.

Despues de hacer algunos signos con la mano y los dedos, signos que repitieron todos los concurrentes, y a los que añadió él otro mas esplicito que los demas, declaró abierta la sesion.

Rousseau no conocia absolutamente á aquel hombre que bajo el aspecto de un artesano acomodado ocultaba mucha presencia de espíritu, ayudada de una elocucion tan fácil que la hubiera deseado cualquier orador.

Claro y breve fue su discurso, en el cual manifestó que la lojia se habia reunido para proceder á la recepcion de un nuevo hermano.

—No hay que admirarse, dijo, de que no nos hayamos reunido en el local en que se hacen las pruebas, pues los jefes han creido que estas son inútiles. El hermano que se trata de recibir es una de las lumbreras de la filosofia contemporánea.

y un hombre de un talento profundo que se consagrará á la defensa de nuestra causa, no por temor sino por conviccion. El que ha sondeado todos los misterios de la naturaleza y del corazon humano no ha menester el estímulo que empleamos para con el simple mortal á quien pedimos que nos ayude con su brazo, su voluntad y su dinero. Para que el hombre de un talento tan distinguido y de un caracter tan honrado como enérgico nos dé su cooperacion, bástanos su promesa y aquiescencia.

De este modo fué como acabó el orador su proposicion, mirando en torno suyo para examinar qué efecto causaba.

Lo que es en Rousseau causó un efecto mágico, pues el jenoves conocia los misteriosos preparativos de la masoneria, mirándolos con una especie de repugnancia muy natural en hombres ilustrados; aquellas concesiones enteramente absurdas, puesto que eran inútiles, que los jefes exigian á los candidatos para finjir miedo, cuando se sabe que nada hay que temer, le parecian el colmo de la puerilidad y una su-

persticion ociosa.

Hay mas, el filósofo timorato, enemigo de manifestaciones individuales, hubiera mirado como una desgracia tener que presentarse en espectáculo ante personas á quienes no conocia, y que seguramente se burlaban de él con mas ó menos buena fé.

De esto resultó que al ver que le dispensaban de pruebas se alegró en extremo, porque conociendo como conocia la rigurosa que era la igualdad entre los principios masónicos, era para él un triunfo una escepcion en favor suyo.

Disponíase, pues, á contestar con algunas palabras á la graciosa facundia del presidente, cuando salió una voz del auditorio diciendo:

—Ya que os creéis obligado á tratar como si fuese un príncipe á un hombre como nosotros; ya que le dispensais de las angustias físicas, como si no fuese uno de nuestros símbolos buscar la libertad á costa de los sufrimientos del cuerpo, á lo menos esperamos que no ireis á conferir á un desconocido un título precioso.

sin preguntarle con arreglo al rito y conseguir que haga profesion de fe.

Rousseau se volvió para ver el semblante del agresivo personaje que descargaba tan duro golpe en el carro del vencedor.

Entonces conoció con la mayor sorpresa al joven cirujano que encontró aquella mañana en el malecón de las flores.

El sentimiento de su buena fe y quizá un sentimiento de desden hacia el *título precioso*, le impidió contestar.

—Habeis oído? dijo el presidente dirigiéndose á Rousseau.

—Perfectamente, respondió el filósofo, quien se estremeció levemente al oír resonar su propia voz en la bóveda de aquella cueva sombría; lo he oído, pero no me admiro de las interpelaciones cuando veo quien me las hace. Cómo! Un hombre cuyo estado es combatir lo que se llama padecimientos físicos, prestando de este modo ayuda á sus hermanos, sean ó no masones, viene á predicar aquí la utilidad de esos padecimientos!... Buen camino ha escojido para hacer que el

hombre sea feliz y curar las enfermedades!

—Aquí no se trata, replicó vivamente el joven, de este ó del otro, pues ni yo conozco al candidato ni el candidato debe conocerme á mí. Yo obro con arreglo á la lógica, sosteniendo que el venerable ha hecho mal en hacer acepcion de personas: así como yo no veo en ese individuo al filósofo, tenga él la bondad de no ver en mí al cirujano, porque quizá debamos estar juntos toda la vida sin que una mirada ni un jesto revele jamás nuestra intimidad mas estrecha; sin embargo gracias al vínculo de asociacion que une todas las amistades vulgares. Repito, pues, que si se ha creido que el que va á entrar en nuestra comunión no debia hacer pruebas, á lo menos ha lugar á preguntársele.

Rousseau no contestó, y conociendo el presidente en su semblante que no le gustaba aquella discusion, y que sentia haberse metido en aquella empresa, dijo al joven con tono de autoridad:

—Hermano, tened la bondad de guar-

dar silencio cuando el jefe está hablando, y no critiqueis con lijereza sus actos soberanos.

—Tengo derecho para interpelar, respondió el joven con mas dulzura.

—Para interpelar sí, pero no para criticar. El hermano que va á entrar en la asociacion es bastante conocido para que necesitemos emplear en nuestras relaciones masónicas con él un misterio ridiculo é inútil. Todos los hermanos que estan presentes saben cómo se llama, y su nombre es una garantia; pero como estoy seguro de que tambien él es amigo de la legalidad, le ruego que se esplique acerca de una pregunta que siento unicamente *pro forma*. Qué buskais en la asociacion?

Rousseau anduvo dos pasos, y aislándose de la multitud miró á la reunion con aire pensativo y melancólico.

—Busco, dijo, lo que no encuentro; verdades y no sofismas. Por qué me habiais de rodear de puñales que no hieren, de venenos que son agua clara, y de trampas cubiertas por debajo de colchones?

Sé hasta donde llegan los recursos de las fuerzas humanas; conozco mi vigor físico, y como si lo debilitárais no merecia la pena que me elijiéseis hermano vuestro, porque para nada os serviría muerto, ni quereis matarme, ni mucho menos herirme; y todos los cirujanos del mundo no harian que me pareciese buena una ceremonia en que me descoyuntasen un miembro. Mas que vosotros todos he aprendido yo á saber lo que son dolores, porque he sondeado el cuerpo y palpado hasta el alma. Si he accedido á venir aquí cuando se me instó á ello (y recalco estas palabras) es porque creia podria ser útil; de suerte que doy en vez de recibir. Antes ay! que podais hacer algo en mi defensa, antes que me deis únicamente con recursos vuestros la libertad si me reducen á prision, pan si me sitian por hambre, y consuelo si me aflijen; antes, digo, que seais algo, el hermano á quien admitís hoy en vuestro seno, si es que el señor lo permite (añadió volviéndose hacia Marat), habrá pagado su tributo á la naturaleza, porque el progreso está man-

ce, porque la luz es lenta y nadie de vosotros le sacará de la fosa en que caiga.

—Estais equivocado, ilustre hermano dijo una voz suave y penetrante que atrajo dulcemente á Rousseau; en la asociacion que teneis á bien aceptar se encierra nada menos que la suerte futura del mundo, y ya sabeis que porvenir es lo mismo que esperanza, lo mismo que ciencia; ya sabeis que el porvenir es Dios, que debe dar su luz al mundo, puesto que ha prometido que la dará, y Dios no miente.

Sorprendido Rousseau al oir un lenguaje tan elevado, miró al que hablaba y conoció al hombre joven todavia que le dió la cita aquella mañana en el sόlio de justicia.

Aquel hombre, vestido de negro con cierto esmero, y sobre todo con gran distincion, estaba vuelto de espaldas á uno de los frentes laterales de estrada, y su rostro, alumbrado por un ténue resplandor, brillaba en toda su belleza, gracia y espresion natural.

—Ah! dijo Rousseau; la ciencia es un abismo que no tiene fondo. Vos me hablais de ciencia, consuelo, porvenir y pro-

mesa; pero como otro me habla de la materia, el rigor y la violencia, á quién deberé creer? Es decir que en la asamblea de los hermanos sucede lo mismo que entre los hambrientos lobos de ese mundo que se ajita sobre nuestras cabezas. En todas partes lobos y ovejas!... Oid, pues mi profesion de fe, supuesto que no la habeis leído en mis obras.

—Vuestras obras! exclamó Marat; con vengo en que son sublimes, pero una pura utopia; vos sois útil bajo el mismo punto de vista que Pitágoras, Solon y el sofista Ciceron. Indicais el bien, pero un bien artificial, inasequible y aéreo, pareciéndoos á uno que quisiese mantener á una multitud hambrienta con bolas de aire más ó menos abillantadas por el sol.

—Habeis visto, dijo Bousseau frunciendo el entrecejo, que las grandes conmociones de la naturaleza se verifiquen sin anterior preparacion? Habeis visto nacer al hombre, acontecimiento sublime aunque vulgar? Habeis visto que nazca sin que haya estado amontonando durante nueve meses en el seno de su madre la

sustancia y la vida? Ah! quereis que rejenere al mundo con actos, y eso no es rejenerar, sino hacer una revolucion.

—Entonces, repuso el cirujano con vehemencia, vos no quereis que el hombre sea independiente, que sea libre!

—Al contrario, respondió Rousseau, porque la independendencia es mi ídolo, porque la libertad es mi diosa. No hay mas diferencia sino que yo quiero una libertad dulce y radiante que caliente y vivifique; yo quiero una igualdad que una á los hombres por medio de la amistad, no por medio del temor; yo quiero la educacion, la instruccion de cada elemento del cuerpo social, como el mecanismo quiere la armonia, como el ebanista quiere la ensambladura, es decir, que cada pieza de su trabajo concorra perfectamente á formar el todo por medio de una copulacion absoluta. Repito que lo que yo quiero está consignado en mis escritos, á saber: progreso, concordia y mútuo rendimiento.

En los labios de Marat brilló una sonrisa de desden.

—Si, los arroyos de leche y miel, dijo,

los campos Eliseos de Virgilio, sueños de un poeta cuya filosofía aspira á convertirlos en una realidad.

Rousseau no replicó, pues le parecía demasiado duro tener que defender su moderacion, á pesar de que en toda Europa se le tenia por un novador violento.

Volvió á sentarse sin decir una palabra, despues de consultar con la vista para satisfaccion de su alma sencilla y tímida, y obtenido la aprobacion aunque tácita del personaje que le habia defendido hacia poco.

El presidente se levantó, y dijo diciéndose á todos.

—Habeis oido?

—Sí, respondió la asamblea.

—Os parece digno el hermano á quien vamos á recibir de entrar en la asociacion; comprende en concepto vuestro los deberes de tal?

—Sí, dijo la asamblea; pero con una reserva que demostraba poca unanimidad.

—Prestad el juramento, dijo el presidente á Rousseau.

—Sentiria infinito, contestó el filósofo con cierto orgullo, tener que disgustar á algunos individuos de esta asociacion, y debo para evitarlo repetir las palabras que pronuncié ahora poco, palabras hijas de mi conviccion. Si fuera orador, las desenvolveria de un modo que dejase embargados los ánimos; pero mi lengua se revela y siempre hace traicion á mi pensamiento cuando le pido que lo espresé inmediatamente. Digo pues que mas hago en favor del mundo y por vos, lejos de esta reunion, que si imitára asiduamente vuestras costumbres; y por lo mismo debéis dejarme entregado á mis tareas, debilidad y aislamiento. Ya he dicho que me inclino hácia el sepulcro; las pesadumbres, las enfermedades, las miserias me arrastran á el, y vosotros no podeis retardar esa gran obra de la naturaleza. Abandonadme, pues, porque no he nacido para caminar con los hombres á quienes aborrezco y de quienes huyo: sin embargo, les sirvo porque tambien yo soy hombre, y porque sirviéndoles los creo mejores que lo son. Ahora ya sabeis mi modo de pen-

sar, y no diré una palabra mas.

—Con que es decir que os negais á prestar el juramento? preguntó Marat con cierta emocion.

—Me niego terminantemente, y no quiero formar parte de la asociacion, porque hartas pruebas tengo de que seria en ella un hombre inútil.

—Hermano, dijo el desconocido con su voz conciliadora, permitidme que os llame así, pues realmente somos hermanos fuera de toda combinacion del espíritu humano. No os dejéis llevar de un momento de despecho muy natural ciertamente: sacrificad algo de vuestro legítimo orgullo, y haced por nosotros lo que os causa repugnancia. Vuestros consejos, vuestras ideas, vuestra presencia aqui son para nosotros lo mismo que la luz: no debeis sumirnos en las tinieblas de vuestra ausencia y negativa.

—Os engañais, dijo Rousseau; nada os quito, puesto que nunca daré mas que lo que he dado á todo el mundo, al primer lector que se presente, á cualquiera que interprete las *Gacetas*; si quereis el nom-

bre y la esencia de Rousseau.

—Lo queremos, dijeron con política varias voces.

—Pues entonces cojed una coleccion de mis obras, colocad los tomos en la mesa de vuestro presidente, y cuando se trate de manifestar cada uno su opinion, y me toque á mí espresar la mia, abrid una obra, y no solo vereis en ella un dictámen, sino una sentencia.

Rousseau dió un paso como para salir, pero el cirujano le dijo:

—Esperad un momento! Las voluntades son libres, y la del ilustre filósofo lo mismo que las de los demas; pero no sería muy regular haber dado entrada en nuestro santuario á un profano, que no estando, como no está, ligado con ninguna cláusula ni aun tácita siquiera, podría revelar nuestros misterios, sin que por eso dejase de ser un hombre de bien.

Rousseau le devolvió su sonrisa de compasion, diciéndole:

—Lo que me pedís es que preste juramento de guardar silencio?

—Efectivamente.

—Pues estoy pronto á ello.

—Tened la bondad de leer la fórmula, hermano venerable, dijo Marat.

El hermano venerable leyó la fórmula concebida en estos términos:

«Juro en presencia de Dios grande, eterno, y arquitecto del universo, de mis superiores y de la respetable asamblea en que me hallo, no revelar jamás, ni dar á conocer, ni escribir nada de cuanto pasea mi vista, condenándome á mí mismo si llego á pecar por imprudencia, á ser castigado con arreglo á las leyes del gran fundador y todos mis jefes y la cólera de mis padres.

Ya iba á estender la mano Rousseau, cuando el desconocido que habia escuchado y seguido el debate con una especie de autoridad que ninguno le disputaba, aunque estaba confundido entre la multitud, se acercó al presidente y le dijo al oído unas cuantas palabras.

—Es verdad, replicó el venerable.

Y añadió:

—Vos sois un hombre de bien, no un hermano, sois un hombre de honor, cuya

posicion entre nosotros está reducida á la de un semejante nuestro, y abjuramos de consiguiente nuestra cualidad para pedirnos simplemente os comprometais bajo palabra de honor á olvidar cuanto ha pasado entre nosotros.

—Juro bajo palabra de honor, respondió Rousseau conmovido, que esto será para mí como un sueño que se desvanece al despertar.

Dichas estas palabras salió de la cueva, y tras él varios individuos de la asociación.

CAPÍTULO XXXVII.

Cuenta de hechos y sucesos.

Con la ida de los individuos de segundo y tercer orden quedó reducida la reunion á siete, es decir á los jefes. los cuales se dieron á conocer entre sí por medio de signos que probaban su iniciacion hasta un grado superior.

Lo primero de que cuidaron fué de cerrar las puertas, y en seguida se mos-

tró á los demas su presidente, presentando una sortija que tenia grabadas las letras misteriosas de L. P. D. (1).

Dicho presidente estaba encargado de llevar la correspondencia suprema de la órden, y se hallaba en relaciones por este medio con los otros seis jefes, los cuales residian en Suiza, Rusia, América, Suecia, España é Italia.

Asi es que llevaba consigo algunos de los documentos mas importantes que habia recibido de sus cólegas, á fin de dar cuenta de ellos á la junta de iniciados superiores á los demas é inferiores á el.

El referido jefe era Bálsamo.

La carta mas importante de todas ellas era una que habia escrito desde Suecia, Swerdemborg, y que contenia un aviso amenazador.

«Hermanos, asi decia: vijilad en el Mediodia, porque bajo su ardiente influencia se ha formado un traidor, y ese traidor os perderá.

»Hermanos, vijilad á París, porque

(1) Lilia perdibus destrue.

el traidor reside ahí, posée los secretos de la órden, y le anima un sentimiento odioso.

»Oigo el sordo vuelo y la voz susurrante de la denuncia; pero aunque veo al mismo tiempo una venganza terrible, esa venganza llegará tal vez demasiado tarde. Entretanto, vijilad, hermanos, vijilad, porque podrá suceder que baste una lengua traidora, aunque mal instruida, para trastornar enteramente nuestros planes urdidos con tanta habilidad.

Los hermanos se miraron con muda sorpresa, contribuyendo no poco á alarmar á la junta que presidia Bálsamo, el lenguaje del feroz iluminado, y su presciencia, á que daban una autoridad formidable muchos ejemplos dignos de llamar la atencion.

El mismo Bálsamo, que tenia fé en la claridad de espíritu de Swerdemborg, no pudo resistir á la grave y dolorosa impresion que se apoderó de él al leer aquella carta, y dijo:

—Hermanos, rara vez se engaña el inspirado profeta, y de consiguiente de-

beis vijilar segun os lo encarga. Lo mismo que yo sabeis que ahora es cuando la lucha va á trabarse; no seamos pues vencidos por esos enemigos ridículos, cuyo poderío minamos con toda seguridad. No olvideis que tienen á su disposicion hombres mercenarios, lo cual es un arma poderosa en este mundo entre las almas cuya vista no se estiende mas allá de los límites de la vida terrena. Hermanos, desconfiemos de traidores pagados.

—Esos temores me parecen pueriles, dijo una voz; porque cada dia adquirimos mas fuerzas, y nos dirijen hombres de brillante ingenio y robustas manos.

Bálsamo se inclinó como para dar las gracias al que así le elogiaba.

—Sí, pero como ha dicho muy bien nuestro ilustre presidente, la traición penetra en todas partes, replicó un hermano que no era otro sino el cirujano Marat, ascendido á pesar de lo jóven que era á un grado superior, gracias á lo cual tomaba asiento por primera vez en la junta consultiva. Tened presente, hermanos, que aumentando el cebo, es mas impor-

lante lo que se coje. Si Mr. de Sartes puede comprar con un saco de escudos á uno de nuestros oscuros hermanos para que revele nuestro secreto, el ministro puede comprar tambien á uno de nuestros superiores con un millon ó la esperanza de alcanzar una dignidad; y no debemos olvidar que entre nosotros nada sabe un hermano subalterno. Lo mas que conoce es algunos nombres entre sus cólegas, pero estos nombres no representan cosa alguna. El órden con que estamos constituidos es admirable, pero eminentemente aristocrático, puesto que los inferiores no saben nada ni tienen ningun poder; á pesar de que concurren á hacer mas sólido nuestro edificio con su tiempo y su dinero, se le reúne para que digan ó para hacerles decir sendas vaciedades. Pensad en esto, hermanos; los trabajadores solo llevan la piedra y la mezcla, pero construiríais la casa sin mezcla ni piedra? Ahora bien: estos trabajadores perciben un corto salario, cuando yo los miro como iguales al arquitecto, cuyo plan crea y vivifica toda la obra; y los miro como

iguales á él, porque es hombre y todos los hombres valen lo mismo á los ojos del filósofo, en atencion á que le toca su parte de miseria y fatalidad como á cualquier otro, y está mas espuesto que nadie á que se le caiga encima una piedra ó se rompa un andamio.

—Os interrumpo, hermano, dijo Bál-samo, para deciros que abandonais la única cuestion de que debemos ocuparnos. Teneis el defecto, hermano, de exajalar vuestro celo y jeneralizar las discusiones. Hoy no se trata de saber si nuestra constitucion es mala ó buena, sino de mantener esa constitucion en toda su pureza é integridad: si fuera á discutir con vos, responderia que el órgano que recibe el movimiento no es igual al jenio que crea; no, el peon no es igual al arquitecto; no, el cerebro no es igual al brazo.

—Si Mr. de Sartines prende á alguno de nuestros mas ínfimos hermanos, exclamó Marat con calor, dejará de ser enviado á la Bastilla para que se pudra alli como vos ó como yo?

—Conformes; pero el perjuicio será úni-

camente para el individuo y no para la órden, que debe ser entre nosotros antes que nada; al paso que si reducen á prision al jefe se paraliza la conjuracion; si falta el jeneral se pierde la batalla. Hermanos, mirad pues por la salvacion de los jefes.

—Si, pero que ellos cuiden de la nuestra.

—Ese es su deber.

—Y que á sus faltas se imponga doble castigo

—Os vuelvo á decir, hermano, que os separais de los estatutos de la órden; no sabeis que el juramento que liga á todos los individuos de nuestra asociacion es identico, y que á todos se aplican las mismas penas?

—Los grandes se sustraen siempre á ellas.

—No es ese el parecer de los grandes, hermano; y si no, escuchad el final de la carta de nuestro profeta Swerdegborg, uno de los mas grandes de entre nosotros. Hé aquí lo que añade:

«El daño vendrá de un grande, de

uno de los mas grandes de nuestra orden, ó si no viene precisamente de él, á lo menos se le imputará la falta. Acordaos de que el agua y el fuego pueden ser cómplices, produciendo una las revelaciones, y dando el otro la luz.

»Vijilad, hermanos, á todos y en todas partes, vijilad.»

—Entonces, dijo Marat aprovechándose del discurso de Bálsamo y de la carta de Swerdemborg para el logro de sus intenciones, renovemos el juramento que nos liga, y comprometámonos á cumplirlo con todo rigor, sea quien fuere el que haya hecho traicion ó dé lugar á ella.

Bálsamo se quedó pensativo por un momento, y levantándose en seguida pronunció las palabras sagradas que nuestros lectores han visto ya una vez, con voz lenta, solemne y terrible:

«En el nombre del hijo crucificado juro romper los lazos carnales que me unen con mi padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, bienhechores y con todo aquel á quien haya prometido fé, obedien-

cia, gratitud y obligacion.

»Juro revelar al jefe á quien reconozco con arreglo á los estatutos de la orden lo que he visto ó hecho, leído ó entendido, deducido ó adivinado, y aun averiguar y espiar lo que no he visto.

»Honraré y respetaré el *agua toffana* como un medio pronto, seguro y necesario de purgar el globo con la muerte ó el embrutecimiento de aquellos que quieren envilecer la verdad ó arrancárnosla de las manos.

»Me obligo á guardar silencio, consiento en morir con la presteza con que hiere el rayo el dia en que merezca ser castigado, y espero sin quejarme el puñal invisible é inevitable que me alcanzará donde quiera que esté.»

Entonces los siete individuos de que se componia la junta repitieron palabra por palabra aquel juramento de pie y con la cabeza descubierta.

En seguida, cuando se acabaron las palabras sacramentales, dijo Bálsamo:

—Ahora que tenemos mutuamente una garantia no mezclemos mas incidentes en

nuestra discusion, porque tengo que dar cuenta á la junta de los principales sucesos que han ocurrido en el año. El desempeño de mis asuntos en Francia presentará algun interés á hombres de un talento tan claro como el vuestro; á hombres tan celosos como lo sois vosotros.

Empiezo pues.

Francia está situada en el centro de Europa, como el corazon lo está en medio del cuerpo, de suerte que vive y dá vida á otras naciones; siendo preciso ir á buscar en sus agitaciones la causa de todo el malestar del organismo en jeneral.

He venido pues á Francia, y acercádome á París como el médico se acerca al corazon, consultando, palpando y haciendo experimentos. Cuando entré en ella hace un año la monarquía estaba cansada; pero hoy la matan los vicios, vicios que yo he favorecido, precipitando el efecto de esos desórdenes mortales.

Un obstáculo se atravesó en mi camino, y ese obstáculo era un hombre, un hombre que no era el primero, sino el mas poderoso del estado despues del rey.

Dotado de algunas de esas cualidades que agrandan á los demas hombres; demasiado orgulloso, es verdad, pero aplicando á sus obras la palanca de su orgullo, sabia endulzar la esclavitud del pueblo, haciéndole creer y aun ver algunas veces que es una parte del estado; y si se le consultaba acerca de sus propias miserias, invocaba el espiritu nacional, estando en cuyo derredor siempre se reunen las masas.

Aborreciendo como aborrecia á los ingleses, que son los enemigos naturales de Francia; odiando como odiaba á la favorita, enemiga como es natural de las clases laboriosas, si ese hombre hubiera sido un usurpador, si hubiese sido hermano nuestro de asociacion, marchando por el mismo camino que nosotros, y obrando segun nuestras miras, yo le habria respetado, mantenido en el poder y sostenido con todos los recursos que me es dado crear en favor de aquellos á quienes protejo; pues en vez de enlucir el carcomido trono, lo hubiera derribado con nosotros en el dia convenido. Empero per-

tenecia á la clase aristocrática, estaba acostumbrado á respetar el primer rango á que no aspiraba, y á la monarquía á que no se atrevía á atentar; contemplaba al trono al mismo tiempo que despreciaba al rey, y hasta servía de broquel á ese trono sobre el cual descargábamos nuestros golpes. De resultas de esto, el parlamento y el pueblo, llenos de respeto á ese dique que un hombre oponía á las invasiones de la prerogativa real, se mantenían en los límites de una resistencia moderada, seguros de que tendrían una ayuda poderosa cuando llegase el momento.

Comprendí cuál era la situación de las cosas, y me dediqué á derribar á Mr. de Choiseul.

Esta obra magna que en el espacio de diez años ha arrastrado tras sí tantos odios é intereses, la he empezado y terminado en unos cuantos meses por medios que es inútil decir. Gracias á un secreto que constituye mi principal fuerza, fuerza tanto mayor cuanto que eternamente permanecerá oculta á los ojos de

todos y nunca se sentirá sino por el efecto que cause, he derribado á Mr. de Choiseul, le he espulsado y hecho que en pos suyo vaya un largo séquito de penas, desengaños, lamentaciones é iracundia.

Y para que mi trabajo produzca el fruto debido, la Francia entera pide á Choiseul y se levanta para ver de recobrarle, como los huérfanos alzan las manos al cielo cuando Dios les ha quitado á su padre.

Los parlamentos se valen del único derecho que les asiste, cual es la inercia, esto es, dejar de actuar; y como en un cuerpo bien organizado, segun debe serlo un estado de primer orden, es mortal la parálisis de un órgano esencial, y el parlamento es para el cuerpo social lo que el estómago para el cuerpo humano; si los parlamentos no obran, el pueblo, esto es, las entrañas del estado, no trabajará, y de consiguiente no pagará, faltando á aquellos oro, es decir, la sangre.

Sin duda habrá quien quiera luchar; pero quién será el que luche contra el pueblo? De ninguna manera el ejército;

porque es hijo de ese mismo pueblo, se mantiene con el pan del labrador y bebe el vino del viñero. Quedan la servidumbre del rey, los cuerpos privilegiados, la guardia, los suizos y los mosqueteros, que apenas forman cinco ó seis mil hombres, pero qué hará ese puñado de pigmeos el día en que el pueblo se alce como un gigante?

—Pues entonces que se levante, que se levante! gritaron varias voces.

—Sí, sí, obras! exclamó Marat.

—Joven, aun no os he consultado, dijo Bálamo con frialdad

Y prosiguió de este modo:

—Hombres de poca solidez de entendimiento, hombres lijeros en el obrar y faltos de esperiencia, provocarian desde luego, y aun conseguirian con una facilidad que me aterra esa sedicion de las masas, esa rebelion de los débiles convertidos en fuertes por su mayor número contra un poderoso que está aislado; pero yo he reflexionado, yo he estudiado, yo me he confundido en las filas de ese mismo pueblo, y adoptando su traje, su perseve-

rancia y su rudeza, le he visto de tan de cerca que he logrado ser lo que él. Lo conozco pues hoy, y no me engaño al decir que es fuerte, pero ignorante; se irrita con facilidad, pero no tiene rencor; en una palabra, aun no está maduro para la sedicion tal como yo la entiendo, y como quiero que sea. Le falta instruccion para ver los sucesos bajo el doble punto de vista del ejemplo y la utilidad; le falta memoria para acordarse de su propia experiencia.

Se parece, para que lo comprendais mejor, á esos atrevidos jóvenes que he visto en Alemania en ciertas funciones públicas subir con ardor á la punta de un mástil en que el bayle habia mandado poner un jamon y un cubilete lleno de dinero. Llenos de entusiasmo se arrojan á la cuecaña y andaban con una rapidez sorprendente; pero así que llegaban al punto de la dificultad, y con solo alargar el brazo podian alcanzar el premio, les faltaban las fuerzas y se dejaban caer hasta el suelo en medio de los silbidos de la multitud.

La primera vez les sucedia lo que acabo de decir, y la segunda economizaban

las fuerzas y el aliento; pero como empleaban demasiado tiempo, frustrábase su intento por causa de la lentitud, como antes de la precipitacion, hasta que al fin adoptaban un término medio, y sin precipitarse ni ser tardos en su operacion salian bien de su empresa. He aquí el plan que yo medito: ensayos, siempre ensayos que nos vayan acercando al objeto, hasta que llegue el dia en que podamos conseguirlo de un modo infalible.

Bálsamo dejó de hablar y miró á su auditorio, en el cual hervian todas las pasiones de la juventud y la inesperienza.

—Hablad, hermano, dijo á Marat, que era el que mas se rebullia.

—Seré breve, contestó; los ensayos adormecen á los pueblos si no los desaniman... Ensayos! Esta es la teoria de Mr. de Rousseau, ciudadano de Génova y gran poeta, pero génio lento y tímido; ciudadano inútil á quien Platon hubiera arrojado de su república. Esperar y siempre esperar! Ya hace siete siglos que estais esperando, desde la emancipacion de los concejos y la insurreccion de los mazistas;

contad las jeneraciones que han muerto entre tanto, y veamos entonces si os atreveis á tomar aun por divisa para lo futuro la fatal palabra de *esperar*. M. Rousseau nos habla de oposicion, como se hacia en ese siglo que pasa por grande, como hacian al lado de las marquesas y á las plantas del rey Moliere con sus comedias, Boileau con sus sátiras, y Lafontaine con sus fábulas.

La oposicion, que no ha hecho que la causa de la humanidad adelante ni poco ni mucho, es pobre, es débil. Los niños recitan esas teorías disfrazadas sin entenderlas, y se duermen mientras las recitan. Segun vuestra cuenta, tambien Rabelais ha escrito de política, pero es una política que hace reir y que á nadie corrige: y si no, habeis visto que se haya enmendado un abuso siquiera de trescientos años á esta parte? Basta de poetas! Basta de teóricos! Lo que se necesita es obras, acciones! Hace tres siglos que Francia está en manos de la medicina, y ya es tiempo de que la cirugía se encargue de ella á su vez, dispuestas á usar el escalpelo y la

sierra. Puesto que la sociedad está gangrenada, contengamos la gangrena con el hierro. Quien puede aguardar es el que se levanta de la mesa para recostarse en blandos cojines, haciendo que sus esclavos quiten de ellos á soplos las hojas de rosas de que están cubiertos, porque satisfecho entonces el estómago comunica al cerebro estimulantes vapores que lo recrean y pueblan de pensamientos á cuantas risueños; pero el hambre, la miseria, la desesperacion no se satisfacen, no se alivian, no se consuelan con estrofas, sentencias y romances. El pueblo grita porque sufre; sordo sea el que no oiga sus lamentos! Maldecido el que no responda á ellos! Una insurreccion, aunque fuese sofocada, ilustraria los entendimientos mas que mil años de preceptos, mas que tres siglos de ejemplos: tambien iluminaria á los reyes si no los derribaba, y eso es mucho, eso basta.

De algunos labios salió un murmullo lisonjero, y Marat prosiguió:

—Dónde están nuestros enemigos? en escala superior á la nuestra, puesto que

guardan la puerta del palacio y rodean las gradas del trono, Paladion que custodian con mas cuidado y temor que lo hacian los troyanos. Ese Paladion que les dá poderío, riqueza é insolencia es el trono, al cual no puede llegarse sino pisando los cadáveres de los que lo defienden, como no puede llegarse al jeneral sino derribando los batallones que le protejen. Pues bien, la historia nos dice que desde Darío hasta el rey Juan, desde Régulo hasta Duguesclin, han sido derrotados muchos batallones y hecho prisioneros gran número de jenerales.

Derribemos nosotros la guardia y llegaremos hasta el idolo; descarguemos el golpe sobre las centinelas, y podremos descargarlo sobre el jefe. Embistamos primero á los cortesanos, á los nobles, á los aristócratas, y despues á los reyes. Contad cuántas cabezas privilegiadas hay, y vereis que apenas llegan á doscientas mil; paseaos con una cuchilla bien cortante en la mano por ese hermoso jardin llamado Francia, y cortad esas doscientas mil cabezas, como hacia Tarquino con las

adormideras en el Lacio, y todo está dicho. Entonces solo habrá dos poderes que se disputen la supremacia, el pueblo y el trono; que el trono, que no es mas que un emblema, intente luchar contra el pueblo, que es un gigante, y ya vereis lo que sucede. Cuando los enanos quieren derribar á un coloso empiezan por el pedestal; cuando los leñadores quieren echar por tierra una encina la cortan por el pie. Seamos pues leñadores: ¡leñadores! cojamos el hacha, arranquemos la encina de raiz, y sus soberbias ramas no tardarán en besar la arena.

—Y os aplastará en su caída como á un pigmeo, desventurado! gritó Bálamo con voz de trueno. Ah! Desencadenais vuestra furia contra los poetas, y hablais por medio de metáforas mas poéticas y preñadas de imágenes que las que ellos usan! Hermano, hermano, continuó dirijiéndose á Marat, esas frases las habeis tomado de alguna novela que estais compajinando en vuestra buhardilla; yo soy quien os lo digo.

Marat se ruborizó y Bálamo conti-

nuó diciendo:

—Sabeis lo que es una revolucion? No? Pues yo que he visto doscientas os lo diré; yo que he visto la del antiguo Egipto, la de Asiria, las de Grecia, las de Roma, las del bajo imperio; yo que he visto las de la edad media, cuando los pueblos se agolpaban unos sobre otros, Oriente sobre Occidente, y Occidente sobre Oriente, degollándose por no entenderse. Desde los reyes pastores hasta nuestros dias, quizá habrá habido cien revoluciones; y os quejábais hace poco de que somos esclavos! Las revoluciones no sirven pues para nada; pero por qué? porque los que las hacian estaban atacados del mismo vértigo, á saber; de la precipitacion, sin tener en cuenta que Dios, que preside las revoluciones del mundo como el jenio las de los hombres, no se apresura.

«Derribad, derribad la encina!» gritais, sin considerar que esa encina, que invierte un segundo en caer, cubre tanto terreno cuando cae como un caballo recorreria á galope en treinta segundos. Ahora bien, los que derribaran á la encina

por no tener tiempo para evitar su caída imprevista, quedarían aplastados bajo su inmenso ramaje. Es eso lo que quereis. Pues no lo conseguireis de mí. Yo he sabido vivir, lo mismo que Dios, veinte, treinta, cuarenta edades de hombres; como Dios soy eterno y como Dios seré paciente. En el hueco de esta mano llevo mi suerte, la vuestra y la del mundo; nadie me hará abrir esta mano llena de asombrosas verdades que no consiento mostrar. Sé que contiene el rayo, pero permanecerá en ella como en la omnipotente diestra de Dios.

Señores, señores, abandonemos esas alturas demasiado sublimes y volvamos a bajar á la tierra.

Señores, os lo digo con tanta sencillez como convicción, aun no es tiempo, el rey que reina en el día es el último reflejo de gran rey á quien todavía venera el pueblo y en esa majestad que va disipándose hay algo bastante deslumbrador aun para contrabalancear los relámpagos que se desprenden de vuestros resentimientos. El que hoy se sienta en el trono ha nacido

siendo rey, y morirá siéndolo, porque descende de una raza insolente pero pura, porque podeis ver su origen en su frente, en un jesto, en la voz; de suerte que siempre será rey. Derribémosle, y sucedrá lo que sucedió con Carlos I, es decir, que sus verdugos se prosternarán ante el, y los cortesanos de su desgracia besarán como lord Capell el hacha con que se haya cortado la cabeza á su soberano.

Ahora bien, señores, todos vosotros sabeis que Inglaterra se apresuró; pues si el rey Carlos I murió en un cadalso, Carlos II su hijo murió en el trono.

Esperad, señores, esperad, porque los tiempos no tardarán en ser propicios para nuestro intento.

Quereis destruir los lirios, y esa es la divisa de todos nosotros: *Lilia pedibus destrue*; pero es preciso que no quede ni una raiz, pues de otro modo volverá á retoñar la flor de San Luis. Quereis destruir el trono, mas á fin de que lo sea para siempre es preciso quitarle el prestigio y la esencia; quereis destruirlo, mas para ello debeis esperar á que no sea un sacer-

docio, sino un empleo; y á que no se ejerza en un templo, sino en una tienda. Ahora bien, lo mas sagrado que hay en el trono, es decir, la lejítima trasmision de la corona [autorizada desde hace siglos por Dios y los pueblos va á perderse para siempre. Escuchad, hermanos, escuchad, esa barrera imposible de salvar colocada entre nosotros, que no somos nada, y esas criaturas semidivinas; ese límite que los pueblos nunca se han atrevido á traspasar y se llama lejitimidad, esta palabra tan brillante como un faro, y que hasta el día ha libertado al trono de un naufragio, va á desaparecer barrida por el soplo de la misteriosa fatalidad.

La delfina, que está llamada en Francia á perpetuar la raza de los reyes con la mezcla de la sangre imperial, la delfina casada hace un año con el heredero del trono... Acercaos, señores, porque temo no traspase estas paredes el ruido de mis palabras.

—Seguid, seguid, dijeron con ansiedad los seis jefes.

—Pues bien, señores, la delfina está

virjen aun!

De aquel estrecho círculo compuesto de seis cabezas que casi se tocaban, dominadas por la de Bálsamo, quien se inclinaba sobre ellas desde lo alto de la estrada, salió como un vapor mortal un murmullo siniestro que hubiera hecho huir á todos los reyes de la tierra por la rencorosa alegría que revelaba.

—Así las cosas, continuó Bálsamo, se presentan dos hipótesis á cual mas provechosas para nuestra causa.

La primera es que la delfina siga siendo estéril, pues entonces se estingue la raza; entonces el porvenir no deja á nuestros amigos ni combates, ni dificultades, ni desórdenes, y á esa raza marcada de antemano con el signo de la muerte le sucederá lo que ha sucedido en Francia de tres en tres reyes, lo que sucedió á Luis el Terco, Felipe el Largo y Carlos IV, hijos de Felipe el Hermoso y que murieron sin tener sucesion, despues de reinar todos tres; lo que sucedió á los hijos de Enrique II, esto es, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, quienes tambien mu-

rieron sin tener sucesion. El delfin, el conde de Provenza y el de Artois reinarán tambien, y los tres morirán sin tener hijos, porque así lo ha dispuesto el destino.

Luego, así como despues de Cárlos IV, que fué el último de la raza de Capeto, vino Felipe VI de Valois, colateral de los anteriores reyes; así como despues de Enrique III, que fué el último de la casta de los Valois, vino Enrique IV de Borbon colateral de la raza anterior, despues del conde de Artois, inscrito en el libro de la fatalidad como el último de los reyes de la rama primojénita, vendrá tal vez algun Cromwel ó algun Guillermo de Orange, ora sea extraño á la raza ora altere el órden natural de sucesion.

Hé aquí lo que resulta de la primera hipótesis.

La segunda es que la delfina no siga siendo estéril, y este es un lazo en que van á precipitarse nuestros enemigos creyendo que nosotros caeremos tambien en él. Oh! si la delfina sale de su estado de esterilidad, si llega á ser madre, cuando todos se alegren en la corte y crean conso-

lidad el trono en Francia, nosotros podremos regocijarnos tambien porque poseeremos un secreto tan terrible, que ningun prestigio, ningun poder, ningunos esfuerzos contrarestarán los crímenes que ese secreto encierra, junto á las desgracias que habrán de resultar de semejante fecundidad para la reina futura, pues el heredero que dé al trono lo haremos fácilmente ilejítimo declarando adúltera esa fecundidad. La esterilidad, pues, hubiera sido un beneficio de Dios comparada con esa dicha facticia concedida al parecer por el cielo. Hé aquí, señores, por qué me abstengo de obrar; hé aquí por qué espero, hermanos; hé aquí, en fin, por qué creo que hoy es inútil desencadenar las pasiones populares, que emplearé de un modo eficaz cuando sea tiempo.

Ahora que conoceis, señores, lo que se ha trabajado este año, podeis ver si han progresado ó nó nuestras minas. Persuadios, pues, que no conseguiremos nuestro objeto sino con el ingenio y valor de unos, que serán los ojos y el cerebro; la constancia y trabajo de otros, que representa-

rán los brazos, y la fé y abnegacion de otros, que serán el corazon.

Penetraos sobre todo de que es necesario obedecer ciegamente para que hasta vuestro jefe se inmole á la voluntad de los estatutos de la órden el dia en que así lo exijan.

Con esto, señores y carísimos hermanos, levantaria la sesion si no me faltara que hacer un bien é indicar un daño.

El gran escritor que ha estado entre nosotros, y que seria nuestro á no ser por el celo intempestivo de uno de nuestros hermanos que ha asustado á un alma tímida de suyo; ese gran escritor, repito, ha tenido razon en lo que ha dicho en nuestra asamblea, y para mí es una desgracia que un extraño tenga razon contra una mayoría de hermanos que conocen muy mal nuestros reglamentos y desconocen enteramente el objeto que nos guia.

Rousseau, triunfando con los sofismas que contienen sus obras de las verdades de nuestra asociacion, representa un vicio fundamental que estirparia por medio del hierro y el fuego, si no tuviese

aun esperanza de curarlo por medio de la persuasion. El amor propio de uno de nuestros hermanos se ha desarrollado de un modo lastimoso, sobreponiéndose á todo en la discusion; pero jamás volverá á tener lugar un hecho por el estilo, ó recurriré á las vias de la disciplina.

Señores, propagad la fé por medio de la dulzura y la persuasion; insinuadla, no la impongaís; no la introduzcaís en las almas rebeldes á martillazos, como hacen los inquisidores con los torniquetes del verdugo. Acordaos que solo seremos grandes cuando se nos tenga por buenos, y que no se nos tendrá por buenos hasta que no parezcamos mejores que cuanto nos rodea; acordaos tambien que entre nosotros los grandes, los buenos y los mejores no son nada sin ciencia, arte y fé; nada en fin, junto aquellos á quienes Dios ha marcado con un sello particular para que manden á los hombres y rijan un imperio.

Señores, levántase la sesion.

Dicho esto, Bálsamo se cubrió la cabeza y se embozó en su capa.

Los iniciados se marcharon entonces

uno á uno y en silencio para no escitar sospechas.

CAPÍTULO XXXVIII.

El cuerpo y el alma.

El último que se quedó con el maestro fué Marat el cirujano, quien se acercó con humildad y muy pálido al terrible orador cuyo poder no tenía límites.

—Maestre, le preguntó, he cometido efectivamente una falta?

—Y grande, dijo Bálamo; y lo peor es que no creéis haberla cometido.

—Pues bien, lo confieso, no solo no creo que he cometido una falta, sino que me figuro he hablado como conviene.

—Eso es orgullo, orgullo, murmuró Bálamo. Los hombres van á combatir la enfermedad en las venas de un enfermo, la peste en las aguas y en los aires; pero dejan que el orgullo eche tan profundas raíces en sus corazones que no pueden conseguir estirparlo.

—Oh! maestre, dijo Marat, y qué opi-

nion tan triste habeis formado de mí! Con-
que efectivamente valgo tan poco que no
puedo contarme entre mis semejantes?
Tan mal fruto he recojido de mis trabajos,
que soy incapaz de decir una palabra sin
que se me tache de ignorante? Tan tibio
adepto soy que se sospecha de mis con-
vicciones? Aunque no fuese mas que por
esto, existo á lo menos por el cariño que
tengo á la sagrada causa del pueblo.

—Porque veo, replicó Bálsamo, que
el principio del bien lucha aun en vues-
tro interior contra el del mal, que algun-
dia se sobrepondrá al otro, voy á ver si
os corrijo de esos defectos. Si debo con-
seguirlo, si el orgullo no domina ya en
vos á cualquier otro sentimiento, lo logra-
ré en una hora.

—En una hora? dijo Marat.

—Sí; quereis dedicarme esa hora?

—Por qué no?

—Dónde os veré?

—Maestre, á mi me toca acudir á la cita
que tengais á bien dar á vuestro servidor.

—Pues bien, dijo Bálsamo, iré á vues-
tra casa.

—Cuidado con el compromiso que contraeis, maestro, porque vivo en una buhardilla de la calle de Cordeliers. Una buhardilla, ya lo oís, dijo Marat fingiendo sencillez, pero con orgullo y con una farronada de miseria que no se escapó á Bálsamo; mientras que vos....

—Yo, qué?

—Vivís en un palacio, según me han dicho.

Este se encojió de hombros, como podría hacer un gigante que desde la cúspide de su elevada estatura midiese la estension de la furia de un enano.

—Pues bien, corriente, respondió, irá á veros á vuestra buhardilla.

—Cuándo?

—Mañana.

—A qué hora?

—Por la mañana.

—Es que al rayar el día me voy al anfiteatro anatómico, y desde allí al hospital.

—Precisamente es lo que yo necesito, y á no habérmelo propuesto vos yo os lo hubiera pedido.

—Ya oís que muy temprano, porque

duermo poco, dijo Marat.

—Y yo no duermo, respondió Bálsamo: así pues al rayar el día.

—Bien, os esperaré.

Dicho esto se separaron, porque habían llegado á la puerta de la calle, tan sombría y solitaria cuando ellos salieron como poblada y alegre al entrar.

Bálsamo tomó á la izquierda y desapareció rápidamente.

Marat le imitó tomando á la derecha con sus largas y delgadas piernas.

Bálsamo fué exacto, pues al día siguiente á las seis de la mañana estaba ya llamando á la puerta de la escalera, que situada en el centro de un largo corredor con seis puertas á uno y otro lado, formaba el último piso de una casa ya vieja de la calle de Cordeliers.

Conociase que Marat lo había preparado todo para recibir mas dignamente á su ilustre huésped; y en efecto, el parco lecho de nogal y la cómoda de madera comun, brillaban de puro limpios, gracias á lo bien que manejaba una rodilla de lana cierta mujer casera que se afanaba en tener

aseados aquellos carcomidos muebles.

El mismo Marat ayudaba y no poco á aquella mujer, regando una maceta de barro azul en que habia unas flores pálidas y descoloridas, que eran el principal ornato de la buhardilla.

Aun tenia debajo del brazo una rodilla de hilo, la cual indicaba que no habia tocado á las flores sino despues de dar una mano á los muebles.

Como la llave estaba en la puerta y Bálsamo entró sin llamar, sorprendió á Marat ocupado en aquella faena.

Cuando Marat vió al maestro se ruborizó mucho mas de lo que convenia á un verdadero estóico, y dijo soltando detras de una cortina la acusadora rodilla:

—Ya veis que soy hombre casero, y que ayudo á esta buena mujer, pero escojo faena, como por ejemplo, lo que quizá no sea propio de un buen plebeyo, pero que tampoco lo es enteramente de un gran señor.

—Lo es de un joven pobre y amigo del aseo, y esto basta, dijo Bálsamo con frialdad. Éstais pronto? porque ya sabeis que tengo el tiempo tasado.

—Voy á mudarme de traje.... Sra. Grivette, mi ropa.... Es mi portera, caballero; mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi mayordomo, y me cuesta un escudo todos los meses.

—Alabo la economía, dijo Bálsamo; ella es la que constituye la riqueza de los pobres y la prudencia de los ricos.

—El sombrero, el baston, dijo Marat.

—Alargad la mano, dijo Bálsamo; ahí teneis el sombrero, y sin duda el baston que pedís es ese que está junto á él.

—Oh! dispensadme, caballero; estoy aturdido.

—Estais ya?

—Sí; el reloj, señora Grivette.

La señora Grivette se volvió y revolvió, pero no contestó una palabra.

—Para ir al anfiteatro y al hospital no se necesita reloj; ademas, quizá se tardaria mucho en encontrarlo, y tenemos prisa.

—Sin embargo, caballero, estimo mucho mi reloj, que es escelente y lo he comprado á fuerza de economizar.

—La señora, Grivette lo buscará, respondió Bálsamo sonriéndose; y como bus-

que bien no os faltará á la vuelta.

—Oh! de seguro, dijo la señora Grivette, al instante parecerá si es que mi señor no lo ha dejado en otra parte, porque aquí nada se pierde.

—Ya lo veis, dijo Bálsamo. Vamonos, vamonos.

Marat no se atrevió á insistir, y siguió á Bálsamo aunque refunfuñando.

Al llegar á la puerta, dijo Bálsamo:

—A dónde vamos primero?

—Al anfiteatro si lo teneis á bien, maestro, he designado *un sujeto* que ha debido morir esta noche de una meningitis aguda: tengo que hacer algunas observaciones sobre su cerebro, y no quisiera que mis compañeros lo cojiesen.

—Pues entonces al anfiteatro, Sr. Marat.

—Es tanto mas fácil cuante que solo está de aqui dos pasos; el anfiteatro se une con el hospital, y no hacemos mas que entrar y salir: podeis pues esperar-me á la puerta.

—Al contrario, deseo entrar con vos para que me digais vuestra opinion acerca del *sujeto*.

—Cuando tenia vida, caballero?

—No, ahora que es un cadáver.

—Hola! mirad, dijo Marat sonriéndose, que puedo adquirir sobre vos una ventaja, porque conozco esta parte de mi profesion, y segun dicen soy un anatómico bastante hábil.

—Orgullo y siempre orgullo, murmuró Bálamo:

—Qué decís? preguntó Marat.

—Digo que ya lo veremos, contestó Bálamo. Entremos.

Marat fue el primero que penetró en el angosto portal que conducia á aquel anfiteatro situado al fin de la calle de Hauteufenille.

Bálamo le siguió sin vacilar hasta una sala larga y estrecha donde habia en una mesa de mármol dos cadáveres, uno de mujer y otro de hombre.

La mujer habia muerto joven, pero el hombre era viejo y calvo, estando ambos cuerpos envueltos en un mal sudario que dejaba medio descubierto el rostro.

Ambos estaban tendidos uno junto á otro en aquel frio lecho, cuando tal vez

nunca se habrían visto en el mundo; sus almas, que entonces viajaban hacia la región eterna, debían sorprenderse un poco al ver en semejante proximidad su mortal cubierta.

Marat alzó nada más que con un movimiento y echó á un lado el tosco lienzo que cubría á aquellos dos infelices á quienes la muerte había hecho iguales ante el escalpelo del cirujano.

Ambos cadáveres estaban desnudos.

—No os repugna la vista de los muertos? dijo Marat con su acostumbrado tono fanfarrón.

—Lo que hace es entristecerme, respondió Bálsamo.

—Por no estar acostumbrado á ello, dijo Marat. Yo que estoy viendo este espectáculo todos los días no siento ni tristeza ni repugnancia; es verdad que nosotros los practicantes vivimos con los muertos y no interrumpimos por ellos ninguna de las funciones de nuestra vida.

—Ese es un triste privilegio de vuestra profesión.

—Y luego, añadió Marat, por qué he de

entristecerme ni tener repugnancia, si para lo primero cuento con la reflexion, y me libra de lo segundo la costumbre?

—Esplicadme esas ideas, porque las he entendido mal, dijo Bálamo. Lo de la reflexion primero.

—Coriente. Por qué he de asustarme? Por qué he de tener miedo á un cuerpo inerte, á una estatua que es de carne en vez de ser de piedra, mármol ó granito?

—Efectivamente, que en un cadáver no hay nada, no es verdad?

—Nada, absolutamente nada.

—Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello.

—Y en un cuerpo vivo?

—Hay movimiento, dijo Marat creyendo que habia dicho una cosa soberbia.

—Y el alma? nada decís de ella?

—Nunca la he visto en los cuerpos que he registrado con mi escalpelo.

—Porque solo habeis registrado cadáveres.

—Oh! si tal, caballero, pues he operado y mucho en cuerpos vivos.

—Y no habeis encontrado en ellos al-

go mas que en los cadáveres?

—Sí, he encontrado el dolor; llamais acaso al alma dolor?

—Conque es decir que no creéis en ella?

—En qué?

—En el alma.

—Creo, porque soy dueño de llamarle movimiento, si así se me antoja.

—Muy bien; creéis en el alma, y eso es lo que yo queria: mucho me alegao que así sea.

—Entendámonos, maestro, y sobre todo no exajeremos las cosas, dijo María con su sonrisa de víbora; porque nosotros los practicantes somos algo materialistas.

—Estos cuerpos están muy frios, y esa mujer era muy hermosa, dijo Bálsamo pensativo.

—Sí.

—Qué bien hubiera sentado á ese hermoso cuerpo un alma bella!

—Ese es precisamente el error de que la formó, porque cuchilla mala para buena vaina. Este cuerpo, maestro, era de una tunanta que salió de San Lázaro para morir de una inflamacion cerebral.

en el hospital jeneral, y cuya crónica es un si es no es escandalosa. De consiguién—te si llamais alma al movimiento que hacía obrar á esa criatura, no haceis mucho favor á nuestras almas, que deben ser de la misma esencia, puesto que descienden de un mismo origen.

—Alma que se ha debido curar, dijo Bálsamo, y que se ha perdido por no tener el único médico que es indispensable, esto es, un médico del alma.

—Ay! maestro; esa es una de vuestras teorías, pero teoría y nada mas. Solo hay médicos para curar el cuerpo, replicó Marat con amarga sonrisa; y á propósito, maestro; en este momento teneis en los labios una palabra que Moliere ha usado muchas veces en sus comedias, y ahora os hace sonreir.

—Nó, dijo Bálsamo, os engañais y no podeis saber de qué me rio. Por lo pronto, lo que deducimos es que estos cadáveres están vacíos, no es verdad?

—E insensibles, dijo Marat levantando la cabeza de la joven y dejándola caer fuertemente sobre el mármol, sin que el

cuerpo se moviese siquiera ni hiciese estremecimiento alguno.

—Muy bien, ahora pasemos al hospital.

—Aguardad un momento, maestro, me permitís que antes separe del tronco esa cabeza que se me ha antojado examinar, porque ha sido el punto atacado por una enfermedad muy curiosa?

—Por qué no? dijo Bálsamo.

Marat abrió su estuche, sacó de él el bisturí, y cojió de un rincón un mazo de madera salpicado con manchas de sangre.

Entonces, con mano hábil hizo una incision circular, que separó todas las carnes y músculos del cuello; luego, así que llegó al hueso, metió el bisturí por entre dos junturas de la columna vertebral, y con el mazo dió sobre él un golpe fuerte y seco.

La cabeza rodó por la mesa, y de allí cayó a la mesa al suelo, teniendo Marat que cojerla con sus manos húmedas.

Bálsamo se desvió para no dar al vecedor demasiado regocijo.

—Algun día, dijo Marat, creyendo ver en el maestro debilidad; algun día se ocurrirá algún filántropo de la muerte como

los demas se ocupan de la vida, é inventará una máquina que separe la cabeza de un golpe, y que reduzca á la nada instantáneamente, lo cual no sucede con los demas jéneros de muerte. El descuartizamiento, la rueda y la horca son suplicios propios de pueblos bárbaros y no de unos que se llaman civilizados; una nacion tan ilustrada como lo es Francia debe castigar y no vengarse, pues la sociedad que enrueda, ahorca ó descuartiza se venga del delincuente haciéndole sufrir antes de castigarle con la muerte, de lo cual hay mucha diferencia, segun mi modo de pensar.

—Y el mio tambien. Pero cómo entendéis vos que debe ser ese instrumento?

—Entiendo que debe ser una máquina tan fria é impasible como la ley; porque el hombre encargado de ejecutar el castigo se conmueve al ver á su semejante, y algunas veces yerra el golpe, como sucedió con Chalais y el duque de Montmouth. No sucederia asi con una máquina que tuviese dos brazos de encina, los cuales movieran, por ejemplo, una cuchilla.

—Y creéis que porque esa cuchilla pa-

sase mas lijera que el rayo entre la base del hueso occipital y los músculos trapecios sería instantánea la muerte y rápido el dolor.

—La muerte sería instantánea sin contradiccion alguna, porque el instrumento cortaria de un golpe los nervios que son los que dan el movimiento; y el dolor sería mas rápido, porque ese mismo instrumento separaria el cerebro, que es donde están los sentimientos del corazón. esto es, el centro de vida.

—Señor Marat, dijo Balsamo, en Alemania existe el suplicio de la decapitacion.

—Sí, pero es por medio de la espada y ya os he dicho que la mano del hombre puede temblar.

—Tambien en Italia existe una maniquina por el estilo; un cuerpo de encina que hace mover, y se llama *mannaja*.

—Y bien, qué?

—Que yo he visto á delincuentes decapitados por el verdugo, levantarse sin la cabeza del sitio en que estaban sentados, é ir á caer dando traspies á diez pasos de distancia. Yo he recojido algunas cabezas que rodaban por debajo de la *mannaja*.

como esa que teneis asida por los cabellos rodó hace poco de la mesa de mármol; y pronunciando al oido de las mencionadas cabezas el nombre con que habian sido bautizadas en vida, he visto que volvian á alrir los ojos y que estos jiraban en sus órbitas, como si quisiera ver quien los habia llamado en la tierra durante ese paso del tiempo á la eternidad.

—Eso proviene de un movimiento nervioso.

—No son los nervios los órganos de la sensibilidad?

—Si; pero qué deducís de esto, caballero?

—Deduzco que mas valdría que en vez de buscar una máquina que matase para castigar, buscasse el hombre un medio de castigar sin matar. Creedme, la sociedad que invente ese medio será la mejor y mas ilustrada.

—Utopia, y siempre utopia, dijo Marat.

—Quizá tengais razon, dijo Bálsamo; el tiempo nos desengañará... Pero no me hablásteis del hospital?... Vamos á él pues.

—Vamos, dijo Marat.

Y envolvió la cabeza de la joven en el pañuelo que llevaba en el bolsillo, atando las cuatro puntas con mucho cuidado.

—Ahora, dijo Marat disponiéndose a salir, estoy seguro de que mis compañeros solo tendrán lo que yo les dejo.

El hombre pensativo y el practicante tomaron el camino del hospital jeneral marchando el uno al lado del otro.

—Habeis cortado esa cabeza con tanta frialdad como destreza, dijo Bálsamo; ¿os conmoveis algo mas cuando se trata de un vivo? Os interesan mas los padecimientos que la inmovilidad? Os compadeceis mas de los cuerpos que de los cadáveres?

—No, porque ese seria un defecto; un defecto como lo es en el verdugo el inmortalizarse. Lo mismo se mata á un hombre cortándole mal la pierna como cortándole mal la cabeza, y un buen cirujano debe operar con la mano y no con el corazón aunque sepa harto bien, allá en el fondo de su alma, que por un padecimiento de un instante da años de vida y salud. Este es el lado bueno de nuestra profesion, maestro.

—Sí; pero supongo que en los vivos

encontrareis el alma?

—Si convenís conmigo en que el alma es el movimiento ó la sensibilidad, sí: la encuentro, y por cierto que es bien molesta, pues mata mas enfermos que mi escalpelo.

Diciendo así llegaban al umbral del hospital jeneral y entraron en el hospicio, no tardando Bálsamo, á quien guiaba Marat siempre con su siniestra carga, en penetrar en la sala de operaciones, invadida por el cirujano mayor y los estudiantes de cirugía.

Los enfermeros acababan de conducir allí un joven á quien la semana anterior habia derribado un pesado carruaje haciéndole el pie. De prisa y corriendo le hicieron la primera operacion en aquel miembro entorpecido por el dolor; pero como esto no bastase, el mal se habia desarrollado rápidamente, siendo urgente proceder á la amputacion de la pierna.

Tendido el infeliz en su lecho de angustia, miraba con un espanto que hubiera enternecido hasta á los tigres á aquella bandada de hambrientos que estaban espionando el instante de su martirio, y quizá de

su agonía, para estudiar la ciencia de la vida, fenómeno maravilloso tras el cual se oculta el sombrío fenómeno de la muerte.

No parecía sino que pedía á cada uno de los cirujanos, practicantes y enfermeros un consuelo, una sonrisa, una caricia; pero no encontraba en todas partes sino indiferencia si miraba con el corazón, y el acero si con la vista.

Por un resto de valor y orgullo permanecía mudo, reservando todas sus fuerzas para los gritos que pronto iba á arrancarle el dolor.

Sin embargo, cuando sintió en el hombro la mano pesadamente complaciente de que le asistía; cuando sintió que los brazos de los ayudantes sujetaban su cuerpo como las serpientes de Laocoonte; cuando oyó que le decía el que le iba á hacer la operación «ánimo!» se aventuró el infeliz á romper el silencio y á preguntar con voz lastimera:

—Sufriré mucho?

—Eh! No, no tengais cuidado, respondió Marat con una sonrisa falsa, si amable para el paciente, irónica para Bálamo.

Marat vió que Bálsamo le habia comprendido, y acercándose á él le dijo en voz muy baja:

—Es una operacion espantosa, porque el hueso está lleno de grietas, y es tan sensible esa parte que da lástima. Así es que morirá, no del mal, sino del dolor; y he aquí de lo que le sirve á ese vivo tener alma.

—Y entonces por qué le haceis la operacion? Por qué no le dejais morir tranquilamente?

—Porque el cirujano debe intentar la cura aunque esta le parezca imposible.

—Y decís que sufrirá?

—Atrozmente.

—Por culpa de su alma?

—Por culpa de su alma, que tiene demasiada ternura á su cuerpo.

—Y entonces, por qué no se opera el alma? La tranquilidad de la una quizá seria la curacion de la otra.

—Eso es lo que acabo de hacer, dijo Marat, mientras seguián atando al paciente.

—Habeis preparado su alma?

—Sí.

—Cómo?

—Como es natural, con palabras. He hablado al alma, á la inteligencia, á la sensibilidad, á lo que hacia que el filósofo griego dijese: «Dolor, tu no eres un mal;» y he usado el lenguaje que conviene á esa cosa, diciéndole: no sufrireis. Ahora falta que el alma no sufra, pero esto atañe á ella. He aquí el remedio conocido hasta el presente, pues en cuanto á las cuestiones del alma, todo es mentira! Por qué, pues, ha de estar unida al cuerpo ese diablo de alma? Cuando hace poco corté la cabeza que sabeis, el cuerpo nada dijo, sin embargo de que la operacion era grave. Pero qué quereis? El movimiento habia cesado, la sensibilidad se habia estinguido, el alma habia volado, como decís vosotros los espiritualistas; y hé aquí por qué esa cabeza nada dijo al tiempo de yo cortarla; hé aquí por qué ese cuerpo dejó que le decapitara; mientras que este otro, donde todavia habita el alma por poco tiempo, es cierto, pero al fin lo habita, va á arrojar gritos espantosos dentro de un instante. Tapaos bien los oidos, maestro, vos que sois sensible á esa connexion de las almas y los

cuerpos, que siempre matará vuestra teoría hasta que esa teoría no consiga aislar al cuerpo del alma.

—Y creéis que nunca se logrará ese aislamiento?

—Ensayadle, dijo Marat, la ocasión no puede ser mejor.

—Teneis razon, dijo Bálsamo, la ocasión es buena y voy á aprovecharla.

—Si, aprovechadla.

—Ya se ve que sí.

—Y cómo?

—No quiero que ese jóven sufra, porque me interesa.

—Sois un jefe muy ilustre, dijo Marat; pero ni sois Dios padre, ni Dios hijo, y no impedireis que ese bizarro mozo sufra.

—Y si no sufriese, creeriais en su curacion?

—Seria mas probable, pero no segura.

Bálsamo dirigió á Marat una mirada de triunfo imposible de explicar, y poniéndose delante del enfermo, cuyos ojos encontró extraviados y ya anegados en las angustias del terror.

—Dormid, dijo, no solo con la boca,

sino tambien con la vista, con la voluntad, con todo el calor de su sangre, con todo el fluido de su cuerpo.

En aquel momento empezaba á palpar el cirujano mayor el muslo dañado, y á llamar la atencion de los discípulos sobre la intensidad del mal.

Pero de resultas del mandato de Bál-samo, que se habia incorporado en la cama, osciló un momento en brazos de los ayudantes, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Se pone malo, dijo Marat.

—No es eso.

—Pues no veis que pierde el sentido?

—No, lo que hace es dormirse.

—Cómo dormirse?

—Lo que oís.

Todos se volvieron hacia aquel médico extraordinario, que creyeron estaba loco, y en los labios de Marat brilló una sonrisa de incredulidad.

—El que está desmayado acostumbra á hablar? preguntó Bál-samo.

—No.

—Pues preguntadle y vereis como os contesta.

—Eh, jóven! gritó Marat.

—No necessitais gritar tanto, dijo Bál-samo: habladle naturalmente.

—Decidnos, pues, algo de lo que teneis.

—Me han mandado que duerma, y duermo, respondió el paciente.

La voz revelaba completa tranquilidad, formando un extraño contraste con la que se le habia oido algunos momentos antes.

Todos los que presenciaban aquella escena se miraron entre sí.

-- Ahora, dijo Bál-samo, desatadle.

--Imposible, contestó el cirujano mayor, pues con un solo movimiento que hiciera se frustraba quizá la operacion.

—No se moverá.

—Quién me lo asegura?

—Yo primero y en seguida él; y si no preguntádselo antes.

—Podemos dejaros libre, amigo?

—Sí que podeis.

—Y prometeis no moveros?

—Lo prometo, si me lo mandais.

—Os lo mando.

—A fé mia, caballero, dijo el cirujano mayor, que hablais con tal certeza que

estoy tentado por hacer la experiencia.

—Hacedla, y nada temais.

—Desatadle, dijo el cirujano mayor.

Los ayudantes obedecieron y Bálamo se acercó á la cabecera de la cama.

—Desde este momento, dijo, no os movais hasta que yo os lo mande.

Una estatua tendida sobre un sepulcro no hubiera estado tan inmóvil como se quedó el enfermo al oír aquella intimacion.

—Ahora proceded á la operacion, dijo Bálamo; el enfermo está perfectamente dispuesto.

El cirujano cojió el bisturí; pero al ir á valerse de él titubeó.

—Cortad, cortad, dijo Bálamo con el aire de un profeta inspirado.

El cirujano, dominado lo mismo que Marat, el paciente y todo el mundo, acercó el instrumento a la carne.

Esta crujió, pero el enfermo no exhaló un suspiro, ni hizo movimiento alguno.

—De qué pais sois, amigo mio? preguntó Bálamo.

—Soy breton, caballero, respondió el enfermo sonriéndose.

—Y quereis mucho á vuestro pais!

—Oh! Es tan hermoso, caballero!

El cirujano hacia entre tanto las incisiones circulares que sirven en las amputa-

ciones para empezar á descubrir el hueso.

—Salisteis de él siendo joven? preguntó Bálamo.

—Cuando tenia diez años, caballero.

Hechas las incisiones, el cirujano acercó la sierra al hueso.

—Amigo mio, dijo Bálamo, entonad la cancion que los salineros de Batz cantan al regresar de noche á sus casas despues de haber estado trabajando todo el dia. Solo me acuerdo del primer verso, el cual decia:

Salud, mi sal espumosa.

La sierra mordia el hueso; pero el enfermo se sonrió y empezó á cantar de un modo melodioso, lentamente y estasiado, como un amante ó un poeta:

Salud, mi sal espumosa,
Mi lago, color de cielo;

Mi horno de llama hermosa,
 Y el trigo que tanto anhelo.

Salud, oh! mi noble padre
 Oh! mi mujer y mis hijos
 Salud, mi difunta madre,
 Libre de afanes prolijos.

Amable, contento y manso,
 Busco ya en vuestro redor.
 Tras el trabajo, el descanso,
 Tras de la ausencia, el amor.

Ya habia caido la pierna sobre la cama
 y todavia seguia cantando el enfermo.

FIN DEL TOMO VII.

